

80 MAY/JUN 2013

NEW LEFT REVIEW

G. M. Tamás *Palabras desde Budapest*

Peter Nolan *Archipiélagos imperiales*

Kozo Yamamura *La mirada de un viajero*

Asef Bayat *Malos tiempos para la Revolución*

Benedict Anderson *Los no galardonados*

Tariq Ali *Entre el pasado y el futuro*

Ian Birchall *Descubrir el Tercer Mundo*

Kheya Bag *La dinastía de Delhi*

Sven Lütticken *La performance después de la TV*

Régis Debray

¿La decadencia de Occidente?

NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

La nueva edición de la *New Left Review* en español se lanza desde Ecuador, desde una Universidad pública, la Universidad de Posgrado del Estado del Ecuador. Esta iniciativa pretende contribuir al cambio ofreciendo instrumentos analíticos para alimentar los debates e incrementar la potencia de las revoluciones latinoamericanas; pretende formar militantes e intensificar las formas de transformación para impedir que esos procesos sean capturados, desvirtuados o paralizados por las viejas y nuevas elites nacionales o por las estrategias de las potencias y las elites globales. Esta publicación pretende ofrecer a los movimientos sociales dispositivos intelectuales para constituirse como sujetos políticos constituyentes. Y hará, finalmente, que las ideas adquieran la materialidad densa y fluida de una fuerza poderosa que se convierta en acción revolucionaria.



Edición en castellano:	Instituto de Altos Estudios Nacionales-IAEN
Editor de la edición en castellano	Carlos Prieto del Campo
Diseño editorial y coordinación editorial	David Gámez Hernández Iñaki Vázquez Álvarez
Edición conceptual	Natacha Reyes Salazar Francisco Sanz Esteban
Traducción	Jose María Amoroto, Juanmari Madariaga, Cristina Piña Aldao
Corrección ortotipográfica	Carlos Vidania Dominguez
Editor	Susan Watkins
Deputy Editor	Tony Wood
Editorial Committee	Tariq Ali, Perry Anderson, Kheya Bag, Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton, Robin Blackburn, Robert Brenner, Malcolm Bull, Mike Davis, Daniel Finn, Tom Mertes, Francis Mulhern, Dylan Riley, Julian Stallabrass, Jacob Stevens, Wang Chaohua, Susan Watkins, Tony Wood, JoAnn Wypijewski
Associate Editor	Francis Mulhern
Assistant Editor	Daniel Finn
Publishing Director	Kheya Bag
Subscriptions	Johanna Zhang
Online Publisher	Rob Lucas

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN, 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

Edita: Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN, Ecuador

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq.

Tel: (593)023829900

www.iaen.edu.ec

editorial@iaen.edu.ec

Produce: Editorial Traficantes de Sueños

Calle Embajadores 35, 28012, Madrid

Tel: 911857773

www.traficantes.net/nlr

nlr@traficantes.net

nlr_suscripciones@traficantes.net

ISSN Ecuador: 1390-8553

ISSN España: 1575-9776

ISSN digital: 2341-1686

Impresión: Imprenta Editogran S.A.

NEW LEFT REVIEW 80

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2013

ENTREVISTA

G. M. TAMÁS Palabras desde Budapest 7

ARTÍCULO

RÉGIS DEBRAY ¿La decadencia de Occidente? 31

POLÉMICA

ASEF BAYAT Malos tiempos para la revolución 49

TARIQ ALI Entre el pasado y el futuro 65

ARTÍCULOS

PETER NOLAN Archipiélagos imperiales 81

BENEDICT ANDERSON Los no galardonados 101

SVEN LÜTTICKEN El *performance art* después de la tv 113

CRÍTICA

KOZO YAMAMURA Estancamiento sistémico 138

KHEYA BAG La dinastía de Delhi 147

IAN BIRCHALL Descubrir el Tercer Mundo 158

CONTENIDOS

G. M. TAMÁS: Palabras desde Budapest

Un filósofo disidente contempla su trayectoria desde la Rumanía de Ceaușescu a la Hungría de Orbán, y desde el liberalismo al marxismo. Recuerdos de un mundo derrotado y premoniciones de un futuro aciago en Europa Oriental, en medio de una degradación de la igualdad ciudadana.

RÉGIS DEBRAY: ¿La decadencia de Occidente?

Enfangado en la recesión interna y empeñado en una guerra perpetua en la periferia, ¿cómo se encuentra el gendarme mundial? Régis Debray hace balance de sus síntomas vitales.

ASEF BAYAT: Malos tiempos para la revolución

Las eufóricas celebraciones de los levantamientos árabes han tratado de manera superficial su carácter profundamente ambiguo. Asef Bayat explica la incapacidad para eliminar por completo el antiguo orden, debido a un programa autolimitado que deriva del descrédito de los modelos revolucionarios tradicionales.

TARIQ ALI: Entre el pasado y el futuro

En respuesta a Asef Bayat, Tariq Ali sostiene que cualquier análisis adecuado de los resultados de la Primavera Árabe debe tener en cuenta la férrea defensa que Estados Unidos hace de sus intereses en la región. La dinámica de las revueltas, localizada en una larga historia de intervención occidental.

PETER NOLAN: Archipiélagos imperiales

Mientras que las aspiraciones marítimas de China han sido ampliamente criticadas, se ha prestado poca atención al pacto mundial de Naciones Unidas que garantiza a las potencias imperiales occidentales derechos de explotación en vastas extensiones de los océanos mundiales.

BENEDICT ANDERSON: Los no galardonados

Los caprichosos patrones de distribución del Premio Nobel de Literatura, como reflejo de las cambiantes corrientes geopolíticas, desde la *belle époque* al presente globalizado, pasando por la Guerra Fría.

SVEN LÜTTICKEN: El *performance art* después de la TV

Las relaciones entre la televisión y el *performance art* desde la década de 1960 vistas como un enmarañado ovillo de modos de actuación, trabajo y autopresentación, dentro de un mundo televisivo que ahora está a su vez siendo absorbido por sistemas digitales y cibernéticos.

CRÍTICA

KOZO YAMAMURA reseña el libro de Tyler Cowen, *The Great Stagnation*. ¿Es posible achacar el débil crecimiento estadounidense al cierre de las fronteras tecnológicas?

KHEYA BAG reseña el libro de Rani Singh *Sonia Gandhi: An Extraordinary Life, An Indian Destiny*. Publicidad de la dinastía electoral más antigua del mundo.

IAN BIRCHALL reseña el libro de Christoph Kalter, *Die Entdeckung der Dritten Welt*. El descubrimiento del Tercer Mundo por parte de la izquierda francesa.

AUTORES

BENEDICT ANDERSON: *entre sus libros recientes se incluyen Under Three Flags (2005); Why Counting Counts (2008), sobre José Rizal; y The Fate of Rural Hell (2012); véanse también, entre otros,*
NLR 9, 27, 28, 29, 50.

ASEF BAYAT: *enseña sociología en la Universidad de Illinois-Urbana; editor de Post-Islamism: The Changing Faces of Political Islam (2013); véase también* NLR 66.

IAN BIRCHALL: *autor de Sartre et l'extrême gauche française (2011); véase también* NLR 1/59.

RÉGIS DEBRAY: *obra más reciente, Modernes Catacombes (2013); véanse también* NLR 19, 33, 46.

SVEN LÜTTICKEN: *History in Motion publicado en enero de 2014; enseña historia del arte en vu Ámsterdam; véanse también, entre otras,* NLR 40, 45, 54, 66, 76.

PETER NOLAN: *enseña estudios sobre el desarrollo en Cambridge; autor de Is China Buying the World? (2013); véase también* NLR 64.

G. M. TAMÁS: *ensayista; ex director del Instituto de Filosofía de la Academia Húngara; Innocent Power (2011) se publicó bajo los auspicios de Documenta 13.*

KOZO YAMAMURA: *profesor emérito de economía en Washington; coautor de The End of Diversity: Prospects for German and Japanese Capitalism (2003); véase también* NLR 54.

G. M. TAMÁS

Entrevista

PALABRAS DESDE BUDAPEST

Su trayectoria ha sido inusual: filósofo libertario y disidente durante el comunismo, tanto en Rumanía como en Hungría, convertido en uno de los principales críticos de izquierda al orden capitalista en Europa Oriental, y autor de un asombroso conjunto de artículos sobre el legado histórico y cultural y la dinámica contemporánea de esa región. ¿Podríamos empezar preguntando por su formación personal e intelectual original, en la Rumanía de Gheorghiu-Dej y Ceaușescu?

RESPONDER A ESTA pregunta es prácticamente imposible, ya que todo el contexto que podría explicarla ha desaparecido. Nací en 1948, en la que los húngaros llaman Kolozsvár y los rumanos Cluj. Esta ciudad, la principal de Transilvania, había sido transferida de Hungría a Rumanía en 1920 por el Tratado de Trianon, devuelta a la Hungría de Horthy por Hitler en 1940, sometida a la ocupación directa de los nazis desde comienzos de 1944 hasta la llegada de las fuerzas soviéticas, y finalmente reincorporada a Rumanía. Mis padres eran comunistas. Habían vuelto de la guerra destrozados y amargados. Mi padre, escritor húngaro, fue enviado de la cárcel al frente, donde fue herido de gravedad –caminaba con muletas, después con un robusto bastón, que todavía conservo– por aquellos a quienes consideraba camaradas: el Ejército Rojo. Mi madre, irónicamente, se salvó al ser deportada a Auschwitz, porque estaba en la cárcel por sediciosa bolchevique. Pero su madre y su hermano favorito, el mayor, fueron asesinados. La familia de mi padre pertenecía a la pequeña nobleza o, más bien, a la burguesía agraria, en la región montañosa de Szekler, en la Transilvania Oriental; su padre era sastre en un pueblo. Mi madre, siete años mayor que él, procedía de una familia ortodoxa judía, una larga

línea de estudiosos del Talmud. No podían haberse conocido en ningún otro lugar, solo en el movimiento. El movimiento –nunca hablaban del Partido– significaba principalmente sufrimiento y persecución: detenciones, cárcel, palizas. El sufrimiento se explicaba por sí solo: el castigo por parte de una sociedad maligna demostraba la bondad de la causa. Era una visión del mundo cuasi gnóstica: a un lado, explotación, presión, Hitler y muerte; al otro, el movimiento.

Más tarde, cuando mi padre se desencantó profundamente del sistema, le pregunté por qué seguía considerándose comunista. Me enseñó un pequeño cubo de plástico –bueno, supongo que de baquelita– con seis pequeñas fotos pegadas en sus caras: retratos de algunos de sus mejores amigos de juventud, torturados hasta la muerte por los servicios secretos reales de Hungría y Rumanía, o por la Gestapo en aquel horrible año de 1944. «Porque no puedo explicárselo a ellos», dijo. Era la perfecta idea cristiana: dar testimonio, el martirio como aval teológico de la verdad. Estaban justificados por la muerte heroica, al igual que la causa. Mi padre no podía escapar de ella. Mantener la fe, a pesar de la adversa experiencia política de putrefacción del movimiento, era el único curso de acción. Todo lo demás habría sido traición. *Duplex veritas* también: nunca negó que el «socialismo de Estado» era un fracaso. Su identidad y sus principios estaban enfrentados. Las autoridades comunistas habían detenido a algunos de sus camaradas recién liberados de los campos de concentración, que «desaparecieron» sin dejar rastro. Esto lo destruyó como intelectual.

A falta de revolución, se encontró de repente con tiempo entre las manos, así que tenía ocio suficiente para ser un padre maravilloso. Me enseñó la Transilvania histórica, renqueando por sendas de montaña, levantando el bastón ante una fortificación, castillo, o una iglesia medieval en ruinas. No hay muchos intelectuales hoy en día que tengan amigos obreros, pero nosotros los teníamos. Algunos familiares nuestros eran campesinos, en las regiones más pobres de Europa. Me enseñaron, con poco éxito, a trabajar en los campos y en el huerto. Pero me enseñaron también algo más: que todo estaba relacionado con nosotros. Mi memoria se formó escuchando el programa en húngaro de BBC World Service y resumiéndoles las noticias a mis padres; tenía siete años. Todavía recuerdo los Gobiernos ingleses de esa época: Selwyn Lloyd, Rab Butler, Maxwell Fyfe, etcétera (aunque uno admiraba a Herbert Morrison y Barbara Castle). «We'll Meet Again» y «The White Cliffs of Dover», con

Vera Lynn, sonaban parecidas a marchas socialistas. La BBC –al contrario que Radio Europa Libre– había sido considerada «antifascista» desde la guerra. Yo no tenía idea de que era distinto de otros niños; suponía que no era solo una diminuta minoría la interesada por Nehru, Sukarno, Ho Chi Minh y Lumumba; y en la calle, a los tipos fuertes y morenos los llamaban invariablemente Tshombe, famoso por los informativos.

El internacionalismo siguió siendo un credo importante para mis padres y su círculo de amigos –la mayoría de ellos «ilegales» antes de 1945–, mientras el Partido se volvía cada vez más nacionalista, en la década de 1960, y empezaba a librarse de líderes y activistas húngaros, judíos y –en especial– judeo-húngaros, todo lo cual recordaba las tácticas de «rumанизación» utilizadas por la Guardia de Hierro antes de la guerra. Con ellos se fueron las importantes concesiones otorgadas a la minoría húngara después de la guerra, incluido un territorio autónomo y una universidad húngara independiente en Cluj/Kolozsvár.

¿Qué tipo de ciudad era la Cluj/Kolozsvár en la que usted creció?

Era una ciudad catedralicia medieval, con una gruesa muralla visible todavía hoy, con dos importantes iglesias góticas –mi favorita es la iglesia reformada de Farkas Utca (la «calle del Lobo»); soy calvinista no practicante– y las casas barrocas de la aristocracia transilvana y los patricios locales: el palacio de Bánffy, la casa Rhédey, la casa Kendeffy, la casa Wolphard-Kakas, la catedral cerca de la cual se construyó la universidad en la década de 1870. Para mí es dolorosamente hermosa. La llamaban «la ciudad de los tesoros», pero no por sus riquezas; fue la capital regional de la alquimia; tuvo una historia de enfrentamientos religiosos y conversiones repentinas durante la Reforma. Era una ciudad húngara rodeada por un campo principalmente rumano, y también un bastión de la izquierda. En 1946, estudiantes de la Guardia de Hierro de la universidad rumana asesinaron a dos trabajadores comunistas húngaros. Los rojos –principalmente húngaros– atacaron las residencias universitarias. Las dos víctimas fueron expuestas en un enorme catafalco en la plaza Mayor, se reunió una doliente multitud de decenas de miles de personas, y esa noche los líderes comunistas pronunciaron incendiarios discursos de venganza a la luz de las velas, un siniestro y amenazador espectáculo recordado repetidamente por mis mayores (yo no había nacido aún). La universidad húngara era comunista, la rumana, de derechas. De igual modo, los dos clubes de fútbol de la ciudad estaban también divididos

políticamente: el KMSC (hoy CFR) era húngaro y socialdemócrata (originalmente había sido una asociación deportiva sindical), el Universitate era rumano y de la Guardia de Hierro. Siguen odiándose, olvidado su pasado, aunque ahora todos sus jugadores e hinchas son rumanos.

En toda Europa Oriental, las minorías tendían a ser de izquierdas, atraídas por el internacionalismo comunista y por la oposición del Komintern a los tratados de Versalles y de Trianon. En toda Rumanía, la universidad húngara de Cluj/Kolozsvár era el bastión más fiable del marxismo-leninismo, algo que, por supuesto, no ha generado el cariño de los rumanos, intelectuales o no, por la doctrina oficial. El estalinismo sigue siendo recordado, bastante injustamente, como una época de renovada dominación húngara en Transilvania, cuya supresión hizo a Nicolae Ceaușescu muy popular durante un tiempo.

¿Y su educación?

Tuve una niñez extrañamente victoriana. Lo que en aquel momento se tenía por «comunismo» era un régimen rígidamente racionalista, puritano, diligente, asexual y disciplinado, con una inclinación a altos ideales, la cultura elevada, la autosuperación y el estudio riguroso; todo reprimido, callado y con buenos modales, todo en nombre de la revolución. Leyendo un libro de Raphael Samuel, *Lost World of British Communism*, a pesar de todas las diferencias entre una cultura dominante y una subcultura aislada, reconocí el gris acerado del bolchevismo sacrificado, altruista, igualitario, nada sentimental, carente de romanticismo y positivista de nuestra juventud, con el heroísmo templado y no declarado que constituía su ideal secreto. A nosotros, los niños bolcheviques, también se nos veía pero no se nos oía, con nuestros pantalones cortos y nuestras ásperas medias de lana hasta la rodilla, escuchando a los mayores perorar sobre asuntos de peso. Durante mis prolongadas enfermedades, mi padre me leía interminables historias épicas del siglo XIX y me enseñaba a leerlo todo, de ser posible, en su lengua original. Todos los sábados por la tarde y los domingos por la mañana íbamos a conciertos sinfónicos. Y tocaba el violín; se suponía que todos debíamos leer música, entender el latín, leer a Dante, Milton, Byron, Goethe y Pushkin en la adolescencia. Yo empecé la *Crítica de la razón pura* a los catorce. No la entendí, por supuesto, pero la terminé, en la terrible e incomprensible traducción húngara antigua.

Había vacaciones modestas: recuerdo días de verano en la hierba del patio, con una cesta de manzanas –odio las manzanas–, leyendo, leyendo y leyendo. Al anochecer, mi madre se quedaba de pie en la oscuridad, mirando a través de las tablillas, esperando que llegase el *coche negro*. Cuando, unos quince años después, en febrero de 1974, a las cuatro y media de la mañana, la policía secreta llamó por fin a la puerta, no me sorprendí. Llevábamos toda la vida esperándola. Era nuestro régimen, era el Partido de mis padres, pero también nuestro obvio enemigo. A comienzos de la década de 1960, cuando mi padre fue despedido del puesto de director del Teatro Estatal Húngaro de la ciudad, pero solo enviado al exilio interno, nos sentimos aliviados. Mis padres me explicaron con horroroso detalle cómo debía comportarme si me pegaban una paliza (nunca lo hicieron), cómo respirar: «La respiración regular es lo más importante, piensa en algo formal, recita versos mentalmente, piensa en fórmulas matemáticas, cualquier cosa rítmica». Les parecía un consejo práctico, pero solo consiguieron asustarme hasta la locura.

¿Cómo percibía usted en aquel momento las relaciones húngaro-rumanas en Transilvania?

Sabíamos cómo habían tratado la nobleza y el Estado húngaros a los campesinos rumanos antes de 1918; cómo habían afrontado los movimientos nacionales rumanos, los movimientos de la mayoría étnica en Transilvania; que les habían negado sus derechos: aunque nosotros, internacionalistas opuestos a la discriminación, éramos inocentes. ¿Pero estaba nuestra antipatía al nacionalismo rumano totalmente libre de sentimientos reprimidos de orgullo étnico, de la sensación de ser «mejores», en cuanto internacionalistas húngaros, que los advenedizos y los recién llegados chovinistas rumanos? Lo dudo mucho. El nacionalismo –en este caso «su» nacionalismo– se consideraba «primitivo», probablemente un eco del antiguo desprecio de la ciudad hacia el campo. Mis padres no hablaban rumano (yo lo hablo con fluidez). Como buenos internacionalistas, leían la literatura de la mayoría de sus países en traducciones. Una vez le pregunté a mi madre: «¿Cómo es que hablas francés perfectamente y no sabes rumano?». A esas alturas, llevaba unos cuarenta años en Rumanía. Se rio sin más.

Mis primeros sentimientos opositores fueron bastante egoístas: ¿cómo se atrevía el régimen a decepcionar a mis adorados y heroicos padres? Mi primera idea sobre el Partido fue que él era el traidor; pensándolo

bien, todavía lo creo. El antiguo contraste entre ideal y realidad fue lo que modeló nuestros supuestos pensamientos políticos. Muy antimarxista. Moralismo exagerado y rígido, en lugar de pensamiento histórico. Me provocó un odio profundo y duradero hacia el régimen, tan intenso y salvaje que es difícil describirlo.

Por lo tanto, con la universidad húngara cerrada por el régimen, presumiblemente su educación universitaria fue en rumano...

No, fue en húngaro; las dos universidades se fundieron de hecho en una, que sigue siendo bilingüe en la actualidad. Pero también pasé dos años en Bucarest, estudiando griego, que en aquel momento no se enseñaba en Kolozsvár.

¿Qué le atrajo de Descartes, el tema de su primer libro?

Mi interés era histórico y crítico: me preocupaba el nacimiento de la «Razón». Es un texto bastante similar al *Descartes político* de Antonio Negri, que, por desgracia, yo desconocía por entonces, aunque su libro es mejor. Me atrajo mucho el primer «giro lingüístico», la versión romántica, como el hallado en la crítica de Johann Georg Hamann a Kant. También escribí sobre Novalis.

Ha mencionado la llegada de la Securitate en febrero de 1974: ¿en qué tipo de actividades estaba usted involucrado?

No fue por lo que hice –el régimen era demasiado rígido y terrible como para permitir una resistencia real–, sino por lo que no hice: me negué a escribir un artículo leal sobre el nuevo «código moral» de Ceaușescu. Me denunciaron de inmediato, y dos días después me llevaron al cuartel general de la Securitate. Era acoso: me detuvieron varias veces en la calle, me metían en el *coche negro* y me retenían unas horas, después me soltaban por la noche. A veces simplemente me dejaban enfriándome los pies en los sombríos corredores.

¿Qué le hizo decidirse a viajar a Hungría en 1978, en lugar de pedir asilo en Occidente?

Hubo varias razones. La primera, que no quería ir a la cárcel, y en Rumanía era solo cuestión de tiempo. La segunda, estaba harto de ser

miembro de una minoría odiada y oficialmente perseguida en mi propia ciudad natal, y ansiaba ser simplemente un autor húngaro en un entorno húngaro, y que no me mirasen mal por hablar húngaro en el autobús, aunque no hay forma de escapar de esto. Mientras hablamos, el odio mutuo entre húngaros y rumanos está resurgiendo, en un conflicto fomentado, como es habitual, por irresponsables políticos derechistas. Dios, es aburrido. Pero, en tercer lugar, aquí en Hungría estaba tomando forma una oposición; me pareció que este sería mi hogar espiritual. Y tal vez estuviese un poco aburrido de las provincias.

No fui a Occidente –aunque hubiera sido mucho más sencillo porque tenía un tío en París, que había trabajado en Renault y pertenecido a diversos grupúsculos, en aquel momento el PSU– porque, como anticuado intelectual, pensaba que tenía deberes aquí: construir una oposición al régimen, hacer filosofía sería en mi lengua natal (mi libro sobre Descartes se publicó en 1977). Estaba además la esperanza de llevar una vida más normal, como me parecía entonces. Durante un tiempo di clase en la Universidad de Budapest, conocida como ELTE, pero me despidieron por publicar, con mi propio nombre, un panfleto clandestino de apoyo a la oposición polaca después del golpe del general Jaruzelski, en diciembre de 1981. Adiós a la vida normal. Me pusieron en la lista negra, me prohibieron publicar, mi nombre desapareció de la prensa y de las publicaciones profesionales, me confiscaron el pasaporte y me cortaron el teléfono, lo habitual. Estuve desempleado hasta que me eligieron parlamentario en 1989.

Hungría era de hecho un país muy distinto de Rumanía. Hungría y Alemania Oriental eran los únicos países socialistas «realmente existentes» en los que no había tendencia al nacionalismo, en los que la tradición antifascista se tomaba en serio (aunque todos los grandes intelectuales de extrema derecha de entreguerras fueron rehabilitados, y escribían frenéticamente en las llamadas revistas comunistas). Sus actitudes antioccidentales y su «anticapitalismo romántico» ayudaban: preferían sinceramente la Unión Soviética a Estados Unidos, en los usuales términos antiliberales. Pero, al contrario que en Rumanía, no se permitía la propaganda contra nuestros vecinos y, al contrario que en el resto del bloque soviético, el antisemitismo estaba silenciado (una política compartida con Alemania Oriental y Yugoslavia). Supuraba silenciosamente, pero raramente se percibía en la vida pública. El nacionalismo, lo que quedaba de él, tenía un leve tinte opositor.

¿Cómo caracterizaría la cultura del momento?

En todo el bloque soviético existía una extraña combinación de modernidad elevada y –visto desde la actualidad, o desde Occidente– un culto increíble y cargado de tradición a las letras, las artes, las ciencias y la filosofía. La modernización «socialista», aparte de poner fin al analfabetismo, a las epidemias y a la miseria, introduciendo el saneamiento y el agua en las casas, la calefacción, las pensiones de vejez, las vacaciones pagadas, la sanidad y la enseñanza gratuitas, el transporte público barato, conocimientos aritméticos elementales, etcétera, también abrió bibliotecas de préstamo en todos los barrios y en todas las empresas más grandes. Introdujo –por primera vez– ediciones comentadas y críticas, y un enorme volumen de publicaciones masivas de alta calidad: ciencias sociales, crítica literaria y artística seria; se inauguraron docenas de teatros y museos, cientos de cines, el cine artístico floreció; todo extremadamente elevado. Millones de personas aprendieron a leer música y cantaban en coros. La filosofía no se había considerado parte de la cultura nacional hasta 1945. Los clásicos nacionales fueron adecuadamente editados y publicados por primera vez. Cientos de estudiosos hacían traducciones. Eran países muy cultos.

Al mismo tiempo, como este era un sistema de capitalismo de Estado, moderado y limitado por la planificación de la producción y de la redistribución –y controlado por unas matemáticas muy complejas–, la política era desproporcionadamente racional o, más bien, racionalista. Al ser un sistema basado todavía en la producción de mercancías, el trabajo asalariado, el dinero y la separación de productores y medios de producción, persistían las diferencias de clase y la desigualdad. En esto, el Partido representaba una especie de *tribunus plebis* colectivo, siempre ajustando los niveles de consumo, la calidad de vida y la participación cultural hacia la igualdad, y manteniendo –de un modo en gran medida simbólico, aunque no exclusivamente– la primacía de la clase obrera. La movilidad social era rápida, y a los hijos de los obreros se les ofrecían ventajas para acceder a la educación superior y a la promoción de cuadros. Las estadísticas demuestran que incluso en la década de 1980 una mayoría aplastante de los principales dirigentes y directivos procedía de familias proletarias.

Es una paradoja suprema que las exigencias de la derecha intransigente actual –una universidad pública independiente en húngaro en

Kolozsvár, una región autónoma húngara en Transilvania– hubiesen sido logros (más tarde suprimidos) de la era estalinista. No solo había privilegios para personas de origen proletario, sino también para cuadros pertenecientes a minorías. El programa leninista había abarcado el desarrollo de todas las culturas étnicas: las elites regionales o étnicas del bloque soviético, ahora enfrentadas, habían sido creadas por el Partido. Culturas nacionales a las que les gusta retrotraerse a una ficticia Edad Media habían sido dotadas de guion –y más tarde, de prensa, edición, educación superior, teatro– por comisarios ilustrados con inclinaciones románticas, que creían en las prístinas culturas populares de los Urales, alejadas de la decadente San Petersburgo. *Fausto* fue traducido a docenas de idiomas por poetas cuyos ascendientes habían sido analfabetos solo una generación antes. Estas naciones están ahora viendo vídeos pop en YouTube.

¿Qué significado le atribuiría usted a la «primacía simbólica» de la clase obrera?

No deberíamos olvidar que todos los sistemas de castas y de clases, sean cuales sean las diferencias, se basan en un sistema de valores que exalta las virtudes del espíritu frente al trabajo manual, de la clase ociosa frente a aquellos que deben ganarse el sustento, de la meditación frente a la actividad, de las cosas hechas por el mero placer de hacerlas frente a las hechas por pura supervivencia física. No solo se suponía que el clero y la aristocracia gobernaban, sino que eran moral, intelectual e incluso físicamente superiores (recuérdese la sorpresa de lord Curzon al ver soldados bañándose en la Primera Guerra Mundial: «¡No sabía que los obreros tuviesen la piel tan blanca!»). Pues bien, el Partido invirtió esto. El «socialismo real», aun sin ser socialista, fue único porque operó un maravilloso cambio moral, al afirmar la superioridad del trabajo manual y situar al trabajador en la cúspide de la jerarquía moral. Rara vez se entiende el tremendo *coupure* cultural que esto supuso. Le propició al régimen más odio que todo lo demás; la prensa europea posterior a 1989 sigue burlándose, en su sincero desprecio (buen odio de clase a la antigua usanza), de los palurdos untados de grasa y cubiertos con gorras de paño, aquí llamadas, característicamente, «gorras Lenin». Se niega la mera existencia de obreros que leyesen a Brecht y escuchasen a Bartók.

El culto compensatorio al «intelectual», tras el que se escondía la nueva clase media, debía supuestamente ocultar las diferencias de clase mediante la idea del servicio desinteresado de la mente para hacer

realidad un mundo, en beneficio de los trabajadores manuales, en el que el espíritu y la materia, el trabajo y el ocio, se fusionasen. Dado que en su mayor parte esto era, por supuesto, mera ideología, surgió una gran literatura –ahora olvidada– de la desilusión comunista. En general, la oposición más temida por el régimen era la de izquierdas. La sección antitrotskista del Servicio Secreto Húngaro no se disolvió hasta 1991. Prácticamente no había trotskistas en Hungría; la sección se ocupaba de cualquier herejía marxista, pero muestra hacia dónde se dirigían los temores de los dirigentes.

¿Sería correcto pensar que Yugoslavia siguió siendo un universo relativamente separado de la escena de Europa Central y Oriental en las décadas de 1970 y 1980, con poco contacto entre ambos?

Estaba, por supuesto, separada; en cuanto a visados de salida, por ejemplo, era como un país occidental. Aunque era mucho menos hostil a la Unión Soviética que la Rumanía de Ceaușescu, consumida por el odio anticomunista y antirruso, enamorada de todo lo que pareciese antisoviético, desde De Gaulle, Begin y Nixon al Sah de Irán y el hermano número uno, el camarada Pol Pot...

Ceaușescu fue debidamente homenajeadado en el palacio de Buckingham, con la Orden Militar del Baño

Efectivamente. Yo asistí al discurso pronunciado en 1968 por De Gaulle en la Universidad de Bucarest, en el que aduló a Ceaușescu y habló con elocuencia sobre *ce petit pays latin, entouré par slaves et magyars* –no dijo *hongrois*–, y recibió aplausos atronadores; no míos, me temo. Pero había contactos con Yugoslavia, ciertamente. Cuando me metieron en la lista negra en Rumanía y Hungría, publiqué mis artículos en revistas yugoslavas editadas en húngaro; eran excelentes. Estaban mucho menos censurados que las editoriales y la prensa en Hungría o Rumanía, y eran especialmente permisivos respecto a las herejías de la Nueva Izquierda, históricamente temidas y odiadas en el bloque soviético. En la década de 1970, el régimen de Europa Central y Oriental había dejado de fingir que era de modo alguno marxista; se trataba de la *damnosa haereditas*, silenciosamente repudiada. En mis días de estudiante, Weber, Wittgenstein, Heidegger y Lévi-Strauss eran los principales pensadores, y el éxito de la filosofía analítica y la economía neoclásica era tremendo. La división estricta, en los países sometidos a la influencia alemana, entre «ciencia»

—que incluía por supuesto las humanidades, la historia, la economía, la sociología, la estética y la filosofía— y «política», una plaga de la vida pública de Europa Oriental, viene de Weber, el indiscutido santo y héroe de la década de 1970, la última en la que los intelectuales de Europa del Este aún leían libros. Los marxistas, como la escuela de Lukács en Hungría —un grupo con el que yo mantenía amistad, pero al que nunca pertencí—, eran disidentes de la Nueva Izquierda o de la variedad eurocomunista; por lo tanto, ambos eran antisoviéticos y cuestionaban intrínsecamente la legitimidad y la autenticidad del «sistema socialista», mientras que el Partido afirmaba simultáneamente el carácter socialista del régimen y no deseaba que se lo recordasen, bajo el nuevo sistema de mercado, con su desigualdad y su individualismo crecientes. La famosa decisión tomada por el Comité Central húngaro contra los discípulos de Lukács —Heller, Márkus, Vajda, Kis y otros— prácticamente ilegalizó el marxismo durante el tiempo que siguió durando el sistema. Para cuando podía haber sido rehabilitado, en 1989, estaba muerto, y todos los protagonistas eran liberales.

En Yugoslavia era distinto. Era un capitalismo de Estado y burocrático como cualquier otro, pero sus dirigentes seguían soñando con una especie de orden no alienado y no cosificado, a pesar de la obvia quiebra de la aventura de la «autogestión», y —en un Estado multiétnico y federal— se consideraban internacionalistas, solo para librar una sangrienta guerra entre ellos unos años después. Se habían convertido en liberales o en entusiastas de la Edad Media, religiosos, sanguinarios, y chovinistas. Pero antes de eso habían recibido con los brazos abiertos a Ernst Bloch y Herbert Marcuse en Korcula y Dubrovnik. Yo la *New Left Review* la vi por primera vez en Belgrado en 1979. En general, era más sencillo pasar de contrabando libros que publicaciones periódicas, porque las autoridades húngaras desconocían los títulos; las palabras «New Left» eran conocidas por los aduaneros y los oficiales fronterizos húngaros, incluso en inglés, pero no había problemas para importar de Viena el *Tagebuch* eurocomunista de Franz Marek, excepto si llevaba la hoz y el martillo en la portada. Por el contrario, Yugoslavia era un paraíso «comunista», con dinero de las remesas enviadas de Alemania por los *gastarbeiter*, y parecía más cerca del mundo real, con sus peleas, debates y enfrentamientos políticos abiertos, a pesar de la represión, el militarismo y el caudillismo de la camarilla dirigente de Tito. Pero en la década de 1980 los intelectuales húngaros y rumanos buscaban inspiración en Occidente, y, cada vez más, en los regímenes corporativistas reaccionarios de entreguerras.

También es muy instructivo que sea en los Balcanes, especialmente en las repúblicas exyugoslavas y en Grecia, donde todavía existe en la actualidad una izquierda marxista joven y vigorosa, y no en Europa central, los denominados países Visegrád, en los que no hay nada comparable, a pesar de que están amenazados por una derecha terrible y violenta, cuasi fascista. (En la provincia de Vojvodina, son cotidianos los ataques xenófobos contra habitantes de etnia húngara, y los partidos neonazis son extremadamente fuertes en Bulgaria y Grecia, donde utilizan las protestas sociales a las que a la vez se oponen).

¿De qué modo permitieron las políticas de Gorbachov el avance de las fuerzas democráticas?

Fueron importantes de modo negativo, en el sentido de que dejaban claro que el Ejército Rojo no intervendría. En la primera gran manifestación no autorizada en Budapest, en junio de 1988, en la que yo debía ser el orador principal, los antidisturbios me golpearon y me detuvieron, pero me liberaron a las dos horas. El solemne nuevo sepelio de Imre Nagy, un año después, fue un asunto de Estado, garantizado por los *ci-devant* servicios secretos, el ejército y la policía húngaros, y disfrazado de revolución. Me indignó tanto que no asistí. Gorbachov en sí era contemplado como una figura cómica: la debilidad nunca se perdona. En todo caso, tal vez se haya exagerado la importancia de la Unión Soviética, nunca fue una presencia activa. No conocí a un ruso vivo hasta una conferencia de disidentes organizada en París en 1989. Nunca he puesto los pies en un territorio soviético o exsoviético: antes no me daban el visado y ahora no tengo dinero.

No deberíamos olvidar jamás que la desaparición del socialismo ha sido una tragedia. Incluso cuando me oponía claramente desde la izquierda, me lo parecía. Piense. Un evangelio dirigido contra el trabajo, el poder, la procreación, contra la preocupación por el mañana o por la muerte —piense en los lirios del campo—, representado por el odiado símbolo romano de la tortura y el asesinato, la cruz, acaba siendo personificado por un monarca vestido de César en, de todos los lugares posibles, Roma; una comunidad profética distinguida por prohibir las imágenes escultóricas, representada por la más escultórica de todas las imágenes, el *Moisés* de Miguel Ángel. Y de nuevo: un credo que defiende con firmeza la liberación total, la ruptura definitiva con cualquier tipo de autoridad y jerarquía, combinado con una elevada modernidad hipercrítica, acaba

alojado en la residencia simbólica de los zares, el Kremlin (allí no hay Marx, sino Iván el Terrible y Boris Godunov), mientras los sepulcros blanqueados del Politburó recibían el saludo de los soldados del Ejército Rojo desfilando con el paso de la oca, y mantenían un sistema de cárceles, campos de concentración y hospitales psiquiátricos que curaban la razón crítica con fármacos y electrochoques. Suficiente para que uno se desespere de la humanidad. Es difícil, quizá, imaginar que una civilización completa pueda verse atormentada hasta este extremo por el desencanto y la desesperación, pero, no obstante, es un hecho. Nosotros los disidentes quizá celebrásemos una victoria, pero ya entonces tuvo un regusto a derrota, un tufo a resaca.

¿Cómo compararía las experiencias de 1989 en toda la región?

En primer lugar, no fue accidental, como tanto le gustaba decir a Stalin, que el régimen fuese en último término vencido por el movimiento obrero polaco. A Solidarnosc la llamaban sindicato, ¿pero cómo estaba compuesta? Era una red de células fabriles, no organizadas por sector sino por región, dirigida por un organismo central asesorado por intelectuales comprometidos, una completa reminiscencia de los partidos comunistas en sus comienzos. Estaba dividida, como su enemigo y predecesor, en consejos de trabajadores y el partido revolucionario, que al final eran indistinguibles, como en Rusia, Hungría y Alemania entre 1917 y 1923. Por supuesto, en tiempos de Solidarnosc, el Partido representaba la reforma de mercado, y los trabajadores exigían la restauración del Estado del bienestar planificado e igualitario. En la década de 1980, la oposición de los trabajadores polacos siguió a su adversario hacia el restablecimiento de un capitalismo de mercado liberal –con la esperanza de obtener mayor libertad– y ambos fueron conducidos a la insignificancia en el contexto político de la nueva democracia liberal. En Hungría competían por el poder excomunistas defensores del mercado, liberales defensores del mercado y nacional conservadores defensores del mercado. Las nuevas ideologías abogaban por el *embourgeoisement*, por la creación de una clase media, supuestamente garante de la libertad; y ahora los apuntados a las buenas causas se preguntan por qué la clase media es tan autoritaria y racista.

En la región solo hubo una revolución verdadera, la rumana: los intelectuales rumanos necesitaron una década para demostrar que había sido un golpe de Estado de la KGB, aunque a principios de enero de 1990 yo

vi la sangre en la nieve cuando por fin pude regresar a Kolozsvár/Cluj, la sangre de soldados y trabajadores que a nadie le gusta recordar. Pero yo sí los recuerdo, y les agradezco haber podido volver después de una década y haber experimentado la felicidad delirante de que Ceaușescu hubiese desaparecido. Todavía se me saltan las lágrimas cuando hablo de ese tema. En cuanto a los demás, fue un proceso de descomposición complementado con embustes, en el que los disidentes fuimos los tontos que legitimamos la *Schweinerei* [cochinería] que se estaba produciendo. Más aún. Como todas las revoluciones, fue un momento de inspiración, cuando el pueblo se convierte en un genio con muchas cabezas. No puedes imaginar la sutileza y la inteligencia de los múltiples círculos, clubes y asociaciones en 1988-1989. Por término medio, sin embargo, se dio una mezcla. La llegada de la crisis económica –acelerada, pero no causada, por la privatización, la desregulación y la liberalización– no asustó al principio a la opinión pública. Personas como Walesa, Havel, Kuron y demás (yo incluido) presentaron sus ideales como algo occidental – un sinónimo de éxito– hasta el extremo de aceptar la Guerra del Golfo. Cuando finalmente se comprendió hasta qué punto se había hundido una civilización –cuando los antiguos disidentes todavía celebrábamos la libertad, pero ya estábamos siendo acusados por los nuevos poderes fácticos de sesentayocheros desarraigados y cosmopolitas, pervertidos, homosexuales, amantes de los gitanos y, lo peor de todo, fe-mi-nistas–, ya era demasiado tarde.

No lamento para nada haber luchado contra el régimen «socialista» –mendaz, estúpido, brutal, represivo y desleal– y sigo identificándome emocionalmente con la disidencia de aquellos años. Pero no me gustan nada los resultados de esas luchas y, aunque mi participación en los acontecimientos fue modesta –fui más un orador en mítines masivos que un verdadero líder, y después parlamentario por la Alianza Democrática Libre (SZDSZ) entre 1989 y 1994–, me siento responsable. Es especialmente humillante que el más simple militante trotskista, comunista de consejos o anarcosindicalista viese con mucha más claridad que teóricos famosos y brillantes que, por muy merecida que fuese la derrota del bloque soviético y del capitalismo de Estado al estilo soviético, por comprensible y saludable que fuese el apasionamiento de Europa Oriental por la libertad y los derechos, por prometedora que fuese la caída de los partidos pro mercado estalinistas, era al mismo tiempo un desastre histórico, que presagiaba la desaparición del poder de la clase obrera, de la cultura antagonista, el fin de dos siglos de beneficioso temor de las

clases dominantes. Lo que en *El capital* de Marx era una interpretación filosófica y una idealización –el capitalismo como sistema total, en el que el único sujeto es el capital– se ha convertido en una realidad palpable y cotidiana.

¿En qué medida su trayectoria política ha respondido a los resultados sociales y políticos de la «transición», y en qué medida ha supuesto una crítica al liberalismo propiamente dicho?

Esta trayectoria es realmente peculiar, porque adopta la forma del vuelo del bumerán, de izquierda a derecha y vuelta a la izquierda, aunque hasta la década de 2000 no me hice marxista. La primera mitad es suficientemente común, una rebelión contra la dictadura, con la dimensión añadida de la discriminación étnica experimentada en Rumanía. Pero, por extraño que parezca, en esto me ayudaron mis incursiones en el pensamiento conservador. Michael Oakeshott –coincidí con él una vez y me causó buena impresión– y, en particular, Leo Strauss despertaron mis dudas latentes acerca del liberalismo antes de mi giro a la izquierda. (De hecho, tal vez algún día escriba un artículo titulado «Leo Strauss para revolucionarios»). Al igual que en mi primera juventud Nietzsche había despertado mi interés por el cristianismo, también Strauss me llevó a Spinoza y Rousseau. El liberalismo, en cuanto sistema de separaciones y conflicto atemperado, es incapaz de justificar un orden político eternamente necesitado de motivaciones para la libre aceptación de obligaciones, también denominada altruismo. Al carecer de esto, deberá esforzarse mucho por legitimar la coerción y la invención de la mentira noble por parte de las elites cultas. *Natural Right and History*, el único libro que trata del trágico cinismo de Weber y del engaño de la supuesta dicotomía entre hechos y valores, me abrió los ojos ante la debilidad de una visión política del mundo necesitada de certidumbres de procedimiento, sostenida en el mundo angloparlante por un normativismo abstracto y vacío que omite por completo la filosofía moderna, con la excepción de un Kant tergiversado y simplificado: esto es lo que ellos llaman «filosofía política».

En consecuencia, al observar el giro liberal de antiguas lumbreras socialistas como Jürgen Habermas, convertidos en poco más que pilares del poder establecido, decidí arrojar toda mi supuesta *oeuvre*, romper con toda mi vida anterior y volver a estudiar. Esto, por supuesto, ha liberado mi apasionado repudio de la situación que nosotros forjamos,

mi simpatía y compasión por aquellos a quienes la introducción del mercado ha empobrecido y convertido en analfabetos de nuevo. Me he visto obligado a reconocer que nuestro ingenuo liberalismo entregó una democracia naciente en manos de irresponsables políticos derechistas llenos de odio, y contribuyó al restablecimiento de un mundo social provinciano, deferente y resentido, que recuerda al de antes de 1945. La ruptura, por supuesto, ha sido muy dolorosa, porque me ha excluido del círculo de personas con el que me relacioné durante décadas –los disidentes–, de modo que en la actualidad mis amigos son en general varias generaciones más jóvenes que yo; personas maravillosas, pero sin los recuerdos compartidos tan necesarios para las verdaderas amistades. Al mismo tiempo, los jóvenes izquierdistas rumanos me han permitido llevar una consoladora existencia discreta en Transilvania, y librarme por fin del sentimiento que envenenó mi juventud: el sentimiento de que el conflicto étnico era irremediable. Tras treinta años de ausencia, por primera vez en mi vida, cuando doy charlas y a veces escribo para revistas en rumano, me siento bien recibido en mi propia tierra: una fuente de gran placer y quizá innecesaria justificación.

¿Cómo impactaron en el resto de la región los conflictos étnicos de Croacia y Bosnia, y después la guerra de la OTAN en Yugoslavia?

En el plano oficial, estas cosas están estricta y rígidamente determinadas por el pasado, en opinión de la clase dominante: por ejemplo, los dos países «socialistas» donde no hubo tropas de ocupación rusas, Polonia y Rumanía, son hoy los más antirrusos, en recuerdo de viejas disputas territoriales y étnicas. En el caso de Yugoslavia: Alemania, Austria y Hungría se pusieron del lado de la OTAN y la Croacia católica contra la Serbia ortodoxa griega y supuestamente «comunista»; checos, rumanos, griegos y rusos se opusieron a lo que consideraban «las potencias centrales», percibidas como católicas y «alemanas». Avivó el antiguo prejuicio acerca de la división católica-ortodoxa como límite entre Europa y los bárbaros orientales, un cliché que les encanta a los nacionalistas y etnicistas húngaros. El primer ministro húngaro de aquel momento (y en la actualidad), Viktor Orbán, llamó a los húngaros de la Vojvodina serbia «una minoría de la OTAN»; muy útil, como puede imaginarse, cuando las bombas de la OTAN caían sobre Újvidék/Novi Sad. Al presentar a Milosevic como «comunista» y aliado de Rusia, era posible establecer la imagen de la izquierda centroeuropea como algo oriental, bárbaro, atrasado y condenado a la derrota. (Por otro lado, la izquierda como agente

de modernización es concomitantemente vista como el proconsulado del Estados Unidos judío; en la década de 1930, era la Inglaterra judía). En su mayoría, los disidentes de 1989 –Havel, Kuron, Michnik y otros– respaldaron plenamente los bombardeos de la OTAN sobre Belgrado. Para entonces yo estaba en la calle protestando, y me tachaban de «idiota útil» de Milošević por hacerlo. Recuerdo un debate con Alain Finkielkraut en el Institut Français de Budapest: él –partidario del líder etnicista y antisemita croata, Tudjman– se reía de mí por mi tonto sentimentalismo: «Bueno, la gente se deja matar por la causa de la libertad y de Estados Unidos, ¿no?».

En un impresionante artículo escrito en aquel momento, «La guerra de los doscientos años», describía usted un patrón común al imperio austro-húngaro, Yugoslavia y la URSS: la política se limitaba al centro, mientras que las elites regionales representaban la etnia sin política; cuando el centro desapareció, el etnicismo –agudamente distinto del nacionalismo– fue la única fuerza que permaneció. También predecía usted que o bien Occidente toleraría una extremada purga étnica en Yugoslavia, o bien establecería allí un imperio propio: ambos, al final...

Algo que a mí me preocupaba era el destino de las minorías étnicas –he sido, soy y seguiré siendo un húngaro transilvano– y veía que ni minorías ni mayorías aprendían de su experiencia. Todo lo que parecían desear era el poder. Para alejarse tanto como les fuese posible del nacionalismo democrático –que es una variante del republicanismo clásico: igualdad política y autodeterminación– se embarcaron en lo que yo he denominado etnicismo: una práctica apolítica y destructiva, opuesta a la idea de ciudadanía. Los húngaros transilvanos se situaron en las primeras filas de la revolución rumana de 1989, que repudiaron –por «extranjera»– a los pocos meses, después de haber sido víctimas de pogromos rumanos. La ciudadanía común parece una quimera. No es de extrañar, sin embargo: la ciudadanía y el nacionalismo cívico-democrático dependen del Estado, aniquilado por la política neoliberal. El nacionalismo ha reunido pequeños principados, y los ha convertido en grandes países: Italia, Alemania, Rumanía, Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia y quizá incluso la Unión Soviética. El etnicismo los ha destruido y creado míseros estaditos provincianos y bárbaros, dependientes de la financiación internacional y de la mafia local para sobrevivir. A este respecto, Europa Oriental no es heterogénea. Es un área de temor en la que una réplica en plástico del tribalismo parece tranquilizadora y confortable.

Se ha dicho que la iniciativa geopolítica crucial de Occidente después de 1989 fue la de insistir en establecer una relación individual y directa con cada país centroeuropeo, en lugar de negociar con el bloque en conjunto. Uno de los resultados fue que cualquier disconformidad con el consenso Washington-Bruselas era automáticamente tachada de aislacionismo o «nacionalismo». ¿Qué opina usted de este argumento?

Tiene parte de verdad, pero las elites liberales no necesitaban que Occidente las animase a romper lazos con una Rusia que en su opinión personificaba el terror, el atraso y la pobreza, ni para hacerse neoconservadoras. No fue solo la presión occidental, sino también el deseo en grupos importantes de Europa Oriental de equiparar libertad con Occidente, así que se prestaron voluntarios. En vano escribí a comienzos de la década de 1990 que «la libertad no es un concepto geográfico». Hacerse «occidental» o, más tarde, «europeo» era el lema más popular en aquel tiempo. Por consiguiente, el asunto fue la desindustrialización y la venta de casi todo a conglomerados multinacionales a precios de saldo, recibidas con entusiasmo por gente enamorada de lo que un gran escritor inscrito en el movimiento *völkisch* húngaro de la década de 1930, László Németh, denominó «autocolonización».

¿Cuáles han sido las consecuencias a largo plazo?

Aparte del terrible empobrecimiento de la región, la transformación de Europa Oriental en un agujero negro económico, el desempleo galopante y las desigualdades tercermundistas, ha hecho que el etnicismo —no el nacionalismo, ya que carece de dimensión cívica— aparezca como la única oposición sistémica. En consecuencia, el etnicismo ha atraído, por desgracia, a los espíritus rebeldes que con toda razón rechazan el neoimperialismo de las multinacionales y de las organizaciones internacionales, desde la OTAN al FMI pasando por la OMS, y de quienes piensan que el capitalismo liberal no es más que un disfraz para el sometimiento y la explotación extranjeros.

¿Cómo evaluaría el papel de la UE en la región?

Ha sido un completo fracaso. Aquí la UE solo se ve como una panda de extranjeros desagradables, con una pomposa retórica institucional que enmascara el férreo egotismo occidental. La menguante minoría liberal la considera una posible defensa contra multitudes sanguinarias, un

«liberalismo del terror» por antonomasia que no presagia nada bueno. La UE ha intervenido de modo saludable en defensa de la libertad de prensa o la igualdad entre sexos, aunque nadie parece creer en el altruismo de sus motivos. Pero nunca ha sido popular, la verdad. La gente no está dispuesta a creer en una libertad que siempre parece acompañada de recortes y más recortes.

¿En qué periodos dividiría el cuarto de siglo transcurrido desde 1989 en Europa Oriental?

En primer lugar, el momento de la independencia y la libertad: la efervescencia liberal. Segundo, la privatización y el desmantelamiento de los restos del Estado del bienestar «socialista», junto con la realineación de los antiguos partidos «comunistas» estatales, que aceptaron con entusiasmo la agenda neoliberal, como corresponde a su tradición positivista, progresivista y modernizadora. En tercer lugar, una reacción corporativista de derechas contra esto, en gran medida fracasada, con el resultado de: decepción y furia. Cuarto, el despilfarro de los sistemas constitucionales, los derechos civiles, el pluralismo y la tolerancia que produjo, en el caso de Hungría, un orden rígido y nacionalista y, en el resto de los países del bloque soviético, el caos.

La palabra caos sugeriría una completa descomposición del orden social. ¿Es eso lo que usted percibe?

Por caos quiero decir la descomposición de las lealtades, las simpatías y las creencias acostumbradas que apoyarían la hipótesis de una especie de bien común, y que no han sido reemplazadas por un nuevo credo rebelde, sino por prejuicios, supersticiones y cuchicheos acerca de poderes ocultos; cada uno o cada una para sí; el reinado de la desconfianza; el sentimiento de que estamos acabados, pero que al mismo tiempo todo es un chiste; mal humor avanzado; un feroz rechazo de todo lo que huele a supraindividual; odio a toda la política; desacato de la ley; odio a todos y odio a uno mismo. Un horizonte cerrado.

En algunos casos, el camino para la resurgencia de la derecha en Europa Central fue abierto por la comprensible eliminación electoral de los Gobiernos de centro izquierda –el de Leszek Miller en Polonia (2001-2005) o el de Gyurcsány en Hungría (2004-2009)– liderados por excomunistas renacidos. Elegidos por las promesas de restaurar la estabilidad social y la solidaridad

tras la destrucción provocada por la terapia de choque, una vez en el cargo resultaron profundamente corruptos y cínicos, y mantuvieron las implacables políticas neoliberales. ¿Qué responsabilidad tienen estos partidos de centro-izquierda –y las medidas dictadas por los «criterios de convergencia» más en general– del ascenso de una derecha virulenta?

No olvidemos, por favor, que estos señores nunca han sido comunistas de tendencia alguna. Eran modernizadores que se sentían atados por el poder militar de la Unión Soviética, y se mostraron siempre menos críticos con el capitalismo liberal de Occidente que los disidentes. Se oponían a Solidarnosc porque para ellos significaba desorden, porque era proletaria y porque era católica e ingenuamente patriótica. No fue solo el SPD de Helmut Schmidt el que juró por Karl Popper: estos nunca habían sido enemigos de la «sociedad abierta», en el sentido de la circulación de capitales y las libertades individuales, mientras estas no equivaliesen a poder popular. La razón y el progreso –la tendencia más poderosa del movimiento obrero desde Saint-Simon, en la que *El capital* se consideraba un asunto esotérico, mientras que los líderes y los teóricos preferían el positivismo y el empirismo de la última época de Engels–, la razón y el progreso apuntaban ahora a Wall Street y la City londinense. No es cierto que los supuestos partidos izquierdistas de Europa Oriental prometiesen más justicia social que sus supuestos rivales de derecha; siempre estuvieron asociados –como mínimo desde 1981– con los recortes y los presupuestos equilibrados. Luego no hay ninguna sorpresa. Con la interesante excepción de los socialistas húngaros, también son manifiestamente nacionalistas, véase hoy a gente como Robert Fico, Ivica Dacic, Victor Ponta, Sergei Stanishev, Milos Zeman y demás.

Los partidos de centro-izquierda han estado a favor de la terapia de choque desde el principio. A veces atacan a sus competidores de derecha por no ser suficientemente ortodoxos en el seguimiento de las prescripciones impuestas por el Consenso de Washington. Por eso antiguos disidentes como Adam Michnik pudieron apoyar una «izquierda» que era, y es, impecablemente neoliberal, un sinónimo, para mis antiguos compañeros de armas, de compromiso con la libertad y el pluralismo. El centro izquierda oficial en Europa Oriental se acerca más en espíritu a la corriente política convencional en Occidente que la derecha oficial de Europa Oriental. A veces puede protestar por las evoluciones autoritarias en Polonia o Hungría, pero las introduce o las aplica en los demás

países. Si esto es traición, ocurrió ya hace más de treinta años. Sabemos por *From Stalinism to Eurocommunism*, de Ernest Mandel, que no fue Margaret Thatcher sino Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista Italiano, quien primero defendió las virtudes sin parangón de la austeridad (¡en 1973!). No se puede esperar nada de estos partidos y los serviles sindicatos a veces asociados con ellos, mientras que Solidarnosc ha menguado hasta convertirse en una pequeña secta revivista, dispuesta a apoyar a Gengis Kan.

En un importante artículo publicado en 2000, «On Post-Fascism», analizaba usted la confluencia de fuerzas que sirvió para limitar la ciudadanía efectiva bajo el capitalismo liberal, a pesar de la expansión de los procedimientos formalmente democráticos. La experiencia de la pasada década ¿ha alterado dicha imagen?

No mucho. En las condiciones de capitalismo global desregulado y neoliberal no solo están aumentando las poblaciones migrantes, sino muchas otras categorías de personas apartadas, por una u otra razón, de los Estados-nación tradicionales, que ya no pueden aportar protección legal, por una parte, ni patriotismo, por otra. Si no avanza para convertirse en una condición universal —expandiéndose, como hizo a partir de 1789—, la ciudadanía perderá su sentido. Si solo está disponible para las poblaciones blancas sedentarias y oficialmente censadas de los Estados-nación occidentales, conducirá a regímenes autoritarios basados en el pánico racial y moral. Si, igualmente, solo la obtienen las «naciones cívicas» relativamente privilegiadas, en un número decreciente de Estados burgueses todavía estables, la ciudadanía se convierte en una distinción, en lugar de la condición universal prometida por la Revolución francesa. Si la xenofobia contra los inmigrantes, la difusión del odio contra los musulmanes, la histeria contra los gitanos y otros similares se imponen, su orden simbólico y policial solo puede sostenerse mediante una tiranía aparentemente respaldada por «el pueblo», lo cual esta vez significa los blancos ricos y quienes aspiran a serlo. Europa puede convertirse en cualquier momento en una gran Rodesia.

¿Cómo podríamos instalar un sistema de ciudadanía universal? El precio que hay que pagar es el desmantelamiento de la versión contemporánea de capitalismo pseudoliberal; ningún multiculturalismo puede hacer justicia a este problema. Pero las mayorías blancas están cada vez más

desesperadas. Antes de 1989, yo solo temía a la policía secreta. Pero hoy puedo tener que afrontar la ira de mi propia gente, porque me consideran partidario de los gitanos, de los inmigrantes, de los homosexuales o cualesquiera otros. Por consiguiente, a diferencia de cualquier otro momento en la historia, la igualdad se percibe como enemiga de los intereses de la mayoría. En cuanto defendemos a los morenos, a la gente ya no le interesa nuestra oposición al régimen de Wall Street. Ambos son extranjeros. La izquierda vuelve a ser contemplada como una cábala judía, que representa al Otro. Se considera que, so pretexto de la igualdad, la izquierda ataca de nuevo a lo local, lo tradicional, lo íntimo, lo de aquí. Ven al comunismo, igual que al capitalismo planetario, como algo insensible al Hogar. Sí, lo es, porque le preocupan los que no lo tienen.

¿Qué recursos intelectuales del pasado considera de especial valor en la actualidad?

No fueron Marx ni Engels ni la Segunda Internacional, sino los fundadores del Komintern –Lenin, Luxemburg, Trotski, Bujarin– y unos cuantos más, como los austromarxistas que rodeaban a Otto Bauer y la oposición comunista de izquierda germano-holandesa, los primeros sinceramente internacionalistas y antirracistas. Fueron ellos quienes asumieron la causa de los pueblos oprimidos de la periferia y la semiperiferia, de las «naciones de color», los que se opusieron seriamente al imperialismo, del que Marx pensaba aún que podía tener una misión *civilisatrice* en India y demás lugares ignorantes al otro lado del mundo. ¿Qué le ha ocurrido a la idea de la solidaridad internacional, a la amistad entre los pueblos, a la autodeterminación, al estar del lado de los pobres o a la noción del «eslabón más débil»? Hay ahora una tendencia bien recibida entre la izquierda joven de la región a desarrollar formas de cooperación antinacional entre diversos *foci* de resistencia en los países de Europa Oriental, para oponerse a la presión de las estrategias del capitalismo planetario ubicadas todavía principalmente en Occidente. En las reuniones a las que asisto en Zagreb y en Belgrado, las hijas y los hijos de nacionalistas croatas y serbios, que en otro tiempo derramaron mutuamente su sangre, están resucitando la primera condición de cualquier oposición antisistémica, llamada en buen alemán *Fundamentalopposition*: dudar de los principios clasificadores del enemigo. Y lo hacen juntos. Cuando los rebeldes del siglo XVIII empezaron a dudar de la superioridad inherente de la sangre normanda, o de la inefable santidad de los obispos, empezaron a superar las diferenciaciones impuestas desde arriba que los hacían

ser obedientes, la reverencia ante la superioridad espiritual y moral que siempre es necesaria para conservar el ascendiente de los pocos sobre los muchos en cualquier sociedad de castas o de clases. El truco contemporáneo de los gobernantes es la «cultura».

El sistema dominante identificado descaradamente con la excelencia occidental –diligencia, ahorro, frugalidad, paciencia, disciplina, trabajo duro, mejora personal, elegancia: todo ello revestido de una refinada estética– mira con desprecio al «Este» y al «Sur», a los que considera ingobernables, perezosos, esclavos de Baco y del deseo, racistas, xenófobos, etcétera. Es una variación del viejo tema de las criaturas cuyo ser es inferior, regidas por el corazón y la corporalidad, y no por la razón, prerrogativa de los poderosos en todos los tiempos. Se suponía que las mujeres eran criaturas de sentimiento y sexualidad irresistible, a los judíos y ahora a los musulmanes los presentaban, y aún los presentan, como personas guiadas por la envidia, el resentimiento y la pasión, y por la ausencia de un afinado «sentido de la realidad», que siempre significa un apego conservador al *ancien régime*. El inferior –proletario, mujer, de color o semita– siempre se equipara de algún modo con el cuerpo; las exigencias de justicia social siempre están motivadas por la necesidad. El superior se equipara con el alma feroz –los guerreros, o los emprendedores heroicos de Sombart– o con el espíritu frío como el hielo: sacerdotes, estudiosos, banqueros, administradores. A los pobres, incluidas las regiones y las naciones pobres, por el mero hecho de desear más y mejor, los presentan creciendo en una cultura de la dependencia –de las limosnas de los ricos– y del robo: es decir, los intentos de expropiar y de hacer justicia social convirtiendo en suyo lo que por derecho pertenece a otros. El peso de tales clasificaciones culturales es enorme: la redistribución se considera una limosna y una confiscación de la propiedad que solo un Estado tiránico puede efectuar; de ahí que todos los movimientos igualitarios impliquen el fin de la libertad.

Lo asombroso es que estas clasificaciones «culturales» están cada vez más biologizadas y moralizadas. El *establishment* de Europa Oriental quiere demostrar que somos unos pobres dignos de ayuda –véase la «sociedad basada en el trabajo» de Viktor Orbán, que finalmente derrotará al execrable Estado del bienestar, una vil y astuta estratagema comunista donde las haya– a quienes podría permitírseles un poco de relajación, porque estamos tensando todos los nervios para ser como todos los demás y estar orgullosos de ello (en el caso de Orbán, muy

orgullosos, todo siguiendo el espíritu de la Sagrada Corona de San Esteban). De modo que deberíamos dejar de ser holgazanes quejicas; los salarios bajos son el castigo adecuado por nuestra imperfección moral. Y si uniformemente algunas «culturas» no consiguen prosperar, debe de haber también alguna imperfección genética, ¿no? Esta opinión clásicamente colonial acerca de las diferencias «culturales» no es nada nuevo; en el caso europeo, puede prescindir del poder militar, al contrario que en 1914, pero por lo demás sigue siendo igual. La fuerza compensatoria establecida por los pueblos orientales –el bolchevismo– fracasó o fue derrotada, o ambas cosas a la vez. Os dirán que la reconstrucción de una nueva izquierda en Europa Oriental nacerá en una cultura de resentimiento, causada por la falta de cultura democrática profundamente arraigada como la que podemos admirar en la incesante grandeza de la Madre de los Parlamentos, Inglaterra. Bien, hay muchísimo resentimiento. Pero lo mismo que el capital no tiene nacionalidad, tampoco el movimiento anticapitalista puede tenerla. Las tendencias verdaderamente igualitarias –por no hablar de las corrientes verdaderamente comunistas– no tendrán como objetivo la diferenciación y la diversidad, aunque este es exactamente su punto de partida. Las diferencias que deben querer eliminar son las de clase, las de raza y las culturales. *Vive la différence?* No. *Vive la Commune!*

¿LA DECADENCIA DE OCCIDENTE?

ESTADOS UNIDOS BUSCA su identidad; Europa ha perdido su camino; China se está redescubriendo a sí misma. Y así los melancólicos «violines del otoño» repiten su estribillo en las tierras del sol poniente. Extraños tiempos: la difícilmente perenne idea de «Occidente» se utiliza de manera omnipresente para ennoblecer a los sospechosos habituales, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Los creadores de opinión festejan el «occidentalismo» y piden nuevas rondas de intervenciones militares occidentales, pero el tristemente famoso concepto de Spengler, *The Decline of the West*, aparece de nuevo en las páginas de opinión. Basta de Rambo; de vuelta a Hamlet. Las causas del malestar están claras: hundimiento demográfico, desindustrialización, deudas y déficits públicos, contaminación ambiental, caída de la competitividad, tipo de cambio del yuan, pérdida de fe en el modelo de crecimiento, etcétera. El catálogo es de sobra conocido.

La sensación de depresión se debe en buena medida a la influencia de los contables, una consecuencia de una sociedad mercantil y manufacturera que ha malgastado sus propios fundamentos históricos y culturales. Habida cuenta del discreto silencio de los antropólogos, de la ultraspecialización de los historiadores, del retraimiento de los geógrafos, del academicismo de los sociólogos de la religión, difícilmente sorprende que, cuando los economistas establecen la clave, lo que sigue es un adagio. Como si una balanza de pagos sana fuera suficiente para asegurar el poder y la influencia en vez de una simple condición; como si Occidente nunca hubiera conocido los déficits, el estancamiento, la recesión y las quiebras bancarias. Una posición hegemónica no depende solo del tipo de cambio o del precio del factor trabajo. Si el PIB determinara el rango,

entonces el sermoneante ectoplasma de la UE estaría en los mismos términos que Estados Unidos y China. De hecho, la RPCh, ya la mayor potencia comercial del mundo –y en 2030 probablemente la mayor economía, como lo fue hace doscientos años–, podría simplemente saltar al número uno. Pero nada de esto está predeterminado. Al margen de cualquier otra cosa, la economía política carece de instrumentos para comprender las sutiles diferencias entre el peso de una nación y su papel, entre influencia y preponderancia, entre lo económico y lo político; estas cosas no se enseñan en una escuela de negocios. Se encuentran detrás o debajo de los datos estadísticos, y es necesario que todos los que hablan del fin de la preeminencia occidental –impacientemente en el Este, lastimeramente en Europa– las tengan en cuenta. Un balance, aunque sea breve, puede servir para presentar estos factores invisibles, adoptando una visión clínica en vez de la de un curandero o un agente funerario. En primer lugar haremos una lista de las cartas ganadoras de Occidente, después de sus desventajas.

CINCO TRIUNFOS

Una cohesión sin precedentes

«Occidente», en gran parte una invención mítica –aunque los mitos no carezcan de importancia–, ha atravesado muchos avatares en el último milenio: el cristianismo hacia 1250; la Europa Ilustrada hacia 1750; el club de Berlín hacia 1900, para repartirse el planeta; el «Mundo Libre» hacia 1950, codo con codo con Stalin. Toda comunidad humana se constituye a sí misma en contra de un oponente, y las cristalizaciones de Occidente siempre han funcionado a través de un antagonismo con un entrometido y malevolente Oriente: sarraceno u otomano, razas inferiores, propietarios de esclavos, oscurantismo, el Gulag. Un drama en cien actos diferentes entre el bien y el mal, la civilización y la barbarie, la luz y la oscuridad. Pero ninguna de estas manifestaciones históricas de «Occidente» tenía nada parecido al nivel de organización y coherencia del Occidente actual. El mundo natural sugiere una imagen de brumosos, estetizantes contornos para la tierra donde se pone el sol. Por el contrario, el perfil geopolítico de la zona euroatlántica se define claramente con una palabra: la OTAN, con «Occidente» como su seudónimo. El sistema político militar está actualmente sufriendo una expansión: su vanguardia está situada en el occidente de Occidente, Estados Unidos,

pero ahora incluye a la vieja Europa del Este hasta los Estados del Báltico. Esta «arquitectura de seguridad» tiene sólidos apoyos en la región de Asia-Pacífico con Japón, Taiwán, Corea del Sur, Australia y Nueva Zelanda. Y si Estados Unidos interviene aquí por cuenta propia, fuera de la OTAN, todavía tiende a hacerlo en nombre de Occidente, hablando en nombre de su seguridad y sus valores.

Occidente es unipolar: ninguno de sus miembros discute el liderazgo estadounidense. Las aberraciones de George W. Bush dejaron a los gobernantes europeos o bien imperturbables o bien fascinados: ninguna voz de protesta se levantó contra la invasión de Iraq, excepto brevemente la de Francia, para horror de la mayoría de sus colegas. Occidente se ha convertido en el único bloque multinacional capaz de una rápida y coordinada utilización de la fuerza, como en Yugoslavia, Afganistán o Libia. La Organización de Estados Americanos está dividida, MERCOSUR balbucea, el ALBA declama, el norte de África está internamente fragmentado, la Unión Africana está a disposición de quien la quiera. La Liga Árabe, la Organización de Cooperación de Shanghái y la ANSA son foros, no órganos totalmente equipados para tomar decisiones. El G20 se ha convertido en un acontecimiento mediático. Solamente la OTAN puede hablar con una sola voz, con una indiscutible cadena de mando y un consenso doctrinal. El «polo de defensa europeo» depende de organizaciones artificiales como la antigua UE0 o de las ilusiones. ¿Qué otro poder regional puede llevar a la práctica –mucho menos revocar– una resolución de Naciones Unidas?

Resulta sintomático que en 1989 ningún miembro de la OTAN –una alianza para la defensa– rompiera la disciplina: bravo, ganamos, vamos a celebrarlo y adiós. Pero ¿sintomático de qué? No solo del agotamiento de Europa, resignada a su estatus de vasallo, soñando su sueño federalista de una gran Confederación Helvética –una Suiza sin montañas ni servicio militar obligatorio– mientras deja su seguridad en manos de Estados Unidos. Juicios de valor al margen, esta incoherencia estratégica es en sí misma una señal de cohesión: la «comunidad de valores» y de miedos es lo suficientemente fuerte como para superar divergentes intereses en cada lado del Atlántico.

El supuestamente elevado terreno de ideales y valores –más importante para constituir un equilibrio de poder de lo que los idealistas pueden pensar– despliega la misma capacidad de integración. La noción de «los

derechos del hombre y del ciudadano» –aunque reescrita por el hiperindividualismo como «derechos humanos» de los que ha desaparecido el ciudadano– establece las bases para legítimas normas cívicas. Y aunque estas normas están lejos de ser respetadas en todas partes, el abuso de autoridad del dictador es objeto de la censura general, no solo en los países afectados. Los «valores asiáticos» –la primacía del grupo sobre el individuo, la disciplina, la jerarquía, la armonía, la frugalidad– brevemente esgrimidos por algunos recalcitrantes (Malasia y Singapur), no aguantaron las conmociones de la crisis económica de 1997. Los valores islámicos han encendido últimamente los movimientos más fuertes de desobediencia civil, pero, puestos a prueba en el poder, a largo plazo no parecen garantizar un destino mejor. Ancladas en la revelación en vez de en la sagacidad, las palabras del Profeta son más restrictivas que las de Confucio: la imposición de la *sharia* es contestada dentro del mundo musulmán por los jóvenes con educación y por segmentos de la clase media urbana, mientras que en Occidente el cemento de los «derechos humanos» da pocas señales de agrietarse¹. Incluso si la tardía conversión de los colonizadores –expertos durante mucho tiempo en napalm, tortura y trabajo forzado– a la religión de los derechos provoca una sonrisa en los labios del ex colonizado, la posición tiene una aprobación verdaderamente unánime, por la misma razón que la joven musulmana en Túnez o Irán lleva vaqueros bajo el velo. La vestimenta también es un compromiso.

Monopolio de lo universal

Todos los Estados persiguen en el exterior sus intereses vitales. China, escasa de materias primas para su desarrollo, mantiene una celosa vigilancia sobre sus fuentes de materias primas y sus cadenas de aprovisionamientos en ambos hemisferios, sin un tacto excesivo; podemos llamarlo egoísmo sagrado, algo que nos es muy familiar. Pero solamente Occidente tiene la capacidad para presentar sus intereses particulares como una expresión de los de la humanidad en general; como libertad, emancipación y progreso. El emblema geográfico de esta coincidencia es la domiciliación en Nueva York de la sede de Naciones Unidas.

¹ Sin embargo, pequeñas fisuras aparecen de vez en cuando. En 1981, como miembro de la delegación francesa en la ONU, el autor puede dar fe del apoyo de la Administración estadounidense a los jemeres rojos después de su derrocamiento por Vietnam. El escaño de Camboya todavía estaba ocupado por los representantes de Pol Pot, por explícita presión de Washington. Argumentos para relativizar no la referencia, sino la reverencia debida a estos campeones de los derechos humanos.

La institución que está acreditada como la conciencia universal, situada en el corazón de la solitaria superpotencia; la metrópoli de la ley más elevada es la misma que la de la mayor fuerza militar. Los diez países que votaron la resolución 1973 del Consejo de Seguridad que establecía una zona de exclusión aérea sobre Libia representan el 10 por 100 de la población mundial, igual que los diez países del sureste asiático miembros del ANSA. Pero estos últimos nunca se describirían a sí mismos como la «comunidad internacional», excepto como chiste. Esta engañosa presentación no es una invención de voceros políticos. Es una sincera creencia, mitad paternalista, mitad evolucionista, que envuelve el clásico doble rasero en el más encarnizado idealismo: derecho a la secesión de Kosovo, pro occidental, pero no de Abjasia u Osetia del Sur.

La aristocracia de la humanidad –una confederación de democracias que se considera a sí misma como una Liga del Bien Público enfrentada a una Alianza Sagrada de déspotas y ladrones– no puede verse a sí misma como lo hace el resto del planeta: simplemente otra Alianza Sagrada. Incapaz de entender el odio que despierta, la falta de conciencia de Occidente permite su buena conciencia. Ni los asiáticos ni los africanos reclaman tener la llave de la felicidad futura, mientras que los musulmanes ya no sueñan con remodelar el resto del mundo a su imagen. Los pastunes conocidos como talibanes solamente quieren librarse de los extranjeros y establecer la *sharia* en sus valles. Nadie más, aparte de Estados Unidos, emite opiniones sobre todo lo que pasa en el mundo, crea e impone listas de chicos malos (modificadas para encajar en las necesidades de la coyuntura) o decide las sanciones contra tal o cual Estado canalla. El gendarme del mundo también es su juez, ya que Estados Unidos está en posición de instrumentalizar y soslayar al Consejo de Seguridad. A pesar de los vetos rusos o chinos, que retrasan más que evitan, y con organismos desactivados y una Asamblea General no ejecutiva, La Organización de Naciones Unidas está tan lejos de ser un obstáculo insuperable que incluso un antiguo secretario general, Boutros-Ghali, podía manifestar que estaba «supeditada a la Alianza Atlántica»².

Occidente es el único bloque de Estados dispuesto y capaz de derrocar lejanos regímenes que no representan una aparente amenaza a la paz mundial, con o sin la aprobación de la ONU; o de apoyar rebeliones,

² Véase su observación realizada en un seminario el 7 de abril de 2009, titulado «La politique extérieure des Etats-Unis après l'élection d'Obama»; disponible en la web de la Fondation Res Publica.

disidentes y separatistas a través de medios clandestinos o semiencubiertos. Desde luego, las naciones imperiales siempre han querido ejercer el control sobre su vecindario: Rusia, sobre su *glacis* europeo y caucásico; China, sobre sus «territorios fronterizos», Tíbet, Corea del Norte, Mongolia; India sobre los pequeños Estados del Himalaya, Sri Lanka y Bangladés. Pero todavía está por ver al Reino del Medio lanzando misiles de crucero cargados con bombas de racimo a diez mil kilómetros de sus costas, u ofrecer mensajes de apoyo a vascos, kurdos, irlandeses o flamencos. Tampoco Irán rodea a Estados Unidos de bases militares en las fronteras de México y Canadá, como las que hay en Iraq, Azerbaiyán, Turkmenistán, Kuwait, Qatar y Omán. Hay una gran diferencia entre una amenaza percibida y una real.

Dado que Estados Unidos tiene intereses en todas partes, «garantizar la seguridad de Estados Unidos» –el primer deber de su presidente, también de hecho el comandante en jefe de la OTAN– exige una capacidad no menos global para la proyección de la fuerza armada, que solamente tiene Estados Unidos. Con 700 millardos de dólares anuales, el presupuesto militar estadounidense equivale al del resto del mundo, aunque cuenta con las mejores defensas naturales. Solamente la OTAN tiene bases en los cinco continentes; hay ochocientas instalaciones militares estadounidenses en el exterior. Esta combinación sin precedentes de pragmatismo y mística, de resuelta modernidad y acérrimo arcaísmo, es lo que constituye el poder del nuevo orden mundial.

La escuela de negocios global

Occidente garantiza y modela la formación de las elites internacionales a través de sus universidades, escuelas de negocios, instituciones financieras, colegios de formación de funcionarios, organizaciones comerciales, fundaciones filantrópicas y grandes corporaciones. Ningún imperio ha gobernado exclusivamente mediante la fuerza. Necesita apoyarse sobre círculos gobernantes nativos, y esta incubadora centrífuga produce una clase global de gestores que incorporan su lenguaje, sus referencias y revulsivos, sus modelos organizativos (imperio de la ley y «buena gobernanza») y sus normas económicas (Consenso de Washington). Este moldeado de cuadros gestores, de una clase media ya globalizada, es lo que transforma la dominación en hegemonía, la dependencia en aceptación. Más allá de los periodos de prácticas para jóvenes dirigentes –las embajadas estadounidenses organizan tres mil al año– esta fuga de

cerebros digital engendra un compartido inconsciente colectivo. Los «príncipes rojos» chinos envían a sus chicos para que se eduquen en Estados Unidos, de donde regresan bien equipados para la persecución de la riqueza. En Europa, los jóvenes no solo encuentran natural, sino indispensable, obtener una cualificación de uno de esos «centros por excelencia».

No hay país, minoría o secta, por remoto que sean, que no tenga su bomba de succión en forma de representantes más o menos bien implantados en Estados Unidos, con sus conexiones con el Congreso y la Administración, cuyos elementos mejor situados pueden, si quieren, regresar a su país de origen convirtiéndolo en su segundo hogar. Son los afgano-americanos, albano-americanos, mexica-americanos, africa-americanos (el estilo de Jean Monnet, galo-americano, fue simplemente un prototipo). Este departamento planetario de recursos humanos puede sacarse al instante a un Karzai del bolsillo. A un palestino del Banco Mundial, a un italiano de Goldman Sachs, a un libio o georgiano remodelados: la facilidad con que Estados Unidos es capaz de instalar un capitán en cualquier timón es la recompensa por su generoso abrazo a los extranjeros, una apertura de la identidad nacional a la que nunca se arriesgó el Imperio británico pero que ha proporcionado a su sucesor cientos de miles de hijos adoptivos, de todas las nacionalidades, y la posibilidad de llenar sus embajadas de gente que procede de sus países de residencia.

China, India, Egipto, incluso pequeños Estados como Israel o Armenia, se benefician de las leales diásporas como canales de influencia. El papel de los 30 millones de chinos expatriados en el sureste de Asia es bien conocido. Estados Unidos, que ya no es tierra de emigración más delo que puedan serlo los países nórdicos, lo hace mejor: en casa tiene 42 millones de emigrantes, las diásporas de todos los continentes: hispanos, asiáticos, africanos. Solamente los Estados occidentales –y en primer lugar y sobre todo Estados Unidos– tienen tantos pasillos hacia países lejanos. Los podemos periodizar como sigue: entre 1850 y 1950 Occidente explota a los nativos, los inocula, abre escuelas. Entre 1950 y 2000, los nativos que han sobrevivido aprendiendo la lengua llegan como emigrantes a Occidente. Entre 2000 y 2050 Occidente educa a los que tienen más talento y los devuelve a puestos clave en sus países de origen, para propagar sus ideas y defender sus intereses. ¿Todos ganan?

Programando las sensibilidades humanas

Parece lógico que el dólar haya sido la moneda mundial de reserva desde 1945, permitiendo a Estados Unidos adentrarse en la deuda sin demasiado dolor. No supone coacción alguna; ha sido algo completamente consensuado, aunque sin duda ayudado por el acompañante poder militar. Dar a los países del Golfo exportadores de petróleo garantías de seguridad contra sus vecinos iraníes asegura que no tendrán la loca idea de vender su petróleo en euros en vez de dólares. Pero el consentimiento no se produciría de forma tan natural sin la ayuda del «poder blando». Las diez principales agencias de publicidad son occidentales; Hollywood puede conquistar la mitad de la taquilla de la RPCH con solo diez películas, mientras que el milagro chino no parece haber extasiado al propio Reino del Medio. *Star Wars*, *Avatar*, *Batman*, McDonald, el arte contemporáneo, los vaqueros, el béisbol: en las relaciones de amor-odio, de seducción-repulsión que mantiene Occidente con sus periferias, por muy antiguas o grandes que sean sus poblaciones, la transmisión audiovisual de un nivel de vida y de un estilo de vida incomparablemente más alto es mucho más valiosa que cualquier propaganda. Estados Unidos no tiene necesidad de institutos culturales –Cervantes, Goethe, Confucio– para estampar su sello. En Vietnam, la Coca-Cola ganó la guerra que los soldados perdieron.

Una consecuencia es que ahora Occidente se encuentra siendo el abanderado de batallas por la emancipación cultural –homosexuales, mujeres, negros, minorías– por todo el Este y el Sur³. Igual que los disidentes comunistas eran los hijos del *rock'n'roll*, los disidentes islamistas pueden ser los retoños de Disney y Madonna. E igual que la industria del ocio puede hacer dinero de los enemigos del espectáculo, la corriente dominante del capitalismo explota el talento de aquellos que se oponen a él. Las páginas de opinión de *The New York Times* pueden estar vedadas para Noam Chomsky, Robert Fisk, Edward Said y Howard Zinn, pero la proliferación de pequeños periódicos, emisoras de radio, revistas y páginas web permite que estas voces disonantes se oigan más allá de los márgenes. Michael Moore y Charles Ferguson, director de *Inside Job*, son tan respetables como Krugman o Stiglitz en el terreno de la economía. Las leyes del beneficio y la libertad de opinión han obligado al mundo anglosajón

³ Este es el argumento de Frédéric Martel en *Mainstream: Enquête sur cette culture qui plaît à tout le monde*, París, Flammarion, 2010; véase también *Médium*, núm. 27, abril-junio de 2011, «Mainstream en question», conversación con Frédéric Martel.

a desarrollar una capacidad digestiva que absorbe y recicla células rojas, o incluso color azafrán: el Dalai Lama, cuyos preceptos budistas se oponen rigurosamente a las prácticas mundanas de Occidente, se convierte en ciudadano honorario de cualquier sitio. De ahí la paradoja de un imperio enzimático que no ilegaliza a sus anarquistas o antiimperialistas domésticos; en el que se permite la crítica de la anexión ilegal de Cisjordania, y donde el analista político puede argumentar a favor de la bomba iraní como garantía de la paz, no del fin del mundo⁴. Como si la fuerza gravitatoria de esta civilización hubiera radicalizado la fórmula de Nietzsche: lo que me quiere matar me hace más fuerte. Inmunizarse mediante la absorción regular de una crítica negativa, en eso se encuentra el gran talento de Occidente, su dinamismo y su blindaje.

La innovación científica

Ahí podría haber estado nuestro punto de partida: un sobresaliente I+D que condujera a un claro liderazgo en este decisivo terreno. No hay duda de que disminuirá: ya hay más ingenieros indios o chinos que estadounidenses. Pero la lista de premios Nobel de la ciencia y de patentes industriales debería tranquilizar a cualquier escéptico: en el terreno de la ciencia, las claves del futuro todavía se encuentran en Silicon Valley y en el MIT. Esta concentración de materia gris tiene un resultado curioso: hay un amplio consenso en que la infoesfera impone el inglés como la *lingua franca* de los cinco continentes, y que un lenguaje de la comunicación es tanto una manera de pensar como una herramienta. No sorprende que el ejército egipcio sea un anexo del Pentágono, habida cuenta de que este último garantiza su financiación, entrena a sus oficiales y, por encima de todo, suministra sus celosamente codiciadas armas y sistemas de *software*; lo mismo de siempre. Pero resulta más llamativo el hecho de que la plaza Tahrir se organizara a través de la Red, de Facebook y de los mensajes de correo electrónico, utilizando el «saber hacer» de los campus californianos. Las herramientas de los levantamientos antioccidentales son occidentales, y los secuaces de Estados Unidos son indirectamente despedidos por Estados Unidos. El modelado del comportamiento –que si duda puede hacer malas jugarretas al aprendiz de brujo– permite que Estados Unidos, mediante corporaciones y otras extensiones propias, se compre a sí mismo a ambos lados del mostrador: policía secreta y torturado Hermano Musulmán.

⁴ Kenneth Waltz, «Why Iran Should Get the Bomb», *Foreign Affairs*, julio-agosto de 2012.

Sabemos que Al Qaeda adoptó célebremente el modelo empresarial de McDonald's: una sociedad anónima con franquicias a distribuidores locales. Pero la web, el desarrollo en el corazón de las nuevas tecnologías «made in USA», propaga y refuerza la esencia de la propia modernidad: la primacía del individuo sobre el grupo. La interconectividad de Internet no solo eleva la horizontalidad de las relaciones sociales, libres de la jerarquía y el control desde arriba; da al individuo un espacio sin precedentes para la iniciativa. La revolución de la tecnología de la información, modelada por Occidente, puede interpretarse como los servicios posventa de un internalizado capitalismo protestante.

CINCO HANDICAPS

Arrogancia de lo global

Orgullo, falta de moderación, caída: el héroe trágico antes o después debe pagar el precio. La pérdida del sentido de la proporción, ese viejo defecto imperial, actúa ahora a escala mucho mayor. Los precedentes español, holandés, francés e inglés eran relativistas, se consideraban vulnerables; por muy megalómanos que fueran, no pretendían reducir, supervisar e inspirar a todo el planeta. Una cuarta parte de la superficie de la Tierra era suficiente para la reina Victoria y solo unos efímeros «hijos de Alejandro» –Napoleón en 1808, el Reich de los Mil Años en 1941– esperaban más que eso. Pero desde la derrota soviética en 1989, la Alianza Occidental ha caído presa de delirios de grandeza. Alardeó de «establecer un nuevo orden mundial desde Vancouver hasta Vladivostok». Multiplicó sus «socios» por todo el mundo. Desde Oriente Próximo (Israel, Jordania), hasta el Cáucaso, Asia Central y Europa del Este, llegando a imaginar que podía incorporar a Moscú a su órbita, enviando a los intelectuales parisinos para reciclar la totalitaria alma eslava de acuerdo con el nuevo catecismo.

Lo que era imposible ayer todavía lo es más hoy, con la proliferación de actores tanto por encima como por debajo del Estado. Ninguna *Pax Americana* –o china– puede mantener el orden y la seguridad cuando la propia ONU parece poco más que un corcho en el océano. Ninguna superpotencia, con o sin escudo antimisiles, está a salvo del gas sarín o de un camión de explosivos, mucho menos, de las consecuencias de una epidemia o un tsunami. Querer estabilizar un mundo que prospera

sobre la inestabilidad –y que todavía sería más violento y conflictivo si estuviera desnuclearizado, dado que daría rienda suelta a las armas convencionales por ambos lados– es una ilusión digna de un Pangloss o un Doctor Strangelove. Los neocons de la década de 1990 no estaban demasiado lejos de eso.

El término «sobrecarga imperial» una vez describió el momento en que la ambición del centro excedió a sus capacidades físicas en la periferia⁵. Con las tecnologías electrónicas y digitales, esas capacidades han dado un formidable salto adelante en las últimas tres décadas. Ver todo, oír todo, descifrar todo, incluso en el otro extremo del mundo, ya no es técnicamente imposible. Tampoco es matar a través de la pantalla a un sospechoso que está a quince mil kilómetros con misiles Hellfire disparados desde un dron Predator. O paralizar el sistema de control de un rival con un virus de ordenador como Stuxnet. Desde los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, el nuevo modelo occidental se puede permitir unos daños colaterales mucho mayores que los que soportaban las legiones romanas o napoleónicas. Su superioridad aérea y espacial lo expone a mayores excesos que los del control británico de los mares. El «bombardeo preventivo», fuera de cualquier marco legal definido, confirma la prognosis de Carl Schmitt sobre la desterritorialización de la guerra y su mutación en operaciones militares de orden policial. Pero la fuerza del débil sigue siendo lo local, frente a la cual lo global se convierte en la debilidad del fuerte.

Complejo de superioridad

La confianza en sí mismo que resulta de estar en la cima te hace indiferente a las duras realidades de abajo. Aterrizar es fatal para un avión de vigilancia a no ser que sea dentro de una imperial «zona verde». El gigante Anteo recuperó su fuerza tocando la tierra; aquí es el caso contrario. La civilización que inventó la etnología, la civilización de Montaigne y Lévi-Strauss, ahora despliega una mezcla de arrogancia e ignorancia en sus acciones allende los mares que hubiera horrorizado a un Estrabón o a un Polibio. Estos mesiánicos misioneros, prisioneros tanto de su abstracto universalismo como de su equipos de televisión, omnubilados por sus propios fuegos artificiales, se toman muchos años para darse cuenta de que, a ojos de los locales, son una invasión y una fuerza de ocupación.

⁵ Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, Nueva York, 1987, p. 515.

Saturan un teatro de operaciones del que no conocen ni el pasado, ni el lenguaje, ni la religión, ni la comida, ni la estructura de la familia o los reflejos elementales. Pueden tranquilamente prender fuego al Corán u orinar sobre el cuerpo de un enemigo. El gendarme del mundo ignora en gran medida al mundo y no quiere saber nada de otro sistema de valores distinto al suyo. Eso tiene un precio.

La democracia como un absoluto constituye una paja en el ojo. Deja de lado los problemas intelectuales de utilizar una inocente «D» mayúscula para eliminar todas las distinciones concretas entre una y otra forma de democracia: democracia «consociacional» (Líbano, con sus complementos comunialistas), democracia étnica (Bulgaria, Israel, Turquía, con ciudadanos de primera y segunda clase dependiendo de su origen étnico), parlamentaria (Gran Bretaña), secular (Francia), religiosa (Egipto, Túnez), fideísta y plutocrática (Estados Unidos: Acción de Gracias más la publicidad política de pago), etcétera. Más graves son las repercusiones prácticas de olvidar que el mundo no está formado por individuos (un hombre, un voto), sino por comunidades –nacionales, religiosas o tribales– que determinan las lealtades y el comportamiento de los individuos.

Los intrusos, reforzados por helicópteros que escupen fuego, fajos de dólares y organizaciones no gubernamentales, simplemente tocan la superficie de los países ocupados antes de regresar a sus bases fortificadas. Aquellos que están perdiendo la guerra en Afganistán deberían recordar cómo Francia, con sus aparatos para aplicar descargas eléctricas y sus teóricos, perdió Argelia. Habrían hecho mejor en consultar la *Metamorphoses de la parenté* (2004), de Maurice Godelier, donde podrían haber aprendido que la tribu –una formación colectiva con un futuro prometedor– representa la unidad de base de más de medio mundo. Desde los reinos beduinos a las Américas precoloniales, pasando por Asia Central, África y Europa meridional (los crímenes de honor de Sicilia y Albania). Y que este hemisferio no establece su orientación en base a los derechos humanos ni al interés individual.

A ningún grupo humano le gusta ver que los extranjeros controlan su casa. Este reflejo puramente animal lleva un noble nombre: soberanía. En Europa, la noción –de hecho, el sentimiento– del honor nacional provoca sonrisas de piedad o de estupefacción en dos de cada tres personas menores de cincuenta años. En Estados Unidos, el etnocentrismo es tal

que la gente no puede imaginar que estos nobles sentimientos puedan ser compartidos por pueblos atrasados. Para un emancipado posnacional, para un habitante de alguna posmoderna Margen Izquierda que considera al Estado-nación como una pieza de museo o una broma, la idea de que unos cincuenta pueblos están preparados para luchar por obtener uno, indica un patético infantilismo. Para los renacidos militantes del Tea Party, cualquier ser humano que quiere ondear otro pabellón que el de las barras y estrellas debe ser parte del Eje del Mal. Por falta o por exceso de atención, el resultado es una zona de sombra.

Nacido en Hawái, educado en Indonesia, maestro del marketing, Obama está mucho más educado que un patán como George W. Bush, que tanto fascinó a dirigentes europeos, desde Blair a Sarkozy. Sabe que aquí abajo existen otros mundos y de ahí su comportamiento más cortés. Pero considerar que esta corrección representa una conversión al multilateralismo sería confundir los deseos con la realidad, y olvidar que un *outsider* estadounidense puede estar más imbuido de los mitos fundacionales de este país que alguien del rebaño del viejo WASP, olvidar que puede estar más convencido de que debe luchar por defender los privilegios ontológicos de su Tierra Prometida con todos los medios necesarios. Incluyendo los clandestinos. Y por ello el cibersabotaje y los drones asesinos hacen incursiones sobre países soberanos. Según fuentes estadounidenses, durante sus primeros cuarenta meses el gobierno de Obama autorizó cinco veces más asesinatos selectivos, solamente en Paquistán, que Bush en ocho años, 262 contra 49, con incontables víctimas civiles y proporcionando a Al Qaeda unos reclutas ideales entre los supervivientes. El Comando de Operaciones Especiales (SOCOM por su acrónimo en inglés), con un presupuesto que ha aumentado en diez años desde 4,2 hasta 10,5 millardos de dólares, cuenta con una plantilla de 60.000 personas, incluyendo operativos repartidos por setenta países. El «ejército del Presidente» depende cada vez más de la «comunidad de inteligencia»* en vez del Pentágono, para evitar cualquier complicación judicial⁶.

Ya sea blanco, negro, tenga mezcla de razas o sea amarillo, el presidente de Estados Unidos es, ha sido y será siempre un «excepcionalista» que

* Se trata de una federación de organizaciones de inteligencia estadounidense que dirige la NSA y dependiente de la Casa Blanca [N. del T.].

⁶ Cifras de la New America Foundation, citados en Chris Kirk, «Obama's 262 Drone Strikes in Pakistan», Slate.com, 8 de junio de 2012; y «Admiral Seeks Freer Hand in Deployment of Elite Forces», *The New York Times*, 12 de febrero de 2012.

estará imbuido del sentido de tener una misión superior; las únicas variables dignas de atención son el cómo y en qué medida. Solamente los países con una poderosa mística o mitología nacional son capaces de una poderosa política exterior, con todo lo que eso implica en términos de crueldad e ilegalidad en el extranjero, pero también de renuncia y sacrificio doméstico. El «Destino Manifiesto» de Estados Unidos o el «Pacto de Yahvé» con Israel, dos naciones que no tienen ninguna duda sobre sus orígenes sobrenaturales, les proporciona una vocación para este tipo de estado de excepción. Aquellos que están convencidos de que llevan consigo algo incompatible con la norma no se sienten obligados a obedecer los mismos tratados o convenciones. En 1998, un puñado de países, incluyendo a Estados Unidos, China, Israel y Qatar, se opusieron formalmente al establecimiento del Tribunal Penal Internacional. Después, amenazando con represalias diplomáticas o recortes de los suministros de alimentos, Estados Unidos obtuvo el acuerdo de sesenta países para garantizar por escrito la impunidad de los soldados estadounidenses, privando así de su sustancia al tratado por el que se creaba el Tribunal. Someter a un militar estadounidense a las mismas restricciones legales que a cualquier otro puede provocar ahora sanciones por parte de Estados Unidos.

Rechazo del sacrificio

El 24 de agosto de 1914, 26.000 soldados franceses murieron en el frente. Poincaré no abandonó su despacho: mañana iría mejor. De hecho, una media de 1.000 soldados murieron diariamente entre 1914 y 1918. El 18 de julio de 2011, siete soldados franceses murieron en una emboscada en Afganistán. La nación les rindió homenaje: en el funeral el presidente rezó un responso y no tardó en visitar el lugar de la emboscada; un frenesí de los medios de comunicación. Una de las familias de las víctimas presentó una demanda de indemnización por «violación del servicio». En Indochina y Argelia, las comparaciones más cercanas, la pérdida de vidas humanas, aunque a una escala totalmente diferente, no dieron pie a semejantes fanfarrias o recriminaciones.

La inversión de nuestra relación social e individual con la muerte, en un espacio de tiempo tan corto, es un asombroso fenómeno cargado de consecuencias. En su interior, Occidente ya no tiene la moral de su moralidad, el valor de sus valores es menor, por lo menos, de lo que promete o declara. Los brazos han crecido, el corazón se ha encogido.

La fobia a la confrontación física; el surrealista ideal de una guerra sin muertos; la sustitución del culto al héroe por el culto a la víctima; el fin del servicio militar; la consignación al museo del ciudadano-soldado para ser sustituido por el ejército profesional, compuesto en la medida de lo posible por ilotas y extranjeros. Goliat se ha ablandado. Sin duda era el precio a pagar por un nivel de vida más elevado, por el triunfo del imperativo de la felicidad y de los derechos sobre los deberes, así como por las repercusiones psicológicas del sobreequipamiento electrónico. El grito de los nuevos dispensadores de justicia –«¿Qué esperamos para mandar los aviones?» sobre Belgrado, Kabul, Trípoli, Damasco, Tombuctú– optimiza el tranquilo control del espacio aéreo mientras se adhiere al principio de la seguridad en primer lugar. El arrogante soldado del mañana no estará en un avión, sino en una pantalla.

Este es el triunfo mediático de un delantero que se pasa el partido en el banquillo. El ambiente es intervencionista, el clima pacifista: una contradicción. Para neutralizar a la oposición, Occidente ahora tiene que bombardear bajo el disfraz de amigo de la humanidad. El miedo a lo real llega a la prohibición de la palabra «guerra» a favor de «operación de paz» o «proteger a la población civil». La utilización de la fuerza bajo la tutela de las PsyOps [Guerras Psicológicas] tiende a encubrirse como ayuda humanitaria. Los soldados son asesorados para presentarse como trabajadores sociales. Los prudentes pintan su casco de azul: prácticas duras, ideales blandos. Sus fanáticos adversarios no saben nada de este paréntesis: sin comparables panoplias de terror, piensan con firmeza y actúan también con firmeza. En otras palabras: si Oriente retiene un sentido de lo sagrado, Occidente ha prescindido de él. Hay muchos para quienes la «nueva idea en Europa», un ideal de felicidad en la frase de Saint-Just, parece despreciable y caducada. Pero su ausencia crea una paralizadora ansiedad sobre la «protección del personal» y, corriente arriba, evasiones, clichés e interesadas mentiras. Preservar la dulzura de los conflictos de la noche con el espíritu del cruzado; una cosa más propia de la madrugada.

Prisión a corto plazo

El hándicap de toda la vida de las democracias, que «solamente abordan problemas externos por razones internas», como decía Tocqueville, se ha visto exacerbado por la llegada del Estado seductor y el gobierno de la opinión. Ansioso por la reelección, el ejecutivo debe obedecer

mandatos de congresistas o de electorados clave, hasta el punto de suscitar el antagonismo de mil millones de musulmanes para apaciguar a una comunidad influyente. La obligación es obtener resultados rápidos, de ahí los atajos y el oportunismo. En su estela viene la reducción de los mandatos (de siete a cinco años para el presidente francés, por ejemplo), el baile de personal, la reducida capacidad de atención y el obsesivo cambio de canales. Y esto en el momento en que están resurgiendo las temporalidades que marcan una época de memoria étnica y mesianismo religioso: el regreso del inca, del zulú, del bereber, del lama, del rabino, del ayatolá, del archimandrita. Infeliz *chassé-croisé*. El cortoplacismo de los *indignados* del Norte está desacompañado con el de los *indignados* del Sur. Aquí los sentimientos se vuelven intensos ante insoportables imágenes de masacres, hambres y violencia, pero la burbuja de una emoción mediatizada no durará un mes; lo óptimo es de tres a quince días. No se trata solo de que las imágenes puedan ser diferentes —la Operación Plomo Fundido, ausente de las pantallas occidentales, fue transmitida en directo por Al-Yazira con corresponsales sobre el terreno—, sino de que la amargura es paciente y subterránea al estilo de la *vendetta*, aunque lista para explotar a la primera excusa. Occidente sueña con una guerra relámpago; el Sur, que la ve viniendo desde lejos, prefiere una guerra de desgaste. Aquí hablamos sobre ataques aéreos; allí, sobre resistencia. El atacante atruena e invade en un instante; la resistencia atasca al enemigo, se infiltra y lo agota. En otras palabras, el tiempo actúa en contra de Occidente, amo del espacio y rehén del momento.

El presentismo, que se alimenta de frases y videoclips, es un no realismo estratégico, ya que oblitera el pasado y el futuro. Mirando hacia adelante, no hay una evaluación de las consecuencias a medio y largo plazo de decisiones inmediatas, que habitualmente resultan opuestas al objetivo previsto; el Iraq suní cayendo bajo el control del chiísmo proiraní es el paradigma. El presentismo emocional socava la inteligencia estratégica. Mirando hacia atrás, encerrado en su confuso y volcánico moralismo, el Occidente presentista ignora las memorias de otros y las humillaciones a las que les ha sometido. Los dominados siempre tienen una memoria de más alcance que los dominadores. El comercio de esclavos no es papel mojado para los descendientes de los esclavos; tampoco el segundo colegio electoral que amañaron los franceses para los argelinos; ni las señales de «ni perros ni chinos» en el sector francés de Shanghái para los bisnietos de los culis. El sentimiento de humillación —un «motor de la historia» menospreciado durante mucho tiempo,

aunque mucho más explosivo que la explotación económica debido al resentimiento que conlleva— no ha figurado desde 1945 en las pantallas de radar de los que toman las decisiones en Occidente. Hay un precio a pagar por este desdén. (Se puede decir, para suavizar esto, que hacerlo de otra manera hubiera ido en contra de la naturaleza humana. Todos recordamos los golpes que hemos recibido mil veces mejor que los que hemos dado).

Dispersión de alborotadores

Un efecto colateral del desgaste de los Estados-nación bajo el asalto del intervencionismo occidental, ha sido la dispersión de las fuentes del desorden, que, cada vez más, engañan a la vigilancia del centro. El hecho de que la otra cara de la globalización tecno económica haya sido la balcanización políticocultural del planeta no puede atribuirse a ningún descuido en particular: el aumentado estrés sobre la pertenencia, que ha seguido a la estandarización tecnológica, es un fenómeno termo-mecánico con su propia lógica, como una válvula o las mareas. Pero olvidar que el Estado mantiene un monopolio de la violencia legítima —y que su destrucción provoca la proliferación de guerrilleros con kalashnikovs, difíciles si no imposibles de reconocer como interlocutores— es un error muy humano. Dinamitar el cierre de seguridad de la soberanía política, con ataques de misiles y de comandos, acaba por conjurar a fuerzas étnicas o místicas con las que es difícil razonar ya que hablan un lenguaje diferente.

No hay duda de que Israel preferiría tratar con autoridades estatales establecidas, como en las guerras de fronteras de 1956, 1967, 1973, que con unas ONG armadas y nómadas sin número de teléfono. Mejor la Autoridad Palestina en Cisjordania que Al Qaeda; mejor Hamás en Gaza que el clan Darmush dedicado a la venta de rehenes; en Siria, mejor un tirano oficial, pero localizado «un león en Líbano, pero un conejo en el Golán», que cientos de fanáticos religiosos con misiles tierra-aire desperdigados por el país. Quizá no fue una idea tan buena eliminar a Arafat y convertir a la Autoridad en el hazmerreír del común de los palestinos, o ignorar a Hamás, que fue drástica en llamar al orden al clan Darmush, y que mantiene a sus extremistas atados en corto en la propia ciudad de Gaza.

La primera línea de la yihad global es avanzar a través de las regiones donde el Estado central está colapsando, en el África subsahariana en particular, y a Occidente no le falta culpa en esa desintegración.

Después de aliarse con el wahabismo y el dinero saudí para derrotar a los más o menos seculares y *marxisant* movimientos nacionalistas árabes, Occidente se queja ahora de tener que tratar con potenciales teócratas. Un crítico impertinente todavía puede ver la *Umma* reunificada, sin fronteras ni nacionalidades, soñada por el paquistaní Abul-Ala Maududi, como una contrapartida onírico-teológica de los sueños del francés Pascal Lamy de gobernanza global sobre el mercado único de la OMC. Pero es evidente que la privatización de la violencia es de poca preocupación para los autoproclamados custodios de la paz mundial, tanto internamente en lo que atañe a las redes criminales transnacionales, o externamente en lo que se refiere a la propagación de los arsenales químicos, biológicos y nucleares en manos poco fiables. Frankenstein tendría razón en preocuparse.

Para concluir: el balance de «grandezas» y «limitaciones» de Occidente – no lo que tiene, sino lo que es – ¿alcanza un equilibrio? Dinámicamente, es probable que no, pero a corto plazo rotundamente sí. No se trata de que el jefe de la modernidad esté en la pista correcta, todo lo contrario. Lo positivo que Occidente considera que representa es un *trompe-l'oeil* cada vez menos convincente. Pero nos guste o no, por ahora permanece en la primera línea de la parrilla; aferrándose a la cuerda, dirían los franceses. Y no a punto de encontrar otra de la que colgarse, como Lenin una vez alegremente predijo.

MALOS TIEMPOS PARA LA REVOLUCIÓN

EN 2011 LOS levantamientos en el mundo árabe fueron celebrados como acontecimientos históricos que iban a redefinir el espíritu político de nuestra época. La asombrosa envergadura de aquellos levantamientos de masas, seguidos poco después por las protestas del movimiento Occupy, dejaban pocas dudas a los observadores de que estaban presenciando un fenómeno sin precedentes: «algo totalmente nuevo», «con un final abierto», «un movimiento sin nombre»; revoluciones que anunciaban una nueva vía a la emancipación. Según Alain Badiou, la plaza de Tahrir y todas las actividades que tuvieron lugar allí –enfrentamientos, barricadas, acampadas, debates, abastecimiento y cuidado a los heridos– constituían el «comunismo del movimiento»; ese concepto universal, planteado como una alternativa al Estado convencional, liberal-democrático o autoritario, anunciaba un nuevo modo de hacer política, una auténtica revolución. Para Slavoj Žižek, solo esos *happenings* políticos «totalmente nuevos», sin organizaciones hegemónicas, liderazgos carismáticos o aparatos de partido, podían generar lo que él llamaba la «magia de Tahrir». Para Hardt y Negri, la Primavera Árabe, las protestas de los indignados en Europa y Occupy Wall Street expresaban el ansia de la multitud de una «democracia real», un tipo diferente de ente político capaz de sustituir la variedad liberal sin esperanzas hecha jirones por el capitalismo empresarial. Esos movimientos representaban, en suma, las «nuevas revoluciones globales»¹.

¹ Keith Kahn-Harris, «Naming the Movement», *Open Democracy*, 22 de junio de 2011; Alain Badiou, «Tunisia, Egypt: The Universal Reach of Popular Uprisings», disponible en www.lacan.com; Michael Hardt y Antonio Negri, «Arabs are democracy's new pioneers», *The Guardian*, 24 de febrero de 2011; Paul Mason, *Why It's Kicking Off Everywhere: The New Global Revolutions*, Londres, 2012, p. 65.

«Nuevas», sin duda; pero ¿qué añade esa «novedad» a la naturaleza de esos levantamientos políticos? ¿Qué valor les atribuye? De hecho, precisamente mientras esos confiados elogios circulaban por Estados Unidos y Europa, los propios protagonistas árabes se mostraban atribulados sobre la suerte de sus «revoluciones», presintiendo el peligro de la restauración conservadora o de su secuestro por arribistas desaprensivos. Dos años después de la caída de los dictadores en Túnez, Egipto y Yemen, poco ha cambiado en las instituciones estatales o en las bases de poder de las viejas elites. Policía, ejército, aparato judicial, medios controlados por el Estado, elites de negocios y redes clientelistas de los viejos partidos gobernantes, todo permanecía más o menos intacto. El hecho de que los gobernantes militares provisionales egipcios hubieran impuesto la prohibición de las huelgas y llevado a más de 12.000 activistas ante los tribunales militares sugiere que había algo muy peculiar en el carácter de esas «revoluciones».

En cierto sentido, esas reacciones divergentes –alabanza y tribulación– reflejaban la realidad paradójica de las «revoluciones» árabes, si entendemos por «revolución» la transformación rápida y radical de un Estado, impulsada por movimientos populares desde abajo. Las opiniones enfrentadas reflejaban la profunda divergencia entre dos dimensiones clave de la revolución: *movimiento* y *cambio*. Las crónicas laudatorias se centraban principalmente en la «revolución como movimiento», esto es, en los dramáticos episodios de gran solidaridad y sacrificio, de altruismo y propósito común; la *communitas* de Tahrir. La atención se centraba, pues, en aquellos momentos extraordinarios en cada movilización revolucionaria en los que las actitudes y el comportamiento se transforman repentinamente: las divisiones sectarias se disuelven, reina la igualdad de género y disminuye el egoísmo; las clases populares demuestran una notable capacidad de innovación en su activismo, autoorganización y toma democrática de decisiones. Esos episodios sobresalientes merecen ciertamente ser subrayados y documentados; sin embargo, el foco en la «revolución como movimiento» ha servido para oscurecer la naturaleza peculiar de esas «revoluciones» en términos de cambio, diciendo muy poco sobre lo que sucede al día siguiente de la abdicación o remoción del dictador. Pueden incluso servir para disfrazar las paradojas de esos levantamientos, configurados por los nuevos tiempos políticos, en los que las grandes visiones y las utopías emancipadoras han dado paso a proyectos fragmentarios, improvisación y laxas redes horizontales.

Estrategias transformadoras

¿Estamos viviendo realmente en una época revolucionaria? En cierto sentido sí: la crisis de la democracia liberal occidental y la parva rendición de cuentas de los gobiernos en muchos países del mundo, combinadas con la creciente desigualdad y una sensación de privación que afecta a grandes sectores de la población mundial, incluidas capas bien formadas e ilustradas, sometidas al giro neoliberal, han suscitado un auténtico *impasse* político y han subrayado la necesidad de un cambio drástico. Hace una década David Harvey advirtió ese malestar al sostener que el mundo necesitaba más que nunca un *Manifiesto comunista*². Pero entonces, como ahora, un mundo necesitado de revoluciones no significa que tenga la capacidad de generarlas si carece de los medios y la visión necesaria para una transformación fundamental. En otro sentido, pues, quizá no sean tanto tiempos revolucionarios como paradójicos, cuando la posibilidad de «la revolución como cambio» –esto es, de una transformación rápida y radical del Estado– se ha visto drásticamente socavada, mientras que «la revolución como movimiento» aparece como su sustituto espectacular. Los levantamientos árabes expresan esa anomalía. No es sorprendente que sus trayectorias –dejando a un lado los casos de Libia y Siria, que asumieron la forma de guerras revolucionarias mediadas por la intervención militar extranjera– no recorran ninguna de las vías conocidas para el cambio político –reforma, insurrección o implosión– y parezcan tener un carácter propio.

Históricamente, los movimientos sociales y políticos que siguen una estrategia reformista suelen organizar una campaña prolongada desde las instituciones del régimen existente para ejercer presión sobre él y obligarlo a emprender reformas. Basándose en su poder social –la movilización de las clases populares–, la oposición fuerza a la elite política a reformar sus leyes e instituciones, a menudo mediante algún tipo de pacto negociado. El cambio tiene lugar en el marco de los dispositivos políticos existentes. La transición a la democracia en países como Brasil y México en la década de 1980 fue de esa naturaleza. El movimiento verde iraní está siguiendo una vía reformista similar. En esa trayectoria, la profundidad y amplitud de las reformas puede variar: el cambio puede ser superficial, pero también puede ser profundo si se concreta en reformas legales, institucionales y político-culturales acumulativas.

² David Harvey, *Spaces of Hope*, Edimburgo, 2000 [ed. cast.: *Espacios de esperanza*, Madrid, 2003].

La vía insurreccional, en cambio, requiere un movimiento revolucionario construido durante un largo periodo de tiempo y que desarrolle un liderazgo reconocido y una estructura organizativa, junto con un proyecto de un orden político nuevo. Cuando el régimen vigente despliega su aparato policial o militar intentando impedir cualquier cambio, comienzan a producirse defecciones que resquebrajan el bloque dominante. El campo revolucionario se mantiene a la ofensiva, atrae a los disidentes, forma un gobierno en la sombra y construye estructuras de poder alternativas, con lo que desafía la capacidad del Estado para gobernar su propio territorio, creando una situación de «doble poder» entre el régimen y la oposición, que acostumbra a disponer de un líder carismático del tipo de Lenin, Mao, Castro, Jomeini, Wafesa o Havel. Allí donde la revolución tiene éxito, la situación de doble poder culmina en una batalla insurreccional en la que el campo revolucionario toma el poder por la fuerza, disuelve los viejos órganos de poder y establece otros nuevos. Se produce así una transformación general del Estado, con nuevo personal, una nueva ideología y una forma de gobierno alternativa. La revolución cubana de 1959 o la sandinista en Nicaragua y la iraní, ambas en 1979, siguieron ese curso insurreccional. El régimen de Gadafi se vio igualmente enfrentado a una insurrección revolucionaria bajo el liderazgo del Consejo Nacional de Transición, que con el respaldo de la OTAN avanzó finalmente desde Bengasi hasta conquistar Trípoli.

Existe una tercera posibilidad: la de una «implosión del régimen». Una rebelión puede ganar impulso mediante huelgas y otras formas de desobediencia civil, o mediante una guerra revolucionaria que rodea progresivamente la capital, de manera que el régimen acaba colapsando entre disturbios, desertiones y un desorden total. En su lugar, elites alternativas forman apresuradamente nuevos órganos de poder, a menudo en una situación de confusión y desorden, con gente poco experimentada en la Administración pública. El régimen de Ceaușescu en Rumanía implosionó entre la violencia y el caos político en 1989, y fue sucedido por un orden político y económico muy diferente encabezado por una institución recién creada, el Frente de Salvación Nacional encabezado por Ion Iliescu. Tanto en la insurrección como en la implosión, los intentos de transformar el sistema político no operan a través de las instituciones estatales existentes, sino fuera de ellas, a diferencia de lo que sucede en la vía reformista.

Movimientos sui generis

Las «revoluciones» egipcia, tunecina y yemení se parecieron muy poco a cualquiera de esos modelos. Una primera peculiaridad a señalar es su velocidad. En Egipto y Túnez poderosos levantamientos de masas lograron resultados notablemente rápidos: los tunecinos en el curso de un mes y los egipcios en tan solo dieciocho días consiguieron desalojar gobernantes autoritarios que llevaban mucho tiempo en el poder y dismantelar numerosas instituciones asociadas con ellos –incluidos sus partidos políticos, cuerpos legislativos y ministerios– al mismo tiempo que emprendían planes de reforma política y constitucional. Esas victorias se alcanzaron de un modo que era, en relación con los patrones acostumbrados, notablemente cívico y pacífico, así como rápido. Pero esas prontas victorias –a diferencia de las prolongadas rebeliones en Yemen y Libia, o las de Bahréin y Siria, que todavía no han concluido– dejaron poco tiempo a la oposición para construir sus propios órganos de gobierno paralelos, si es que esa hubiera sido su intención. En realidad, los revolucionarios parecían querer que las instituciones del régimen –el ejército egipcio, por ejemplo– llevaran a cabo sustanciales reformas por cuenta de la revolución: modificar la Constitución, convocar elecciones, garantizar la libertad de los partidos políticos e institucionalizar un gobierno democrático. Ahí reside una anomalía clave de esas revoluciones: disfrutaban de enorme prestigio social, pero carecían de autoridad administrativa; consiguieron un grado notable de hegemonía, pero no el gobierno real. Así, los regímenes anteriormente vigentes siguieron más o menos intactos; hubo pocas instituciones estatales nuevas o nuevos medios de gobierno que pudieran encarnar la voluntad de la revolución. En la medida que emergieron nuevas estructuras, pronto fueron ocupadas no por revolucionarios, sino por «arribistas», las corrientes políticas tradicionalmente bien organizadas cuyos líderes habían permanecido en buena medida al margen cuando comenzó la batalla contra la dictadura.

Cierto es que las revoluciones de 1989 en Europa Central y Oriental fueron también asombrosamente rápidas y en su mayoría no violentas. En Alemania Oriental llevó diez días, en Rumanía solo cinco. Y lo que es más, a diferencia de Egipto, Yemen o incluso Túnez, en ellas se produjo una transformación total de sus sistemas políticos y económicos nacionales. Cabría explicar esto diciendo que la diferencia entre lo que tenía el pueblo –un Estado comunista de un solo partido, una economía ferreamente dirigida– y lo que quería –democracia liberal

y economía de mercado— era tan radical que la trayectoria de cambio tuvo que ser revolucionaria; reformas superficiales a medias habrían sido fácilmente denunciadas y combatidas³. El modelo seguido fue muy diferente en Egipto o Túnez, donde las exigencias de «cambio», «libertad» y «justicia social» estaban tan poco definidas que podría habérselas apropiado hasta la contrarrevolución. En este sentido, las experiencias egipcia y tunecina se parecen mucho a la «Revolución Rosa» en Georgia en 2003 o la «Revolución Naranja» en Ucrania en 2004-2005: en ambos casos un movimiento popular amplio y masivo derribó a los gobernantes corruptos y en ambos la trayectoria seguida fue, estrictamente hablando, más reformista que revolucionaria.

En los levantamientos árabes había, no obstante, un aspecto más prometedor, un poderoso impulso revolucionario que los hacía más completos y de mayor alcance que las protestas en Georgia o Ucrania. En Túnez y Egipto la caída de los dictadores y de sus aparatos de coerción abrió a los ciudadanos, sobre todo de las clases populares, un espacio libre sin precedentes para reclamar su protagonismo en la sociedad y reafirmarse como tales. Al igual que en la mayoría de las situaciones revolucionarias, se liberó una enorme energía y una sensación incomparable de renovación transformó la esfera pública. Surgieron de las sombras partidos políticos ilegalizados y se crearon otros nuevos: doce cuando menos en Egipto y más de un centenar en Túnez. Las organizaciones sociales se hicieron oír más enérgicamente y comenzaron a surgir notables iniciativas populares. Al disminuir la amenaza de persecución, los trabajadores emprendieron porfiadas luchas por sus derechos y se multiplicaron las acciones y protestas insumisas en las fábricas. En Túnez los sindicatos existentes cobraron un papel más destacado.

En Egipto los trabajadores crearon nuevos sindicatos independientes; la Coalición de Trabajadores de la Revolución del 25 de Enero proclamó los principios de la revolución: cambio, libertad, justicia social. Los pequeños campesinos también crearon sindicatos independientes. Los chabolistas de El Cairo comenzaron a construir sus primeras organizaciones autónomas; grupos de jóvenes luchaban por mejorar sus asentamientos miserables, emprendiendo proyectos civiles y reclamando orgullosamente sus derechos. Los estudiantes salieron a las calles para exigir al

³ En el caso alemán, las instituciones estatales implosionadas de la RDA pudieron ser fácilmente disueltas y asimiladas por las funciones gubernamentales de la RFA.

Ministerio de Educación que modificase sus planes de estudio. Se formaron nuevos grupos –en Egipto, el Frente Revolucionario Tahrir y en Túnez, el Cuerpo Supremo para Realizar los Objetivos de la Revolución– para ejercer presión sobre las autoridades posrevolucionarias en procura de reformas significativas. Evidentemente, representaban niveles de movilización popular muy propios de esos tiempos excepcionales; pero lo que definía el auténtico espíritu de esas revoluciones era la extraordinaria sensación de liberación, la urgencia de autorrealización, el sueño de un orden social justo, en resumen, el deseo de «todo lo que es nuevo». Sin embargo, a medida que esas capas sociales masivas iban más allá que sus elites, quedó de manifiesto la principal anomalía de esas revoluciones: la discrepancia entre el deseo revolucionario de lo «nuevo» y una trayectoria reformista que podría llevar a restablecer lo «viejo».

¿Reforluciones?

¿Cómo podemos entender entonces las revueltas árabes, dos años después del derrocamiento de Mubarak y Ben Alí? Hasta el momento, las monarquías jordana y marroquí han optado por reformas políticas menores; en Marruecos, el cambio constitucional permitió formar gobierno al líder del principal partido del parlamento. En Siria y Bahréin prolongadas batallas contra el poder dictatorial de sus regímenes indujeron a los alzados a optar por la vía insurreccional, cuyo resultado está todavía por ver. El régimen libio fue derrocado en una violenta guerra revolucionaria. Pero los levantamientos en Egipto, Yemen y Túnez siguieron una trayectoria particular, que no se puede caracterizar ni como «revolución» *per se* ni como simples medidas de «reforma». Más bien podríamos hablar de «reforluciones» [*refolution*]: revoluciones que pretenden impulsar reformas en y a través de las instituciones previamente existentes⁴.

Como tales, las «reforluciones» incorporan realidades paradójicas. Poseen la ventaja de asegurar transiciones ordenadas, evitando la violencia, la destrucción y el caos, males que incrementan espectacularmente el coste del cambio; se pueden evitar así los excesos revolucionarios, el «reinado

⁴ El término «reforlución» [*refolution*] fue acuñado por Timothy Garton Ash en junio de 1989 para describir los primeros pasos de la reforma política en Polonia y Hungría como consecuencia de las negociaciones entre las autoridades comunistas y los dirigentes de los movimientos populares: Timothy Garton Ash, «Refolution, the Springtime of Two Nations», *The New York Review of Books*, 15 de junio de 1989; mi uso del término aquí es, empero, claramente diferente.

del terror» y los juicios sumarísimos. Sin embargo, la posibilidad de transformaciones genuinas mediante reformas sistemáticas y pactos sociales dependerá de la movilización y vigilancia continua de las organizaciones sociales –capas populares, asociaciones civiles, sindicatos, movimientos sociales, partidos políticos– y de que estas sean capaces de ejercer una presión constante. De otro modo, las «reforluciones» conllevan el constante peligro de la restauración contrarrevolucionaria, precisamente porque la revolución no ha recreado las instituciones clave del poder estatal. Cabe imaginar que intereses poderosos, heridos por la furia de los levantamientos populares, traten desesperadamente de reagruparse, instigando al sabotaje y la propaganda deslegitimadora. Las elites derrotadas pueden extender el cinismo y el miedo invocando el «caos» y la inestabilidad para generar nostalgia por los «tiempos seguros» del antiguo régimen. Los altos funcionarios, *apparatchiks* del partido antes gobernante, directores de periódicos, grandes hombres de negocios y oficiales agraviados de los servicios de seguridad e inteligencia, podrían infiltrarse en las instituciones de poder y propaganda para hacer virar la situación a su favor.

En Yemen los elementos principales del viejo régimen han permanecido intactos, aunque una renovada sensación de libertad y activismo independiente promete impulsar la reforma política. En Túnez los viejos grupos dominantes y mafias económicas, con una densa red de facciones políticas y organizaciones empresariales a su disposición, parecen dispuestos a contraatacar y bloquear la vía hacia un cambio genuino. En Egipto el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas fue responsable de una amplia represión, encarcelando a gran número de revolucionarios y cerrando organizaciones críticas de oposición. El peligro de la restauración, o de un cambio meramente superficial, se hace más serio al disminuir el fervor revolucionario mientras se reanuda la vida cotidiana y la gente se siente desencantada, condiciones que han comenzado a aparecer en toda la escena política árabe.

Tiempos diferentes

¿Por qué asumieron ese carácter «reforlucionario» los levantamientos árabes, con la excepción de los de Libia y Siria? ¿Por qué permanecen incólumes las instituciones clave del viejo régimen, mientras que las fuerzas revolucionarias se ven marginadas? Esto tiene que ver en parte con la caída tan rápida de los dictadores, que dio la impresión de que las revoluciones habían acabado y conseguido sus objetivos, sin que se diera

un cambio sustancial en la estructura de poder. Como hemos visto, esta rápida «victoria» no dejó mucho margen de maniobra a los movimientos para establecer órganos de poder alternativos, aunque lo hubieran intentado; en este sentido eran revoluciones autolimitadas. Pero también había en juego algo más: los revolucionarios permanecieron fuera de las estructuras del poder porque no se planteaban siquiera apoderarse del Estado; cuando en un momento posterior percibieron que debían hacerlo, carecían de los recursos políticos necesarios —organización, liderazgo, visión estratégica— para disputar el control a los restos del antiguo régimen y a «arribistas» como los Hermanos Musulmanes o los salafistas, que habían desempeñado un papel muy limitado en el levantamiento, pero que estaban organizativamente preparados para tomar el poder. Una de las principales diferencias entre los recientes levantamientos árabes y sus predecesores del siglo xx es que tuvieron lugar en una época ideológicamente muy distinta.

Hasta la década de 1990 había habido tres principales tradiciones ideológicas portadoras de la «revolución» como estrategia para un cambio fundamental: el nacionalismo anticolonial, el marxismo y el islamismo. El primero, tal como se reflejaba en las ideas de Fanon, Sukarno, Nehru, Nasser o Ho Chí Minh, concebía el orden posterior a la independencia como algo nuevo, una negación de la dominación económica y política del viejo sistema colonial y de la burguesía «compradora». Aunque sus promesas excedían con mucho su capacidad de cumplirlas, los regímenes poscoloniales realizaron algunos avances en educación, sanidad, reforma agraria e industrialización, medidas que se afianzaron mediante pactos de desarrollo nacional, como fueron Al Mithaq en Egipto (1962) o la Declaración de Arusha (1967) y la línea orientadora de Mwongozo (1971) en Tanzania. Sus principales logros se dieron en el terreno de la construcción estatal: Administración nacional, infraestructura, formación de clase, etcétera. Sin embargo, al no afrontar los problemas fundamentales de la desigualdad de la propiedad y la distribución de la riqueza, los gobiernos nacionalistas comenzaron a perder su legitimidad. Cuando los antiguos revolucionarios anticoloniales se convirtieron en administradores del orden poscolonial, dejaron de cumplir sus promesas; en muchos casos los gobiernos nacionalistas se convirtieron en autocracias cargadas de deudas y luego impulsaron programas de ajuste estructural neoliberales, si no habían sido ya derrocados por golpes militares o socavados por intrigas imperialistas. Hoy día el movimiento palestino es quizá el último que sigue combatiendo por la independencia nacional.

El marxismo fue indudablemente la corriente revolucionaria más formidable de la era de la Guerra Fría. Las revoluciones vietnamita y cubana educaron a toda una generación de radicales: Che Guevara y Ho Chí Minh se convirtieron en figuras emblemáticas, no solo en Asia, América Latina y Oriente Medio, sino también para los movimientos estudiantiles en Estados Unidos, París, Roma y Berlín. Los movimientos guerrilleros llegaron a simbolizar el radicalismo de la década de 1960. En África surgieron tras el asesinato de Lumumba y contra el endurecimiento del *apartheid* en Sudáfrica. Durante la década de 1970 una oleada de revoluciones «marxistas-leninistas» desmantelaron el dominio colonial en Mozambique, Angola, Guinea-Bissau y otros lugares. Aunque la estrategia *foquista* promovida por Che Guevara no dio fruto en América Latina, a finales de la década de 1970 hubo insurrecciones victoriosas en Granada y Nicaragua, mientras que El Salvador parecía ser otro candidato probable para un avance revolucionario. Los radicales latinoamericanos encontraron un nuevo aliado en los católicos de base y hasta miembros del clero inspirados por la teología de la liberación se unieron a la lucha. En Oriente Medio el Frente de Liberación Nacional expulsó a los británicos de Adén y proclamó la República Popular de Yemen del Sur; guerrillas de izquierdas desempeñaron un papel significativo en Irán, Omán y los territorios ocupados de Palestina. El efecto de esos movimientos revolucionarios sobre el ambiente intelectual en Occidente fue innegable, contribuyendo a detonar la revolución mundial de jóvenes, estudiantes, trabajadores e intelectuales en 1968. En 1974 la Revolución de los Claveles derrocó la dictadura en Portugal. Aunque algunos partidos comunistas de Europa y el mundo desarrollado adoptaban una línea cada vez más reformista («eurocomunista»), fuerzas significativas de la tradición marxista-leninista seguían comprometidas en una estrategia revolucionaria.

Pero el panorama dio un vuelco significativo con el colapso del bloque soviético. El concepto de revolución había estado tan unido al de socialismo que la desaparición del «socialismo realmente existente» tras las movilizaciones anticomunistas en Europa oriental a finales de la década de 1980 y la victoria de Occidente en la Guerra Fría implicaban de hecho el final de la «revolución» y del desarrollo impulsado desde el Estado. El «estatismo» quedó desprestigiado como ineficiente y represivo, abocado a la erosión de la autonomía e iniciativa personal. Esto tuvo un profundo influjo sobre la idea de revolución focalizada en el poder estatal, que quedó identificada con el autoritarismo y los fracasos del bloque

comunista. El avance del neoliberalismo, iniciado en 1979-1980 con las victorias de Thatcher y Reagan y más tarde ampliado y convertido en ideología dominante en gran parte del mundo, desempeñó un papel central en este cambio de discurso. En lugar del «Estado» y la «revolución» se produjo un aumento exponencial de la plática sobre las ONG, la «sociedad civil», las «esferas públicas», etcétera; en una palabra, la reforma. El cambio gradual se convirtió en la única vía aceptable para la transformación social. Los gobiernos occidentales, las agencias de ayuda y las ONG promovieron este nuevo evangelio con mucho ardor y convicción. La expansión del sector de las ONG en el mundo árabe y más en general en el Sur global significó una transición dramática del activismo social, vertebrado por intereses colectivos, al énfasis en la autoayuda individual en un mundo competitivo. En estos tiempos neoliberales, el espíritu igualitario de la teología de la liberación ha dado paso a un arrebato global de cristianismo neoevangélico inspirado en el interés individual y la acumulación.

La tercera tradición era la del islamismo revolucionario, un rival ideológico del marxismo que, sin embargo, llevaba impreso el sello de su oponente laico. Desde la década de 1970 los movimientos islamistas militantes recurrieron a las ideas de Sayyid Qutb en su batalla contra los Estados laicos del mundo musulmán; el propio Qutb había aprendido mucho del líder islamista indio Abul Ala Maududi, quien a su vez se había sentido impresionado por la estrategia organizativa y política del Partido Comunista de la India. Su folleto de 1964 *Ma'alim fi al-Tariq* [Hitos], en el que proponía que una vanguardia musulmana se apoderara del Estado *jahili* «ignorante de Dios» y estableciera un auténtico orden islámico, se convirtió en el equivalente islamista del *¿Qué hacer?* de Lenin, orientando la estrategia de grupos militantes como Yihad, Gama'a al-Islamiyya, Hizb ut-Tahrir y Laskar Yihad. Varios antiguos izquierdistas –como Adel Hussein, Mustafa Mahmud o Tariq al-Bishri– se pasaron al campo islamista, aportando consigo ideas de la tradición marxista-leninista. La revolución iraní de 1979 recurría tanto a ideas izquierdistas como a *Ma'alim fi al-Tariq*, que había sido traducido al farsi por el ayatolá Jamenei, el actual líder supremo. Las organizaciones Fedayan-e-Jalq [Fedayines del Pueblo] marxista-leninista y Moyahedin-e-Jalq [Muyahidines del Pueblo] marxista-islamista, desempeñaron un papel significativo en la radicalización de la oposición a la dictadura del Sa, aunque un papel más importante quizá fue el del teórico popular Ali Shariati, quien, cuando estudiaba con el autor izquierdista francés

Georges Gurvitch, había hablado apasionadamente de la «revolución» como una combinación de ideas marxistas y religiosas, invocando una «divina sociedad sin clases»⁵. El concepto de revolución fue, por lo tanto, central en el islamismo militante, tanto en su variante suní como chií, diferenciándose muy claramente de la estrategia electoral de los Hermanos Musulmanes, que aspiraban a obtener apoyo social suficiente para conquistar el Estado por medios pacíficos⁶.

Pero a principios del nuevo milenio cristiano la fe de los islamistas en la revolución había perdido fuelle. En Irán, por ejemplo, la palabra «revolución», antes apreciada, había quedado asociada con la destrucción y el extremismo, al menos en el momento de la victoria presidencial de Mohammad Jatamí en 1997. El islamismo –entendido como un movimiento que entiende el islam como un sistema totalizador que ofrece soluciones a todos los problemas sociales, políticos y económicos, poniendo el acento en las obligaciones más que en los derechos– estaba entrando en crisis. Los disidentes argumentaban que, en la práctica, el «Estado islámico» promovido por la línea dura iraní, el partido islamista conservador paquistaní Yamaat-e-Islami y la milicia islamista indonesia Laskar Yihad, entre otros, estaba perjudicando tanto al islam como al Estado. A finales de la década de 1990 y principios de la de 2000 se produjo el ascenso de lo que he llamado tendencias posislamistas, que son todavía religiosas y no laicas, pero pretenden trascender la política islamista promoviendo una sociedad piadosa y un Estado laico, combinando la religiosidad con los derechos en distintos grados. Corrientes posislamistas como el AKP turco, el partido Ennahda [Renacimiento] de Túnez y el Partido de la Justicia y el Desarrollo marroquí siguen una vía reformista hacia el cambio político y social, insistiendo en los lemas de la era posterior a la Guerra Fría: «sociedad civil», responsabilidad, no violencia y gradualismo⁷.

⁵ Asef Bayat, «Shariati and Marx: A Critique of an “Islamic” Critique of Marxism», *Alif: Journal of Comparative Poetics*, núm. 10, 1990.

⁶ Resulta curioso que Al Qaeda, el más militante y violento de los grupos yihadistas, fuera y sea esencialmente no revolucionario, debido a su carácter multinacional y sus difusos objetivos, tales como «salvar al islam» o «combatir a Occidente», y a la idea de la yihad como fin en sí mismo. Véase Faisal Devji, *Landscapes of Jihad*, Ithaca, 2005.

⁷ Asef Bayat (ed.), *Post-Islamism: The Changing Faces of Political Islam*, Nueva York, 2013.

Esperanzas atenuadas

Los levantamientos árabes se produjeron en un momento en que el declive de las principales ideologías de oposición –nacionalismo anti-colonial, marxismo-leninismo e islamismo– había deslegitimado la propia idea de «revolución». Se trataba de una era muy diferente de la de, digamos, finales de la década de 1970, cuando en Irán mis amigos y yo mismo solíamos invocar esa idea, aunque pareciera improbable; paseando en bicicleta por los opulentos barrios del norte de Teherán, discutíamos cómo se podrían tomar los palacios del Sah y redistribuir aquellas mansiones fastuosas. Pensábamos en términos de revolución. Pero en el Oriente Próximo del nuevo milenio prácticamente nadie imaginaba ya el cambio en esos términos; pocos activistas árabes habían concebido una estrategia revolucionaria, aunque pudieran soñar con ella. Lo que se deseaba en general era una reforma, o un cambio significativo en el seno de los dispositivos políticos existentes. En Túnez prácticamente nadie hablaba de «revolución»; de hecho, bajo el Estado policial de Ben Alí, la intelectualidad había sufrido una «muerte política», como me dijo alguien⁸. En Egipto los movimientos Kifaya y 6 de Abril, pese a sus tácticas innovadoras, eran esencialmente reformistas, en cuanto que no disponían de una estrategia para el derrocamiento del Estado. Algunos de sus activistas recibieron al parecer entrenamiento en Estados Unidos, Qatar o Serbia, principalmente en los terrenos de seguimiento de las elecciones, protestas no violentas y construcción de redes. En consecuencia, los effluvis que transpiraban cuando se produjeron los levantamientos no eran revolucionarios *per se*, sino «reforlucionarios», esto es, movimientos revolucionarios que pretendían obligar a los regímenes existentes a autorreformarse.

En realidad, no es preciso que la gente tenga una idea muy clara de la «revolución» para que suceda; los levantamientos de masas suelen tener poco que ver con las teorizaciones sobre ellos. No pueden ser diseñados y planeados, aunque haya gente que los diseñe y planee. Las revoluciones «simplemente» suceden. Pero tener o no ideas sobre las revoluciones sí influye decisivamente sobre su resultado cuando se producen. El carácter «reforlucionario» de los levantamientos árabes significa que, como mucho, quedan inacabados, ya que las instituciones e intereses clave de los viejos regímenes –y de los arribistas, Hermanos Musulmanes y

⁸ Véase también Beatrice Hibou, *The Force of Obedience*, Cambridge, 2011.

salafistas– siguen frustrando las exigencias de un cambio significativo. El resultado puede ser doloroso para todos los que esperaban un futuro justo y digno.

Puede haber algún consuelo en recordar que la mayoría de las grandes revoluciones del siglo XX –Rusia, China, Cuba, Irán– que consiguieron derrocar los viejos regímenes autocráticos los sustituyeron rápidamente por nuevos Estados igualmente autoritarios y represivos. Las alteraciones sustanciales en el orden y la administración son otro efecto colateral del cambio revolucionario radical. Libia, donde el régimen de Gadafi fue violentamente derrocado, puede no ser objeto de envidia para los militantes egipcios o tunecinos. La combinación de la brutalidad de Gadafi y los intereses occidentales en el petróleo libio dio lugar a una insurrección violenta y destructiva, ayudada por la OTAN, que puso fin al viejo régimen despótico; pero la nueva administración tiene todavía que dar lugar a una entidad política más inclusiva y transparente. El Consejo Nacional de Transición* siguió manteniendo oculta la identidad de la mayoría de sus miembros, sin dar cuenta tampoco de los procesos seguidos para tomar decisiones. Las divisiones internas entre islamistas y laicos, su falta de autoridad efectiva sobre varios grupos milicianos errantes y sus débiles capacidades administrativas lo equipaban mal para las tareas de gobierno⁹. El país experimentó importantes trastornos –en seguridad, administración de las infraestructuras y abastecimiento de recursos básicos– antes de transferir su autoridad al Congreso General de la Nación.

Pero no se trata tanto de descartar la idea de revoluciones radicales, en las que hay muchos aspectos positivos, entre los cuales, los más obvios son la novedosa sensación de liberación, la libre expresión y las posibilidades abiertas de un futuro mejor, sino de poner de relieve el hecho de que el derrocamiento revolucionario de un régimen represivo no garantiza de por sí un orden más justo e inclusivo. De hecho, las revoluciones ideológicas radicales pueden llevar en su seno la semilla de un dominio autoritario, ya que la revisión del Estado y la eliminación de la disidencia puede dejar poco espacio para el pluralismo y una competencia política amplia. La «reforlución», en cambio, puede crear un mejor ambiente

* Disuelto formalmente el 8 de agosto de 2012 [N. del T.].

⁹ Ranj Alaaldin, «Libya: Defining its Future», en Toby Dodge (ed.), *After the Arab Spring: Power Shift in the Middle East?*, Londres, 2012.

para la consolidación de la democracia electoral porque, por definición, es incapaz de monopolizar el poder estatal, y el surgimiento de múltiples centros de poder –incluidos los de la contrarrevolución– puede neutralizar los excesos de las nuevas elites políticas. Por eso es improbable que los Hermanos Musulmanes en Egipto o el partido Ennahda en Túnez puedan monopolizar el poder como lo hicieron los jomeinistas en el Irán posrevolucionario, precisamente porque toda una variedad de poderosos intereses, incluidos los del antiguo régimen, siguen activos y eficaces.

Puede valer la pena, pues, considerar otra idea de «revolución» siguiendo las líneas desarrolladas por Raymond Williams en *The Long Revolution*, esto es, un proceso que es «difícil», en cuanto que es complejo y multifacético, «total», –lo que significa que no es solo económico, sino también social y cultural–, y «humano», afectando a las estructuras más profundas de las relaciones y los sentimientos¹⁰. Por consiguiente, más que esperar rápidos resultados o preocuparse por plantear reivindicaciones radicales, podríamos considerar los levantamientos árabes como «largas revoluciones» que pueden dar fruto dentro de diez o veinte años estableciendo nuevas formas de hacer las cosas, un nuevo modo de pensar sobre el poder. Lo que está en juego, en cualquier caso, no son preocupaciones semánticas sobre cómo definir las revoluciones, sino los difíciles problemas de las estructuras de poder y los intereses creados. Y se caracterice como se quiera el proceso –como «larga revolución» o como algo que comienza con la transformación radical del Estado–, la cuestión crucial es asegurar un cambio fundamental desde el viejo orden autoritario a un orden democrático significativo, al tiempo que se elude la coerción violenta y la injusticia. Aun así, algo es seguro: el tránsito desde lo «viejo» opresivo a lo «nuevo» liberador no se producirá sin grandes luchas y una incesante movilización popular, tanto en el terreno público como en el privado. De hecho, la «larga revolución» puede haber comenzado justo cuando concluye la «revolución corta».

¹⁰ Anthony Barnett, «We Live in Revolutionary Times, But What Does This Mean?», *Open Democracy*, 16 de diciembre de 2011.

TARIQ ALI

ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO

Réplica a Asef Bayat

SEGÚN ESCRIBÍA IBN Jaldún en la «Introducción» a sus *Muqaddimah* [Prolegómenos], «la dinastía y el gobierno son como la plaza del mercado, a la que todo el mundo lleva sus productos convertidos en ciencias y artes». Aquel erudito del siglo XIV elaboró una nueva metodología para entender la historia basándose en su estudio del Magreb y en una crítica de la obra de los historiadores árabes de los siglos precedentes. Basta sustituir «dinastía y gobierno» por «Washington» o la «comunidad internacional» para poder aplicar sin más sus palabras a estos tiempos:

Todos acuden con la esperanza de obtener favores del poder a cambio de leyendas y anécdotas, ya que lo que es bien recibido en la corte complace igualmente al pueblo. Cuando la dinastía y el gobierno proceden con espíritu franco, libre de pasiones y parcialidades, de despotismo y fraude; cuando avanzan por una recta senda sin apartarse de ella, las mercancías que se intercambian en ese mercado son como plata pura y oro fino. Pero cuando predominan intereses y rivalidades egoístas, o ganan influencia los intrigantes faltos de honradez, en el mercado solo quedan abalorios y aleaciones de baja calidad. En todo caso, para juzgar el valor de las cosas, el crítico inteligente debe llevar consigo su propia balanza, examinando esto, admirando aquello y eligiendo lo de más allá.

Si uno mira a su alrededor en el mundo árabe, dos años después de los levantamientos de la primavera de 2011, ¿cómo debe juzgar los resultados una escena política fragmentada en Egipto y Túnez, batallas latentes en Yemen, anarquía armada en Libia, guerra civil en Siria, crisis gubernamental en Líbano, dura represión en Bahreín, mayor peso regional de

¹ Ibn Khaldún, *The Muqaddimah: An Introduction to History*, Princeton, 1967, pp. 23-24.

Arabia Saudí y Qatar? ¿Pueden distinguirse pautas en el presente árabe? El meditado artículo «Malos tiempos para la revolución» de Asef Bayat es una interesante contribución para un primer balance². Bayat ofrece una categorización de las diversas estrategias de oposición –reformista, insurreccional, «reforlucionaria»– encuadradas en un amplio marco histórico comparativo. En cierto sentido, argumenta, esta es una época madura para la revolución: la bancarrota de la democracia liberal y la falta de responsabilidad de los gobiernos frente a crecientes niveles de desigualdad y privación, bruscamente exacerbados por la crisis financiera, han creado un *impasse* político que parecería exigir un cambio revolucionario. Sin embargo, la firmeza de la ideología neoliberal y las derrotas sufridas por anteriores corrientes revolucionarias –anticolonial, marxista-leninista, islamista– han socavado sus posibilidades: faltan «tanto medios como visión». En consecuencia, argumenta, los adversarios de las dictaduras de Egipto y Túnez adoptaron una estrategia de «reforlución»: movilizaciones de masas que pretendían obligar al régimen a autorreformarse, más que a derrocarlo. Solo allí donde regímenes intransigentes respondieron con la fuerza armada –Libia, Siria–, los «reforlucionarios» se vieron obligados a pasar a la insurrección abierta (con el respaldo de la OTAN) y al derrocamiento violento del régimen.

Bayat recurre al término «reforlución» [*refolution*] del paladín de la Guerra Fría Timothy Garton Ash, quien lo acuñó para describir el proceso de liberalización en Polonia y Hungría en la primavera de 1989. Admite, no obstante, que los procesos políticos iniciados en Túnez y Egipto no pretendían transformaciones económicas fundamentales, comparables a las derivadas de aquellas negociaciones en Europa central. En ese sentido, argumenta, la Revolución Rosa en Georgia en 2003 o la versión Naranja en Ucrania en 2004-2005 serían aproximaciones más cercanas, aunque carentes de la carga liberadora desencadenada en toda la sociedad egipcia por la ocupación de la plaza Tahrir. Bayat concluye tomando prestada la idea de Raymond Williams de la «larga revolución» como una posible estrategia para un «cambio democrático significativo». ¿Cómo cabe valorar esas sugerencias?

Terminologías

Bayat subraya acertadamente la carencia de medios y de perspectiva para un derrocamiento revolucionario de esos regímenes, así como la profundidad y escala de las energías insurreccionales desencadenadas en Egipto,

² Asef Bayat, «Malos tiempos para la revolución», *NLR* 80, marzo-abril de 2013.

Yemen y Túnez. Que la transposición del neologismo «reforlución» sirva o no de ayuda para captar esas realidades es otra cuestión. Su empleo original se refería a un proceso muy diferente. Garton Ash aludía a las negociaciones que estaban teniendo lugar entre el Estado y los representantes de la oposición en Budapest y Varsovia, donde *apparatchiks* «ilustrados» ponían en escena una «retirada sin precedentes», ofreciendo compartir el poder, inscribiéndose en la transición a la democracia parlamentaria y gritándose entre sí: «¡Enriqueceos!» (el propio Garton Ash confesaba que la perspectiva de que los jefes comunistas se convirtieran en magnates capitalistas, como él decía, le provocó un momento de desasosiego)³. Con la excepción de Rumanía y la RDA, las movilizaciones en Europa Oriental fueron de una escala relativamente pequeña; las cómodas confabulaciones de la primavera de 1989 estaban a mucha distancia de los anuncios televisados de portavoces uniformados del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas egipcias y las cabezas rotas en la plaza Tahrir.

La «reforlución» tampoco se ajusta a la gran exigencia de 2011: «¡El pueblo quiere la caída del régimen, no su reforma!». Esa terminología conlleva un riesgo obvio de confundir la táctica –que, para cualquier movimiento político decidido y eficaz, será por definición flexible– y los objetivos. Sin embargo, las consignas y el espíritu de la multitud en El Cairo, Suez o Alejandría eran muy claros. No solo Mubarak tenía que irse, sino también sus torturadores –incluido el siniestro Omar Suleiman, a quien el gobierno de Obama señaló en determinado momento como sucesor de Mubarak– y las fuerzas del Ministerio del Interior que habían aterrorizado al país durante décadas. No se apunta excepcionalmente a los militares, pese al papel de un Alto Mando corrupto y colaboracionista que había estado en la nómina de Estados Unidos desde la derrota de 1973. La decisión de los dirigentes de la protesta en febrero de 2011 de evitar el fraccionamiento del ejército, pese a la confraternización de oficiales subalternos y soldados con la multitud, fue probablemente un cálculo táctico erróneo de la correlación de fuerzas, que no albergaba en realidad ningún tipo de ilusiones respecto a las instituciones del Estado de Mubarak. La «reforlución» en el sentido de Bayat, si es que significa algo, es más aplicable a las repúblicas bolivarianas de Sudamérica, modelo firmemente rechazado por los Hermanos Musulmanes y Ennahda [Renacimiento] y trágicamente con muy escaso respaldo entre los oficiales jóvenes.

³ Timothy Garton Ash, «Refolution, the Springtime of Two Nations», *The New York Review of Books*, 15 de junio de 1989.

La terminología de Bayat tampoco es de gran ayuda en cuanto al contenido social y político-económico de las revueltas árabes. Ahí la analogía con Europa central en 1989 se desmorona por completo. Los países del COMECON, contrapartidas orientales de las socialdemocracias occidentales, eran en esencia social-dictaduras, en su mayor parte muy urbanizadas, con grandes sectores industriales y dispositivos sociales, educativos y culturales que beneficiaban a la mayoría de los ciudadanos, como señala G. M. Tamás en otro artículo de este mismo número⁴. Durante las décadas de 1970 y 1980 grandes sectores de las burocracias gobernantes se sintieron atraídos por la panacea del mercado. Una vez que se llegó a un acuerdo con la oposición procapitalista, los recortes en el gasto propios de la terapia de choque y las privatizaciones destruyeron las estructuras sociales existentes y desmantelaron gran parte de la industria autóctona, mientras las empresas occidentales aniquilaban la competencia. En comparación, la industrialización por sustitución de importaciones en las repúblicas árabes fue siempre mucho más limitada y los trabajadores nunca fueron tan valorados como bajo el socialismo de Estado. La pobreza rural es muy profunda; en torno a las principales ciudades proliferan enormes barriadas de chabolas; el desempleo entre los jóvenes es desesperadamente alto. El gobierno de Sadat ya desmanteló buena parte de su limitado Estado de bienestar y se embarcó en un programa de privatizaciones. Los servicios sociales son esqueléticos, y consisten principalmente en subsidios para alimentos y combustibles; las mezquitas –los «arribistas» de Bayat– proporcionan la mayor parte de los cuidados sanitarios y la educación que pueden recibir los pobres. El neoliberalismo ha servido principalmente, como todos saben, para beneficiar a los compinches más corruptos del régimen. Los disturbios sociales y las huelgas han sido reprimidos una y otra vez, pero nunca han desaparecido del todo. Cómo articular las reivindicaciones políticas y económicas sigue siendo un problema estratégico clave para los movimientos de protesta.

Dimensiones ausentes

También es importante señalar que las categorías políticas abstractas de Bayat –reforma, revolución, algo intermedio– excluyen cualquier posible análisis de la correlación de fuerzas en presencia. Si los levantamientos árabes comenzaron como rebeliones autóctonas contra Estados policiales corruptos y privaciones sociales, se internacionalizaron rápidamente

⁴ G. M. Tamás, «Palabras desde Budapest», *NLR* 80, marzo-abril de 2013.

cuando las potencias occidentales y los vecinos regionales entraron en la refriega. En su deseo de encontrar analogías para el presente árabe en el pasado europeo, Bayat subestima el efecto concreto del imperialismo occidental en toda la región. Las fronteras actuales de los países árabes fueron establecidas por los vencedores en la Primera Guerra Mundial e incluían una declaración del Gabinete británico –a la que se opuso su único miembro judío– en la que se comprometía a facilitar la creación en Palestina de un hogar nacional para los judíos europeos, emprendiendo así la expropiación, desarraigo y expulsión de grandes sectores de la población palestina nativa con el objetivo de desalojar el terreno para el Estado de Israel. No puede hacerse un análisis correcto de los problemas actuales del mundo árabe sin examinar el papel desempeñado por la principal fuerza militar y diplomática en la región, los Estados Unidos de América; y dada la influencia del *lobby* israelí en la política exterior estadounidense, no puede valorarse adecuadamente ese papel sin tener en cuenta la cuestión Israel-Palestina.

Las razones por las que han pervivido los regímenes despóticos en todo el mundo árabe, mucho después de que las dictaduras de la Guerra Fría fueran desmanteladas en América Latina, África y gran parte de Asia, residen en gran medida en la intrincada lógica de la celosa custodia de Washington sobre el petróleo de la región y la influencia de Israel sobre su política en Oriente Próximo. Unas elecciones libres corrían el riesgo de llevar al poder a los islamistas, quienes podrían actuar en consonancia con su retórica pro Palestina. La naturaleza del excepcionalismo del mundo árabe frente a la creciente «tercera ola» de democratización quedó palmariamente demostrada en Argelia, donde se podría decir que comenzó la Primavera Árabe en 1988. Tras una semana de protestas masivas, el régimen del FLN acordó celebrar elecciones, primero municipales, y a continuación, en 1990, para la Asamblea Nacional, justo cuando la masiva fuerza militar estadounidense enviada a la primera Guerra del Golfo estaba despertando la ira popular en toda la región. El mayor partido islamista, el Frente Islámico de Salvación (FIS), obtuvo una gran victoria en la primera ronda de las elecciones a la Asamblea Nacional, después de haber convocado poco antes enormes manifestaciones de masas contra la guerra. Los militares argelinos cancelaron la segunda ronda electoral siguiendo los consejos de Washington y París. A continuación se produjo una terrible y corrupta guerra civil con crímenes atroces por ambas partes hasta llegar al agotamiento, mientras que las masas se retiraban a una amargada pasividad. Las estimaciones más prudentes del número de muertos oscilan entre 100.000 y 200.000, sin

una palabra de protesta de las potencias occidentales. El país no se ha recuperado todavía plenamente de aquel infierno sangriento.

Con ligeras variaciones, los regímenes nacional-populistas que llegaron al poder en las décadas de 1950 y 1960 en Egipto, Siria, Irak, Yemen, Libia y Argelia estaban estructurados –trágicamente– como versiones locales del modelo soviético: un Estado de partido único *de facto*, un grotesco culto a la personalidad que glorificaba al presidente de turno y un monopolio del régimen sobre la política y la información. El colapso de la Unión Soviética dejó a los presidentes vitalicios como malas copias del original. Sus reuniones posando ante las cámaras en las cumbres árabes anuales, como otros tantos viejos automóviles en un rally, fueron cruelmente satirizadas por el poeta iraquí exiliado Muzzaffar al-Nawab. Mientras, las cumbres de la *mujabarat* (policía secreta) se dedicaban a asuntos más serios: la colaboración con el Mossad, el contraste de fichas de los disidentes, la competencia por las víctimas entregadas por los países de la OTAN y, en ocasiones, la juerga macabra sobre los efectos de la tortura sobre estas. Ni los jefes de la *mujabarat* ni sus patrocinadores estadounidenses y europeos sospechaban la magnitud de las inminentes insurrecciones.

Intervenciones

La primera reacción de Washington y París, sorprendidos por los levantamientos de 2011, fue defender a sus vasallos. La ministra de Asuntos Exteriores de Sarkozy, Michèle Alliot-Marie, esperaba que su amigo Ben Alí pudiera mantenerse en el poder mientras se reunían los paracaidistas franceses para defender su régimen, pero ya era demasiado tarde: el oligarca tunecino volaba ya hacia Arabia Saudí. Los intentos del gobierno de Obama por salvar a Mubarak tuvieron que ser abandonados ante los centenares de víctimas mortales en los enfrentamientos; pero en un país tan decisivo estratégicamente como Egipto, Washington contaba con otros instrumentos potenciales. Se mantuvieron conversaciones urgentes con el Alto Mando del ejército; una exigencia estadounidense clave era el compromiso de que los nuevos gobernantes mantuvieran el tratado de 1979 con Israel, que arrebató a Egipto la soberanía sobre toda una franja de su territorio junto a la frontera israelí. Una de las primeras declaraciones del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (CSFA) al asumir el poder fue precisamente mantenerlo. El CSFA se iba a mostrar como un instrumento grosero y torpe, pero los objetivos inmediatos de Washington habían quedado asegurados.

Después de la ocupación de la plaza Tahrir, las protestas ciudadanas ya no contaban con la ventaja de la sorpresa, y las fuerzas imperiales –junto con los vecinos regionales– consiguieron configurar el resultado de aquellas rebeliones. Bayat señala «el petróleo» y «la brutalidad» como razones para la intervención militar occidental, pero no ofrece ninguna explicación para el tratamiento tan selectivo aplicado por las potencias de la OTAN a los distintos países. Para Washington, los países árabes están clasificados según un cálculo jerárquico de intereses: importancia geoestratégica; proximidad a Israel; petróleo y riqueza; ubicación geográfica; peso demográfico; estatus amigo-enemigo. Egipto, como pivote geoestratégico de la región, ha sido un «amigo» muy estrecho de Estados Unidos desde 1973, solo por detrás de Israel en cuanto a la cantidad de ayuda militar que recibe. El empobrecido Yemen era tratado como un socio subordinado de Arabia Saudí: Estados Unidos mantuvo a Saleh en el poder mientras pudo; solo cuando el ejército se dividió y un ataque con bombas contra la residencia del déspota lo dejó gravemente herido y prácticamente irreconocible, Washington lo trasladó a Riad y propició un gobierno nacional de compromiso en el que seguían predominando los hombres de Saleh.

Las monarquías que deben su propia existencia al imperialismo británico-estadounidense han recibido siempre un trato diferenciado: en Jordania, Arabia Saudí, Omán, Bahréin y los emiratos del Golfo, las dinastías corruptas siguen siendo los árbitros supremos de la vida y la política. En esos «pilares de la estabilidad», los valores occidentales – libertades individuales, derechos humanos, no discriminación contra las mujeres y las minorías– son violados más flagrante y descaradamente que en ningún Estado «canalla», sin apenas un murmullo de desaprobación desde la Casa Blanca. En Bahréin, el Pentágono y el Departamento de Estado aprobaron, como cabía esperar, la intervención militar saudí que ayudó a sectarizar el conflicto –mientras que los jóvenes participantes en la revuelta cantaban: «¡Ni chiíes ni sunníes, somos bahraníes!»– y a aplastar la rebelión. Ese éxito alentó a Riad y Qatar a pasar a la ofensiva en Libia y Siria. Al Yazira, con la aprobación tácita de la Casa Blanca e Israel, se convirtió en el megáfono para la militarización de la Primavera Árabe, siguiendo líneas determinadas por enemistades personales, odio sectario y rivalidad asesina con Irán.

Las repúblicas nacionalistas árabes siempre habían sido contempladas con mayor distanciamiento desde Washington. Libia tenía escasa importancia geoestratégica o peso demográfico; sociológicamente era más

comparable a los países del Golfo, con una población pequeña, mucha mano de obra extranjera y una economía determinada totalmente por las rentas del petróleo. Trípoli había permanecido en la lista de «enemigos» de Washington solo en razón de la retórica de Gadafi, aunque la CIA seguía recurriendo a su experiencia en la persecución de islamistas. Se le dio el plácet oficial en 2003 tras entregar cierta cantidad de equipo nuclear primitivo y entrar a formar parte de la guerra de Occidente contra el terror, al tiempo que la inteligencia británica le entregaba a algunos disidentes libios. Pero a diferencia de Mubarak y Ben Ali, –puros *apparatchiks* a las órdenes de Washington o París–, Gadafi era impredecible. Podía ser violento y revanchista en cualquier momento y acabar al cabo de un mes ofreciendo disculpas a aquellos a quienes había ofendido. La vida de Gadafi estaba en gran medida determinada –y dislocada– por su constante necesidad de adoptar una pose. Era capaz de la fantasía y el autoengaño más extremos a fin de elevarse a sí mismo a un estatus moral e ideológico que en realidad nunca tuvo. Tras su rehabilitación, los asesores occidentales le indujeron a prometer un mercado libre, a mimar a las grandes petroleras y a abrir la prístina línea costera de Libia a la industria turística mundial. Gadafi aceptó, pero siguió prevaricando. Pensaba que podía suavizar el trato de las potencias occidentales simplemente con dinero: contribuyó a financiar la campaña electoral de Sarkozy y la London School of Economics; recibió a lord Giddens, cuyo efusivo elogio afirmando que el *Libro Verde* y la «tercera vía» de Tony Blair (cuyo autor era el propio Giddens) tenían mucho en común no era del todo falso.

Los desvíos y errores más serios de Gadafi –negarse a construir una infraestructura social adecuada, disolviendo las lealtades tribales; brutal represión de los disidentes islamistas– quedaron de manifiesto durante las primeras semanas del levantamiento libio en febrero de 2011; pero una vez que percibió que Occidente había decidido desbancarlo, se mostró dispuesto a negociar⁵. El cuento de las razones humanitarias para la intervención militar, aduciendo que Gadafi estaba decidido a masacrar a su propio pueblo, se basaba únicamente en el reportaje de Al-Yazira sobre un supuesto ametrallamiento de manifestantes por parte de la

⁵ Horas después de que fuera aprobada la resolución 1973 del Consejo de Seguridad de la ONU el 17 de marzo de 2011, Gadafi ofreció un alto el fuego, en conformidad con la resolución, que fue inmediatamente rechazado por el Consejo Nacional de Transición, confiado en el respaldo occidental. Obama exigió entonces nuevas condiciones que equivalían a una rendición incondicional; las tres subsiguientes ofertas de alto el fuego por parte de Gadafi (abril, mayo, junio) fueron igualmente ignoradas.

fuerza aérea libia, que resultó ser una ficción según el testimonio en el Congreso del secretario de Defensa Gates y el almirante Mullen. Tampoco hubo masacres en Misrata, Zawiya o Ajdabiya cuando las reconquistaron las fuerzas gubernamentales. La advertencia de Gadafi el 17 de marzo de que no habría «compasión» se refería explícitamente a los rebeldes armados de Bengasi, pero ofreció una amnistía y una vía de escape hasta la frontera egipcia a quienes entregaran sus armas. Por muy brutal que fuera el régimen de Gadafi, hay escasas pruebas de que los bombardeos de la OTAN tuvieran como finalidad evitar «el genocidio», «otra Ruanda» o de que, como dijo Obama, «si esperábamos un día más, Bengasi podía sufrir una masacre que habría repercutido en toda la región y habría ultrajado la conciencia del mundo»⁶. Antes de que comenzaran los bombardeos aéreos de la OTAN había menos de 1.000 víctimas mortales; según las estimaciones más prudentes, durante los seis meses de bombardeos murieron entre 8.000 y 10.000 personas, y los aviones de la OTAN no estaban «protegiendo a los civiles», sino disparando contra las fuerzas de Gadafi allí donde las detectaban.

La guerra ha dejado el país fragmentado y fuertemente armado, con el poder en manos de quienes pueden ejercer el monopolio de la violencia en su territorio, mucho más allá del control del Congreso Nacional General elegido en julio de 2012 (se dice que Qatar financió a los dos principales partidos)⁷. El consulado estadounidense en Bengasi, con su anexo de la CIA, fue atacado por milicianos libios en septiembre de 2012, asesinando al embajador⁸. Entretanto, el futuro de la Corporación Petrolera Nacional permanece en secreto, pese a las proclamaciones de «gobernación transparente». El petróleo libio representa el 3,5 por 100 de las reservas mundiales, y si la Corporación Petrolera Nacional fuera privatizada no faltarían compradores.

⁶ Hugh Roberts, «Who Said Gaddafi Had to Go?», *LRB*, 17 de noviembre de 2011.

⁷ Patrick Haimzadeh, «Libya's Unquiet Election», *Le Monde Diplomatique*, julio de 2012.

⁸ Según Paula Broadwell, ex amante del general Petraeus, la CIA mantenía prisioneros en ese anexo a milicianos libios y el ataque respondía a un intento de liberarlos. Tal como dijo, «Lo más duro para el general Petraeus era que en su nuevo puesto no le estaba permitido comunicarse con la prensa. Tuvo conocimiento de todo aquello, porque estaba en relación con el jefe de la misión de la en Libia; en menos de veinticuatro horas supieron lo que estaba pasando allí». La desmintió rotundamente las afirmaciones de Broadwell. Véase Max Fisher, «Why did Paula Broadwell think the had taken prisoners in Benghazi?», *The Washington Post*, World Views blog, 12 de noviembre de 2012.

Fin de partida en Siria

El Estado policial baazista en Siria, de mucha mayor importancia geoestratégica, ha desempeñado un papel ambivalente en la región, apoyando a Hezbolá en Líbano y dando cobijo a los líderes de Hamás durante muchos años, pero resignándose de hecho a la ocupación israelí de la franja suroccidental del país y poniéndose de parte de Estados Unidos contra Iraq. En algunos aspectos se ha demostrado menos sumiso al orden estadounidense que la mayoría de los Estados de la región: no ha tratado de colaborar con Israel y Occidente, como han hecho Turquía y Jordania, ni ha renunciado parcialmente a su soberanía, como Egipto. Veinte años después del final de la Guerra Fría, Damasco todavía dispone de cierto margen de maniobra, aunque decreciente, entre la OTAN y Rusia. Irán ha sido de gran ayuda en la lucha contra los saudíes por Líbano. Si bien el régimen de Bashar al Assad es más racional que lo era el de Gadafi, sus opciones se ven limitadas por el temor a la venganza y represalias de la mayoría suní contra las minorías alauí y cristiana que han regido siempre el Estado.

Durante muchos meses las protestas populares fueron pacíficas y la fuerza del movimiento no dejó de crecer, como sucedió durante la primera Intifada palestina. Pero las esperanzas iniciales de que la envergadura del levantamiento y su evidente popularidad obligasen al régimen a negociar —se pedían elecciones a una Asamblea que redactara una nueva Constitución— nunca se cumplieron. Existen algunos indicios de que una minoría dentro del régimen estaba a favor de esta vía, pero Assad, que trata de imitar el autoritarismo intransigente de su padre, estaba convencido de que cualquier concesión sería fatal. La creación de campos de entrenamiento en Turquía para el Ejército Libre de Siria en el verano de 2011, el interés declarado de Arabia Saudí en el derrocamiento del régimen baazista —el rey saudí está convencido de que «nada podría debilitar más a Irán que perder Siria», opinión que es ampliamente compartida en Israel, que también desea el desmantelamiento de Hezbolá— y el suministro de armas y dinero de Riad y Qatar a los islamistas sirios a través de Jordania, bajo supervisión de la CIA, solo pueden confirmar la opinión del régimen de que se trata de una ofensiva suní respaldada por potencias extranjeras, y reforzar su intención de atrincherarse y defenderse por medios militares⁹.

⁹ C. J. Chivers y Eric Schmitt, «Arms Airlift to Syria Rebels Expands, with Aid from CIA», *The New York Times*, 24 de marzo de 2013. Sobre la declaración del rey Saud, véase John Hannah, «Responding to Syria: The King's Statement, the President's Hesitation», *Foreign policy* blog, 9 de agosto de 2011, citado en C. Tugal, «Democratic Janissaries? Turkey's Role in the Arab Spring», *NLR* 76, julio-agosto de 2013, pp. 16-17.

Al igual que en Libia, el gobierno de Obama está «liderando desde atrás», canalizando lo que *The New York Times* describe como una «catarata de armamento» a sus grupos preferidos y empujando a los dirigentes de la oposición a unirse y formar un gobierno semitítere, como en Iraq, mientras que unos árabes matan a otros sobre el terreno. La oposición a Assad no tenía por qué acabar en una invitación a la intervención occidental; pero una vez que la OTAN entra en la refriega, gane quien gane, el pueblo pierde. La declaración de los Comités de Coordinación Local de Siria del 29 de agosto de 2011 era muy clara al respecto. Un gobierno de transición impuesto, unas elecciones prefabricadas como hoja de parra y un líder tejano-sirio lanzado en paracaídas como nuevo primer ministro no servirán para resolver la miseria social de las poblaciones agrícolas pobres donde nació el movimiento de protesta¹⁰. Incluso en esta etapa, una solución negociada sería la mejor manera de deshacerse de Assad y sus secuaces. Pero parece que la suerte está echada: el Imperio quiere la caída del régimen.

Islamistas en el poder

La diferencia entre Argelia en 1991 y Egipto y Túnez desde 2011 radica en la cautelosa autorización de Washington a que islamistas de la línea blanda entren a formar parte del gobierno, aunque vigilados por el ejército y el Ministerio del Interior. La descripción que ofrece Bayat de estas fuerzas como «posislamistas» afanadas en construir una sociedad piadosa aceptando un Estado laico falsea la verdadera política en juego. El modelo es el del AKP turco: una economía neoliberal, fuertes vínculos militares con Washington y connivencia *de facto* con la ocupación israelí de la tierra palestina. Puede que sea demasiado pronto para realizar un balance sobre el gobierno de los Hermanos Musulmanes en Egipto o el de Ennahda en Túnez, pero su actuación hasta la fecha es instructiva. Las conversaciones entre funcionarios estadounidenses y la Hermandad egipcia se aceleraron en cuanto el CSFA expulsó a Mubarak del poder. Jairat al Shater, principal ideólogo de los Hermanos, ofreció seguridades de que quería «seguir profundizando» la relación estratégica de Egipto con Washington, de que acataría el tratado firmado por Sadat con Israel y de que cumpliría los acuerdos de suministro a Israel de petróleo y gas a bajo precio¹¹.

¹⁰ Sobre Ghassan Hitto, véase Franklin Lamb, «A Draft-Dodging, Zionist Friendly, Right-wing Texan Islamist to lead Syria?», *CounterPunch*, 22-24 de marzo de 2013.

¹¹ «Khairat Al-Shater to *Al-Ahram*: We Are Not at War with Anyone», *Al-Ahram*, 29 de enero de 2012; véase también «Khairat Al-Shater: The Brother Who Would Run Egypt», *Wall Street Journal*, 23 de junio de 2012.

Sin embargo, cuando se celebraron las elecciones presidenciales en junio de 2012, el CSFA se las apañó para presentar a un candidato del *ancien régime* –Ahmed Shafik, último primer ministro de Mubarak– asegurándose de que obtuviera suficientes votos como para que el Departamento de Estado tuviera, por lo menos, otra opción. Si no podían llegar a un acuerdo con Mohammed Morsi y los Hermanos, siempre podrían contar con Shafik, y los militares se encargarían de sofocar las protestas populares. El 24 de junio de 2012, una semana después de las elecciones, la tensión quedó desactivada: Washington dio luz verde a la victoria de Morsi y la Comisión Electoral santificó formalmente el triunfo electoral de los Hermanos Musulmanes. En su primera visita de pleitesía a la Casa Blanca, Morsi ronroneó:

El presidente Obama ha sido muy, muy comprensivo, y solo puedo decir que sus hechos coinciden con sus intenciones. Hemos discutido cuestiones como el alto el fuego, que es muy importante, y luego podremos hablar de las diferencias entre palestinos e israelíes [...]. Ambas partes están hablando de diferencias. Nosotros queremos que hablen de similitudes [...]. Ahora estamos trabajando en ello tanto como podemos¹².

El trabajo en cuestión incluye la vigilancia de las fronteras de Gaza y el cierre de los túneles que son el único sustento económico para los dos millones de habitantes encerrados en el gueto masivo de la Franja. En septiembre de 2012 Morsi se comprometió a cerrarlos. El ejército egipcio ha comenzado a inundarlos con aguas residuales¹³.

En Túnez, Ennahda y su líder Rachid Ghannouchi se esfuerzan por consolidar su control sobre el país, dieciocho meses después de las elecciones de octubre de 2011. La situación constitucional está todavía en proceso de cambio y el nuevo proyecto todavía no ha sido ratificado. La economía se ha deteriorado, con una tasa de desempleo del 17 por 100, un aumento de la inflación y escasos cambios en el empobrecido interior del país, a pesar de los discursos sobre la reorientación del desarrollo hacia la zona meridional, tradicionalmente desatendida. Las condiciones de un préstamo del FMI en 2012, todavía en fase de negociación, incluyen recortes en las subvenciones a los combustibles y el aumento del impuesto sobre el valor añadido. El estancamiento y las luchas armadas en Mali y Siria han contribuido a fortalecer las

¹² «We're Learning How to Be Free», *Time*, 28 de noviembre de 2012.

¹³ «To Block Gaza Tunnels, Egypt Lets Sewage Flow», *The New York Times*, 20 de febrero de 2013.

milicias salafistas que arremeten contra la federación sindical UGTT [Union Générale Tunisienne du Travail], que convivió durante años con el régimen de Ben Alí antes de movilizarse en su contra en enero de 2011. El asesinato del dirigente de izquierdas más popular del país, Chokri Belaid, en febrero de 2013, sobre el que Ennahda niega toda responsabilidad, dio lugar a una manifestación de duelo masiva y a enfrentamientos callejeros que provocaron la dimisión del primer ministro, Hamadi Jebali, secretario general de Ennahda, quien había ofrecido a la multitud un gobierno nacional compuesto por tecnócratas, en el que no participaría Ennahda, hasta la promulgación de la nueva Constitución, y nuevas elecciones; ese programa contaba con el respaldo de la UGTT, el ejército, la patronal y las embajadas occidentales y argelina. Ghannouchi lo reemplazó por un islamista más duro, Alí Laarayedh. La crisis ha provocado un intenso debate público con la izquierda laica sobre si el objetivo real de Ennahda, a pesar de su aparente moderación, consiste en establecer un régimen autoritario confesional y marginar a sus oponentes laicos mediante la represión y el asesinato. De lo que no cabe duda es de que en Ennahda existe una corriente favorable a esa línea. El propio Ghannouchi, más astuto que Morsi (lo que no es difícil), dice estar a favor del modelo turco. En su caso, eso significa dejar de lado a París y estrechar las relaciones con Washington.

¿Una larga revolución?

En el momento culminante del panarabismo, cuando Nasser se permitía nacionalizar el canal de Suez, resistir el ataque de venganza anglo-franco-israelí y responder a la presión económica occidental recurriendo a la ayuda soviética para la construcción de la presa de Asuán, los Hermanos Musulmanes se alineaban decididamente con los objetivos del imperialismo occidental. Hubo tres intentos de los Hermanos de asesinar a Nasser, y fue esto lo que llevó a la prohibición de la organización, la detención de sus dirigentes y la lamentable ejecución de su ideólogo más dotado y complejo, Sayyid Qutb. Durante la Guerra Fría los grupos islamistas de todo el mundo musulmán aceptaron la financiación estadounidense por diversas vías, una de las cuales era el régimen wahabí de Arabia Saudí, a fin de organizar sus bases en contra del comunismo ateo. Las referencias a esas organizaciones en los manuales estadounidenses de ciencia política eran entonces muy favorables. Durante medio siglo los nacionalistas árabes, los socialistas, los comunistas y otros

estuvieron enzarzados en una batalla contra los Hermanos Musulmanes por la hegemonía en el mundo árabe. Podrá gustarnos más o menos, pero son los Hermanos Musulmanes quienes la han ganado.

Los frutos de su victoria se demoraron al coincidir con el aplastamiento de la primera Intifada por Israel y con el avance militar de Washington en el corazón de Eurasia, trazando un arco bélico en tierras musulmanas desde el Mediterráneo oriental hasta Kabul y provocando con ello inevitablemente la cólera política. Pero el «posislamismo» de Ankara –y al parecer, también el de El Cairo– ha demostrado su capacidad de tragarse incluso esa píldora. Los palestinos, abandonados por los Estados árabes, han sido derrotados no sólo militarmente, sino también políticamente. Los Acuerdos de Oslo han tenido un resultado aún peor de lo que preveía Edward Said al caracterizarlos como el «Versalles palestino». Aunque pueda seguir sobre la mesa un estadito-bantustán, cualquier idea de una solución equitativa de dos Estados ha sido descartada, con la connivencia de la dirección de la OLP y su policía secreta, a cambio del enriquecimiento de la burocracia de esta organización mientras ve sufrir a su gente. Sería deseable abandonar la ficción de que la Autoridad Palestina es algo más que un complemento de las Fuerzas de Defensa israelíes que proporciona dignatarios a los que se puede pasear y exhibir como «buenos palestinos», y reconocer fríamente la realidad declarando a los palestinos ciudadanos sin derechos de un único Estado binacional. Lo que es evidente es que las esperanzas de quienes sacrificaron sus vidas en los vertiginosos días de la Primavera Árabe están lejos de cumplirse. Los aparatos represivos permanecen intactos y los gobiernos «islamistas moderados», cuyos hombres fuertes son Morsi y Ghannouchi, más que ofrecer algún tipo de paliativo socialdemócrata, se someten a la presión de Occidente recortando las subvenciones a los alimentos y combustibles. Las promesas de «justicia social» de los Hermanos Musulmanes siguen siendo deliberadamente vagas, mientras cortejan complacidos a los inversores extranjeros y Al Shater solicita a un banco, propiedad en parte de un hijo de Mubarak, que le organice reuniones con los financieros occidentales, mientras otros Hermanos destacados elogian la política económica de Mubarak¹⁴. Ambos partidos islamistas son conscientes de que sus victorias electorales fueron posibles gracias a las revueltas, a las que no se unieron hasta estar seguros de su éxito. La capacidad de las masas para derrocar a dos presidentes les ha dado fuerza y la concien-

¹⁴ Avi Asher-Schapiro, «The GOP Brotherhood of Egypt», Salon.com, 24 de enero de 2012.

cia alcanzada no se ha evaporado en ninguno de los dos países, lo que sigue siendo un obstáculo real para la aceleración o profundización de la política neoliberal de sus gobiernos. Una de las lecciones a extraer de los levantamientos en ambos países es que sin un instrumento político o sin la creación de nuevas instituciones desde abajo, la gente vota por lo que le parece la mejor oferta. En Egipto los Hermanos Musulmanes colaboraron con el régimen de Mubarak a la vez que se resistían a él. Aceptaban la zanahoria y también el palo, y los recuerdos de este último ayudaron a llevarlos al poder. Pero su futuro dependerá de su capacidad para hacer frente a la enorme crisis social que subyacía bajo las explosiones de 2011.

Bayat concluye sus reflexiones sobre los primeros resultados de la Primavera Árabe con algunos comentarios más generales sobre los medios posibles y deseables para un cambio social fundamental hoy día. En un brinco sorprendente, pasa a asociar el término «reforlución» —crear «un entorno más favorable para la consolidación de la democracia electoral»— con la idea de Raymond Williams de una «revolución larga». Tenemos ahí, escribe, «otra concepción del término “revolución”», y así es, pero no de un tipo que pueda complacer a los practicantes de la *reforlución* como ruta improvisada a la siguiente solución política. Para Williams, la revolución sería larga en su elaboración y aún más larga, quizá, en su cumplimiento, precisamente por el alcance y profundidad de la transformación que afronta; pero no sería gradual en el sentido que proponen los reformistas y eclécticos actuales. «La condición para el éxito de la revolución larga en cualquier sentido real es naturalmente una revolución corta», dejó escrito¹⁵. Puede suceder más pronto o más tarde en el proceso, pero es un momento ineludible. El marco conceptual de la revolución larga ofrecía un medio para resistir, en la teoría y en la práctica, la rebaja de las expectativas —un horizonte limitado a la consecución del sufragio universal, cierto nivel de vida, determinada edad para el fin de la escolarización— que de por sí resultaba un serio obstáculo para un genuino avance democrático, industrial y cultural, argumentaba. También sugirió la necesidad de verificar las condiciones reales de desarrollo y exigió identificar y contrarrestar las fuerzas —«las agencias del poder y el capital, del engaño y la desinformación, todas ellas con nombre»— que operan continuamente para bloquear o limitar cualquier avance¹⁶. El acomodo con ellas, como Bayat propone, no es ni puede ser una opción aceptable.

¹⁵ Raymond Williams, *Politics and Letters*, Londres, 1979, pp. 420-421.

¹⁶ Raymond Williams, *The Long Revolution*, Londres, 1961, pp. 12-13; y *Towards 2000*, Londres, 1983, p. 268.

PETER NOLAN

ARCHIPIÉLAGOS IMPERIALES

China, el colonialismo occidental y el Derecho del Mar

DESDE SEPTIEMBRE DE 2012 los medios de comunicación occidentales se han llenado de informes sobre la disputa a alto nivel entre China y Japón por un grupo de minúsculas islas deshabitadas, las Diaoyu (en chino) o las Senkaku (en japonés), en el extremo del mar de China Meridional. Los medios han hecho frecuentes referencias a las reclamaciones territoriales de Pekín sobre ellas, mayoritariamente consideradas parte de un modelo de «conducta de acoso» en la región; algunos comentaristas han sugerido que la disputa incluso puede desencadenar una nueva Guerra del Peloponeso en el Pacífico¹. El territorio en cuestión tiene importancia histórica y estratégica, y bien pudiera poseer importantes recursos naturales a los que la RPch tendría acceso si sus reclamaciones tuvieran éxito. Sin embargo, los recursos del mar de China Meridional necesitan considerarse en relación con los obtenidos por Estados Unidos y los antiguos poderes coloniales europeos por medio de la promulgación de la Convención de Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (CDM).

La Convención fue firmada en 1982, después de nueve años de negociaciones, y estableció un marco legal para regular todos los usos de los océanos del mundo. El interés internacional por los derechos de propiedad en los océanos se había intensificado a partir de la década de 1970, a medida que aumentaban las preocupaciones por el percibido declive de las reservas de recursos no renovables, siendo el más evidente el rápido descenso de las especies marinas². El progreso técnico también había

¹ Véase por ejemplo, Graham Allison, «Thucydides's trap has been sprung in the Pacific», *Financial Times*, 21 de agosto de 2012.

² Callum Roberts, *The Unnatural History of the Sea*, Washington DC., 2007.

abierto la posibilidad de un considerable aumento de la extracción de combustibles fósiles en zonas profundas y climatológicamente complicado. Antes de la CDM, los Estados marítimos tenían soberanía sobre sus aguas territoriales, que llegaban a una distancia de 22 kilómetros (12 millas náuticas) de la costa. Se desarrollaron muchas disputas sobre el grado y la naturaleza de estos derechos más allá del límite de las 12 millas. La CDM produjo un cambio revolucionario en el derecho del mar al permitir que los Estados establecieran una nueva zona de recursos llamada «zona económica exclusiva» (ZEE), adyacente a su mar territorial, y que alcanza las 200 millas náuticas a partir de las líneas de base desde las que se mide el mar territorial³. Dentro de la ZEE, los Estados costeros tienen derechos soberanos para explorar y explotar los recursos naturales de las aguas inmediatamente superiores al lecho marino, así como los del propio lecho marino y su subsuelo; también tienen derecho a otras formas de explotación de la zona, como la producción de energía a partir de las aguas, las corrientes y los vientos.

En 2011, 161 Estados individuales y la Unión Europea eran partes de la CDM. Una vez que un Estado se convierte en parte de esa Convención, tiene la obligación de hacer que sus reclamaciones marítimas y sus leyes nacionales estén en conformidad con ella. La disputa sobre el mar de China Meridional gira principalmente en torno al alcance de la zona económica exclusiva reclamada por la RPCh comparada con la de otros países con las que se encuentra en conflicto. Cinco de las partes implicadas –China, Malasia, Indonesia, Filipinas y Vietnam– habían ratificado la CDM en 1996. (El otro litigante, Taiwán, no pudo hacerlo, ya que no es miembro de Naciones Unidas, pero puso su propia legislación interna en consonancia con la Convención). Sin embargo, aunque la compleja contienda entre China y sus vecinos sobre los recursos marítimos ha dominado los debates occidentales, el colosal recurso del que se han apropiado anteriores poderes coloniales, y que ha sido facilitado por la CDM, ha escapado casi por completo a la atención internacional.

Una parte decisivamente importante de la CDM es la cláusula que establece que las islas tienen los mismos derechos marítimos que el territorio terrestre, asignándolas una ZEE de 200 millas náuticas (370 kilómetros). Aunque los imperios coloniales fueron mayormente

³ En determinadas circunstancias la ZEE de un país puede extenderse más allá de este límite.

desmantelados entre finales de la década de 1940 y comienzos de la de 1980, sus anteriores dueños han conservado el control administrativo sobre «unos cuantos remanentes desperdigados» que incluyen numerosas islas pequeñas, bien como colonias formales o recurriendo a otras formas. De modo característico, tienen una pequeña extensión terrestre –algunas veces de solo unos cuantos kilómetros– y por lo general las poblaciones humanas son minúsculas o inexistentes. Poca gente en sus respectivas metrópolis ni siquiera conocen estos remotos territorios; ¿cuántos británicos pueden señalar en un mapa el «Territorio Británico del océano Índico»? ¿cuántos ciudadanos franceses podrían localizar las Islas Kerguelen o cuántos estadounidenses identificar la Marianas del Norte? Algunas de estas islas son exóticos destinos turísticos o reservas de vida salvaje, otras albergan estaciones de investigación científica; muchas están consideradas como excéntricos anacronismos⁴. Sin embargo, estos «desperdigados remanentes» del viejo imperio colonial resultan ser mucho más importantes de lo que la mayoría de la gente se cree. Estos distantes territorios tienen a menudo una inmensa importancia estratégica, muchos de ellos albergan bases navales y aéreas de Estados Unidos, así como instalaciones de reconocimiento. Con la CDM, también se han vuelto importantes para la asignación de derechos de propiedad legalmente exigibles sobre los recursos naturales del mundo. Muchos de estos territorios están formados por grupos de pequeñas islas dispersas sobre grandes extensiones del océano, lo que permite que las potencias que las controlan reclamen la autoridad exclusiva sobre el acceso a los recursos dentro de su amplia zona económica propia. Esta autoridad está frecuentemente impuesta por sus respectivas fuerzas armadas, incluyendo la gigantesca guardia costera y la flota naval de Estados Unidos.

Gracias a las islas que poseen, las ZEE de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia dominan enormes extensiones de los océanos Pacífico, Índico y Atlántico Sur: los tres, junto a Australia, Nueva Zelanda y Rusia, son los seis países con las zonas económicas exclusivas más grandes. Todos ellos son países desarrollados que fueron anteriormente potencias coloniales, con una población principalmente blanca. Su población total es de 604 millones, comparada con los 1,338 millones de China. Cada uno de ellos estableció la base territorial de sus vastas ZEE de ultramar

⁴ Véase por ejemplo, Simon Winchester, *Outposts: Journeys to the Surviving Relics of the British Empire*, Londres, 1985.

durante la era colonial, desde el siglo xv hasta mediados del siglo xx. Sus ZEE totales representan 54 millones de kilómetros cuadrados, de los cuales casi tres cuartas partes (39 millones de kilómetros cuadrados) están separados de sus territorios de origen. De hecho, las ZEE de ultramar de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña exceden ampliamente a las de sus territorios de origen (Cuadro I). Además, la misma existencia del «territorio de origen» de Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda se debe a asentamiento de colonos blancos europeos que, contundente y a menudo violentamente, privaron a los pueblos indígenas de sus recursos.

CUADRO I: ZONAS ECONÓMICAS EXCLUSIVAS, PAÍSES SELECCIONADOS
(MILES DE KILÓMETROS CUADRADOS)

	Territorio continental	Territorio de ultramar	Territorio de ultramar como % de la ZEE total	Total
EEUU	2.450 ⁽ⁱ⁾	9.786	(80)	12.236
Francia	335	10.700	(97)	11.035
Australia	6.633	2.611	(29)	8.974
Rusia	1.400 ⁽ⁱⁱ⁾	6.696 ⁽ⁱⁱⁱ⁾	(83)	8.096
Gran Bretaña	774	6.031	(89)	6.805
Nueva Zelanda	3.423	3.273	(49)	6.696
China ^(iv)	c. 900 ^(v)	< 2.000		< 3.000

Fuente: Pew Trust, 2012.

⁽ⁱ⁾ Los cuarenta y ocho estados continentales excluyendo a Alaska, Hawái y otras islas mar adentro; ⁽ⁱⁱ⁾ Rusia europea; ⁽ⁱⁱⁱ⁾ Pacífico y Siberia; ^(iv) Estas son cifras máximas aproximadas; el cálculo exacto de las ZEE de China es extremadamente complicado. Una gran parte de las reclamaciones de la rcph en el mar de China Meridional están impugnadas por otros países que limitan con él. ^(v) ZEE no disputada.

China solamente tiene alrededor de 900.000 kilómetros cuadrados de zona económica exclusiva, no impugnadas, adyacente al territorio continental, el tamaño de una de las ZEE de ultramar más pequeñas de Estados Unidos, Francia o Gran Bretaña. Hay otra zona, probablemente de menos de dos millones de kilómetros cuadrados de ZEE, que Pekín reclama en el mar de China Meridional⁵. Incluso si triunfa en todos los litigios, su

⁵ La reclamación china sobre una ZEE en el mar de China Meridional se refiere a las áreas alrededor de las «islas» en el mar en vez de a todo el mar. El número de ellas que son simples «rocas» más que «islas» es muy controvertido; solamente las

ZEE total no es probable que supere los tres millones de kilómetros cuadrados. Aparte de sus reclamaciones en el mar de China Meridional, que están fuertemente impugnadas por los países de la región y la adyacente isla de Taiwán, China no tiene islas de ultramar sobre las que reclame la soberanía. En marcado contraste con las potencias europeas y sus descendencias coloniales, China no buscó construir un imperio de ultramar. Esta diferencia ha tenido profundas consecuencias para la distribución global de los derechos de propiedad nacional sobre los recursos del océano, especialmente bajo la CDM.

Las islas de Whitehall

En el caso de Gran Bretaña, la ZEE asignada a sus territorios de ultramar representa más de seis millones de kilómetros cuadrados, lo que supone ocho veces la zona exclusiva alrededor de la propia Gran Bretaña (Cuadro II). La mayor concentración de ZEE británicas de ultramar se encuentra en el Atlántico Sur, con un área total de 3,6 millones de kilómetros cuadrados. Londres reclamó por primera vez la soberanía sobre las islas Falkland/Malvinas en 1765, y el capitán Hook se apoderó de Georgia del Sur y las islas Sandwich en 1775. Cuando Thatcher entró en guerra con Argentina en 1982, había mucho más en juego que los 16.000 kilómetros cuadrados de tierra azotada por el viento de estos tres grupos de islas: la zona económica exclusiva de las Malvinas, Georgia del Sur y las islas Sandwich representa 2 millones de kilómetros cuadrados, cerca de tres veces la extensión de la propia Gran Bretaña. Santa Elena, en cambio, quedó bajo el control de la Compañía de las Indias Orientales en 1659 –dos años antes, Cromwell había otorgado a la compañía un fuero para gobernar la isla– y más tarde pasó a ser una colonia británica. Isla Ascensión y Tristán de Acuña fueron colonizadas al final de las guerras napoleónicas. Estos tres territorios del Atlántico Sur tienen un área total de solo 417 kilómetros cuadrados y una población de 5.400 habitantes, el equivalente a un pueblo inglés de tamaño medio. Sin embargo, debido al hecho de que cada una de ellas está formada por numerosas islas ampliamente distribuidas, su ZEE total equivale a 1,64 millones de kilómetros cuadrados.

«islas» tienen derecho a una zona económica exclusiva. El área total del mar de China Meridional es de aproximadamente de 3,5 millones de kilómetros cuadrados. Si se excluyen las áreas de aguas costeras y de alta mar que no están en disputa, entonces el área que China finalmente reclama como su ZEE en el mar de China Meridional es probable que sea sustancialmente menor que el área total de todo el mar.

CUADRO II: LAS ZONAS ECONÓMICAS EXCLUSIVAS DE ULTRAMAR
DE GRAN BRETAÑA

	Área territorial (miles de km ²)	ZEE (miles de km ²)	Población	Fecha de ocupación por GB
GB	-	774	-	-
<i>Atlántico Sur</i>	16,5	3.643	8.580	
Islas Falkland /Malvinas ⁽ⁱ⁾	12,2	551	3.140	1765
Georgia del Sur e Islas Sandwich del Sur ⁽ⁱ⁾	3,9	1.450	30	1775
Santa Helena	0,12	445	4.255	1651
Isla Ascensión	0,09	442	880	1815
Tristán de Acuña	0,2	755	275	1815
<i>Caribe/Atlántico Norte</i>	1,1	903	210.429	
Anguilla	0,09	92	13.500	1650
Bermudas	0,05	450	64.268	1609
Islas Vírgenes Británicas	0,15	80	27.800	1670
Islas Caimán	0,26	119	54.878	1632
Montserrat	0,1	8	5.164	1678
Islas Turcas y Caicos	0,43	154	44.819	
<i>Océano Índico</i>	0,06	639	4.000	1810
Territorio británico del Océano Índico ⁽ⁱⁱ⁾	0,06	639	4.000	
<i>Océano Pacífico</i>	0,05	836	67	
Islas Pitcairn	0,05	836	67	1838

Fuente: Pew Trust, 2012.

⁽ⁱ⁾ En disputa con Argentina; ⁽ⁱⁱ⁾ En disputa con Islas Mauricio.

Gran Bretaña también retiene varios exóticos remanentes de su imperio de esclavos del siglo XVIII en el Caribe y el Atlántico Norte, incluyendo Anguila, Bermuda, las islas Vírgenes Británicas, islas Caimán, Montserrat y las islas Turcas y Caicos. Su extensión total es solamente de 1.093 kilómetros cuadrados y su población, de alrededor de 201.000 habitantes. Pero su ZEE es de 903.000 kilómetros cuadrados, aproximadamente igual que la ZEE china que no está en litigio. Por su parte, el Territorio Británico del océano Índico está formado por un grupo de islas muy dispersas, con una extensión terrestre total de solamente 60 kilómetros cuadrados, pero con una ZEE de 639.000. El pueblo chago habitó originalmente el cuerpo principal de islas, principalmente Diego García. Las

islas fueron registradas por Vasco da Gama en el siglo XVI y reclamadas en el XVIII por Francia, que estableció plantaciones de cocos utilizando esclavos africanos y trabajadores indios. En 1810 las islas fueron cedidas a Gran Bretaña como parte del territorio francés de Mauricio. En 1965 Gran Bretaña separó el archipiélago de Chagos de Mauricio para formar el Territorio Británico del océano Índico. La principal razón fue permitir a Gran Bretaña arrendar Diego García a Estados Unidos para que pudiera construir una base aérea en la isla. Los aproximadamente 2.000 habitantes nativos fueron trasladados a la fuerza a Mauricio y las Seychelles y la isla fue ocupada por los militares estadounidenses. La construcción de la base aérea empezó en 1971, incluyendo una pista de tres kilómetros capaz de recibir a bombarderos pesados como los B-52. La base fue utilizada en operaciones estadounidenses durante las guerras de Iraq de 1991 y 2003, y en la guerra de Afganistán que se arrastra desde 2001. La población actual está formada por unos 4.000 habitantes, de los cuales alrededor de 2.000 son personal militar estadounidense, mientras que el resto procede principalmente de Filipinas, trabajando para contratistas.

El principal territorio británico de ultramar en el océano Pacífico es el grupo de islas Pitcairn, Henderson, Oeno y Ducie. En 1790 las Pitcairn, fueron el refugio de los amotinados del *Bounty*. Se convirtieron en colonia británica en 1838, y en 1902 se incorporaron los otros tres grupos. La extensión total de todo el archipiélago es de cuarenta y siete kilómetros cuadrados, con una población de menos de setenta personas, el tamaño de un pequeño pueblo inglés. Sin embargo, debido a la amplia distribución espacial de las islas, su ZEE es de 836.000 kilómetros cuadrados, aproximadamente la misma que la ZEE reconocida de China.

Puestos outre-mer

Aunque la ZEE de Gran Bretaña es enorme, palidece en comparación con la de Francia. Las ZEE de ultramar de esta última, legado de su imperio colonial, tienen más de treinta veces el tamaño de la Francia metropolitana (Cuadro III). Sus antiguas colonias en el Caribe y en el Atlántico Norte, basadas en la utilización de esclavos para la producción de azúcar, tienen una zona económica exclusiva total de 903.000 kilómetros cuadrados; en el océano Índico, 2,58 millones, mientras que la ZEE francesa en el océano Pacífico representa no menos de 6,9 millones de kilómetros cuadrados.

CUADRO III: LAS ZONAS ECONÓMICAS EXCLUSIVAS DE ULTRAMAR DE FRANCIA

	Área territorial (miles de km ²)	ZEE (miles de km ²)	Población	Fecha de adquisición
Francia	-	335	-	-
<i>Océano Pacífico</i>	22,9	6.879	527.000	
Polinesia francesa	4,2	4.767	260.000	1842
Islas Clipperton	0,006	431	0	1711
Nueva Caledonia	18,5	1.423	252.000	1853
Wallis y Futuna	0,26	258	15.000	1837
<i>Océano Índico</i>	10,1	2.588	800.000	
Islas Crozet	0,35	574	0	1772
Islas Kerguelen	7,2	568	0	1772
Islas San Pablo y Ámsterdam	0,06	509	0	1843
<i>Islas desperdigadas en el Océano Índico</i>	-	352	-	<i>varias</i>
Islas Reunión	2,5	315	800.000	1638
Isla de Tromelin	insignificante	270	0	1810
<i>Caribe</i>	86,3	278	1.045.545	
Guayana francesa	83,5	134	236.250	1814
Guadalupe	1,6	96	405.500	1674
Martinica	1,1	48	403.795	1638

Fuente: Pew Trust, 2012.

La Polinesia francesa contiene varios grupos de islas, con una extensión total de 4.167 kilómetros cuadrados y una población de 260.000 habitantes, equivalentes a una ciudad francesa de tamaño medio. Sin embargo, sus 130 islas están desperdigadas en un área de 2,5 millones de kilómetros cuadrados de océano, y sus ZEE totalizan 4,8 millones de kilómetros cuadrados. Hasta 2007, la isla de Clipperton estuvo administrada conjuntamente con la Polinesia francesa. Está formada por un único atolón de coral deshabitado en el océano Pacífico Oriental, con una extensión total de solo 6 kilómetros cuadrados; sin embargo, la ZEE francesa a cuenta de este territorio es de 431.000 kilómetros cuadrados. Nueva Caledonia, en el suroeste del Pacífico, se convirtió en colonia francesa en 1853. El archipiélago, con una población de 252.000 habitantes, está ampliamente desperdigado por el océano; tiene una extensión total de 18.500 kilómetros cuadrados, pero su zona económica exclusiva es de 1,4 millones de kilómetros cuadrados.

Los territorios franceses en el océano Índico incluyen los deshabitados archipiélagos subantárticos de Crozet y Kerguelen, que en conjunto tienen una extensión de 7.500 kilómetros cuadrados, pero que suponen una ZEE de 1,1 millones de kilómetros cuadrados. Entre las «Terres Australes et Antarctiques» también se encuentran las minúsculas y deshabitadas islas de Ámsterdam y San Pablo, que tienen una extensión total de solo 61 kilómetros cuadrados; sin embargo, su ZEE es de 509.000 kilómetros cuadrados. El territorio subtropical francés de Reunión tiene, por su parte, una extensión de 2.512 kilómetros cuadrados y una población de 800.000 habitantes. Siendo su ZEE de 315.000 kilómetros cuadrados. En el océano Índico Meridional, la isla de Tromelin está formada por un «largo banco de arena» de 1,7 kilómetros de longitud y menos de un kilómetro de ancho. Sin embargo, tiene una ZEE de 270.000 kilómetros cuadrados.

Un imperio de bases

Estados Unidos decidió no firmar la Convención del Derecho del Mar, pero reconoció formalmente la legalidad de las ZEE. Un año después de que la CDM entrara en vigor, Reagan proclamó formalmente la ZEE de Estados Unidos. Es la mayor de todos los Estados con amplia diferencia, y abarca más de 12 millones de kilómetros cuadrados, una quinta parte más grande que el área terrestre de Estados Unidos; según un experto en derecho, «la proclama de Reagan puede describirse como la mayor adquisición de territorio en la historia de Estados Unidos»⁶.

Los cuarenta y ocho estados continentales estadounidenses tienen una ZEE total de 2,45 millones de kilómetros cuadrados. El territorio fue adquirido a través de la larga ampliación de la frontera occidental, principalmente mediante la acción militar. Los trece estados originales en el momento de la independencia nacieron por medio de expropiaciones por parte de los colonizadores de las tierras ocupadas por los nativos americanos. La compra de Luisiana en 1803 transfirió a propiedad estadounidense una vasta extensión de las posesiones coloniales francesas, que iban desde Luisiana hasta Montana y Dakota del Norte. La guerra con México de 1846-1848 finalizó con la apropiación de los territorios de Nuevo México, Utah, Arizona, Nevada y partes de Colorado, California y Texas. En 1890, la masacre de nativos

⁶ Donald Woodworth, «The Exclusive Economic Zone and the United States Insular Areas: A Case for Shared Sovereignty», *Ocean Development and International Law*, vol. XXV, núm.4, 1994, p. 366.

americanos en Wounded Knee puso fin a la construcción del Estado-nación continental, proporcionando a Estados Unidos largas costas que miraban al Atlántico, al Pacífico y al Golfo de México. Ese año, la Oficina del Censo estadounidense declaró oficialmente completada la frontera.

Además de las ZEE de estos cuarenta y ocho estados, Estados Unidos tiene otros 9,6 millones de kilómetros cuadrados de ZEE en el océano Pacífico. Esto procede de varias fuentes diferentes de adquisición de territorios. El componente más grande es el Estado de Alaska y la cadena de las islas Aleutianas, que la Rusia imperial colonizó en el siglo XVIII. En 1867 el gobierno estadounidense compró este gran territorio a Rusia por 7,2 millones de dólares. La ZEE total de Alaska es de 3,8 millones de kilómetros cuadrados, de nuevo casi la mitad de la de los cuarenta y ocho estados continentales. La cadena de las Aleutianas tiene 1.900 kilómetros de longitud, se extiende por el océano Pacífico desde el extremo suroeste de Alaska hacia la península rusa de Kamchatka. Tiene una población de poco más de 4.000 habitantes, y su ZEE representa alrededor de un tercio de la zona exclusiva de Alaska.

Aparte de Alaska y la cadena de las islas Aleutianas, la zona exclusiva total de Estados Unidos en sus territorios insulares del Pacífico supone 5,8 millones de kilómetros cuadrados. Dentro de este total, apenas 90 kilómetros cuadrados de área terrestre de islas deshabitadas representan una zona económica exclusiva de 1,95 millones de kilómetros cuadrados. La mayor parte de este total lo aportan territorios anexionados en 1856 bajo la Ley de Islas Guaneras. A finales del siglo XIX y comienzos del XX, el guano era una valiosa fuente de fertilizantes agrícolas, y también podía utilizarse para fabricar salitre para pólvora. Washington todavía posee la mayoría de los grupos adquiridos mediante la Ley que incluye las islas Howland y Baker, la isla de Jarvis, el atolón Johnston, el atolón Palmyra y Kingman Reef. Son poco más que rocas y no tienen habitantes humanos permanentes. Su extensión conjunta es de solo 87 kilómetros cuadrados. Sin embargo, debido a su dispersión por el océano, tienen una zona económica exclusiva de 1,55 millones de kilómetros cuadrados, casi tan grande como la de las costas este y oeste en conjunto, y considerablemente mayor que la de la ZEE china reconocida (ver Cuadro 4).

CUADRO 4: ZONAS ECONÓMICAS EXCLUSIVAS DE ULTRAMAR DE ESTADOS UNIDOS

	Área territorial (miles de km ²)	ZEE (miles de km ²)	Población	Fecha de adquisición
<i>48 Estados continentales</i>	-	2.450	-	-
Costa Este	-	916	-	-
Golfo de México	-	708	-	-
Costa Oeste	-	826	-	-
<i>Alaska</i>	1,518	3.770	723.000	1867
<i>Puerto Rico</i>	9,1	178	3.700.000	1898
<i>Islas del Pacífico</i>	29,6	5.804	5.521.000	-
Hawái	28,3	2.475	1.375.000	1898
Guam	0,54	222	159.000	1898
Samoa Americana	0,2	404	60.000	1904
Marianas del Norte	0,46	749	77.000	1944
Islas sin habitantes permanente	0,09	1954		
<i>Incl. Islas Guano del Pacífico (i)</i>	0,09	1.574	0	1856-58
<i>Isla de Wake (ii)</i>	0,003	407	0	1899

Fuente: Pew Trust, 2012.

⁽ⁱ⁾ Islas reclamadas bajo la Ley de Islas Guaneras de 1856: islas Howland y Baker, isla Jarvis, atolón de Johnston, atolón de Palmyra y Kingman Reef; ⁽ⁱⁱ⁾ La isla de Wake no tiene habitantes civiles permanentes, pero se calcula que hay 150 militares estadounidenses en ella.

En la década de 1890 Estados Unidos estaba dirigiendo su atención a la expansión en ultramar. Un editorial del *The Washington Post* en vísperas de la guerra contra España señalaba la aparición de «un nuevo apetito, de anhelo por mostrar nuestra fortaleza [...]. La ambición, el interés, el hambre por tierras, el orgullo, la simple ilusión de la lucha, sea lo que sea, están animadas por una nueva sensación. El sabor del imperio está en boca del pueblo igual que el sabor de la sangre en la jungla»⁷. Como consecuencia de la victoria contra España en 1898, Estados Unidos no

⁷ Citado en Howard Zinn, *A People's History of the United States, 1492-Present*, Nueva York, 1999, p. 299.

solo obtuvo el control efectivo de Cuba y Puerto Rico, sino también de una cadena de territorios, incluyendo Filipinas y las islas Guam y Wake; estas dos últimas siguen siendo territorios estadounidenses en la actualidad. Hawái fue un reino independiente desde 1801 hasta 1893, cuando un grupo formado principalmente por empresarios estadounidenses derrocó a la monarquía. Después de un breve periodo como república, Hawái fue anexionado a Estados Unidos en 1898, y admitido en la Unión en 1959. Guam y Hawái son partes clave del poder militar estadounidense en el océano Pacífico, que es con mucha diferencia el componente más grande en la estructura militar global del país. Pearl Harbor sigue siendo el cuartel general de la flota del Pacífico.

En su discurso de noviembre de 2011 ante el Parlamento australiano, Obama proclamó que «Estados Unidos ha sido y siempre será una nación del Pacífico»; al mismo tiempo, su secretaria de Estado declaraba que este sería el «siglo del Pacífico estadounidense»⁸. La isla de Okinawa ocupa un lugar especialmente prominente en la posición estratégica de Washington en el Pacífico. Situada a poco más de 640 kilómetros de la costa de la provincia china de Fujian y a 1280 kilómetros de Tokio, Okinawa es la mayor de las islas Ryukyu/Liuqiu. Estas son las islas estratégicamente más importantes de todos los grupos de pequeñas islas que hay en el mundo, extendiéndose más de 700 millas al sureste del Japón continental hacia el mar de China Oriental y terminando en las islas Diaoyu/Senkaku. Durante siglos, Ryukyu/Liuqiu fue un minúsculo reino independiente habitado por comerciantes marítimos con una cultura en gran medida más influenciada por la tradición china que por la japonesa. En 1879 fue incorporada por la fuerza a Japón como la Prefectura de Okinawa. Después de la Segunda Guerra Mundial, las tropas estadounidenses ocuparon Okinawa y en 1951 el Tratado de San Francisco dio a Estados Unidos «todos los poderes de administración, legislación y jurisdicción» sobre el territorio, «incluyendo a sus habitantes y sus aguas territoriales». Estados Unidos construyó enormes instalaciones militares en Okinawa, utilizándola como una base clave tanto en la Guerra de Corea como en la de Vietnam. En 1972 las islas Ryukyu/Liuqiu, incluyendo las islas de Okinawa y Diaoyu, fueron «devueltas» a Japón. Pero la presencia militar estadounidense en Okinawa continuó creciendo: actualmente la isla tiene

⁸ «Remarks By President Obama to the Australian Parliament», 17 de noviembre de 2011; Hillary Clinton, «America's Pacific Century», *Foreign Affairs*, noviembre de 2011.

alrededor de 25.000 personas de las fuerzas armadas, aproximadamente la mitad del número total de tropas estadounidenses en Japón.

El estatus de la isla como una «virtual colonia estadounidense» ha sido un gran punto de disputa en Okinawa así como en el Japón continental. En 1995, el secretario de Defensa estadounidense, Joseph Nye, habló de una política de «profundo compromiso» con la región de Asia-Pacífico, considerada necesaria sobre la base de que «hay poderes en ascenso que crean inestabilidad en el sistema internacional de Estados»: una «base adelantada de tropas asegura a Estados Unidos un asiento en la mesa sobre los asuntos asiáticos» y «nos permite responder rápidamente para proteger nuestros intereses, no solo en Asia, sino también en el golfo Pérsico». Para el previsible futuro, Japón y la base de Okinawa serán la «piedra angular de nuestra estrategia de seguridad en toda la región»⁹. El gobernador de Okinawa señaló que Nye hablaba de la isla como si fuera territorio estadounidense.

Las adquisiciones estadounidenses de las Islas Marianas y la Samoa Americana se produjeron de maneras diferentes. Las Marianas, que se extienden de norte a sur a poco más de 2.400 kilómetros este de las Filipinas, fueron anexionadas por España en 1565; Guam es la más meridional de la cadena. Las Marianas septentrionales, fueron vendidas a Alemania en 1899 y, luego, «adjudicadas» a Japón por la Liga de las Naciones después de la Primera Guerra Mundial. Después de la derrota japonesa en 1945, las islas fueron puestas bajo la tutela estadounidense y en 1976 la Commonwealth de las Islas Marianas del Norte (CNMI) fue formalmente integrada en una unión política con Estados Unidos. La Samoa Americana está en el Pacífico Sur, al noreste de Nueva Zelanda. A finales del siglo XIX el puerto de Pago Pago se había convertido en una regular estación de aprovisionamiento para los barcos que utilizaban carbón. La Convención Tripartita de 1899 entre Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos dividió Samoa en dos partes: Alemania tomó el control de las islas occidentales y Estados Unidos de las orientales, incluyendo Pago Pago; es actualmente territorio estadounidense.

⁹ Joseph Nye, «East Asian Security: The case for deep engagement», *Foreign Affairs*, julio-agosto de 1995; véase también, US Department of Defense, *United States Security Strategy in the East Asia-Pacific Region*, 27 de febrero de 1995.

Australia, Nueva Zelanda, Rusia

Tanto Australia como Nueva Zelanda se beneficiaron mucho de la CDM, ya que sus territorios centrales poseen una larga costa marítima; solamente a cuenta de este hecho cada uno de ellos tiene una ZEE excepcionalmente grande. Gran Bretaña, originalmente, hizo una reclamación sobre Australia Oriental en 1770, que en 1829 se amplió a todo el conjunto. Nueva Zelanda fue reclamada por James Cook en 1769 y anexionada a Gran Bretaña en 1840. En ambos casos había una población indígena relativamente grande que fue brutalmente tratada por las autoridades y los colonos británicos. Sin embargo, los legados de Australia y Nueva Zelanda coloniales llegan a sus posesiones de ultramar, muy alejadas de sus respectivos territorios principales. Estos grupos de islas en los océanos Pacífico e Índico meridionales fueron adquiridos por los británicos en la era colonial; en el caso de islas habitadas, el modelo de tratamiento de los pueblos indígenas se repitió una vez más. Cada uno de los grupos de islas en cuestión tiene una pequeña área terrestre, pero cada grupo se extiende sobre una amplia zona del océano dando lugar a considerables ZEE.

Australia tiene dos grupos de territorios insulares de ultramar, uno en el Pacífico y otro en el océano Índico; ambos fueron anexionados por Gran Bretaña y posteriormente transferidos a la Commonwealth de Australia (Cuadro 5). Los territorios en el océano Índico incluyen la isla de Navidad, las islas Cocos, y las islas Heard y McDonald en el Antártico. Su área total es de 517 kilómetros cuadrados, con una población total de solamente 2.003 personas; su ZEE conjunta es de 1,1 millones de kilómetros cuadrados. Los territorios en el Pacífico de Australia incluyen las islas Lord Howe, Macquarie y Norfolk. Tienen una extensión conjunta de 178 kilómetros cuadrados, y una población de 2.649 habitantes, con una ZEE de 1,5 millones de kilómetros cuadrados. Los territorios de ultramar australianos tienen un área total de 695 kilómetros cuadrados y una población de 4.652, equivalente a un pueblo del interior australiano. Sin embargo, su ZEE conjunta es de 2,6 millones de kilómetros cuadrados.

CUADRO 5: ZONAS ECONÓMICAS EXCLUSIVAS DE AUSTRALIA Y NUEVA ZELANDA

	Área territorial (miles de km ²)	ZEE (miles de km ²)	Población	Fecha de adquisición ⁽ⁱ⁾
Australia				
<i>Continente</i>	-	6.363	-	1771-1829
<i>Océano Índico</i>	0,52	1.161	2.003	-
Isla de Navidad	0,14	277	1.403	1788
Islas Cocos	0,01	467	600	1888
Islas Heard y McDonald	0,37	417	0	1910
<i>Pacífico Sur</i>	0,18	1.452	2.649	-
Isla de Lord Howe	0,02	543	347	1788
Isla de Macquarie	0,13	478	0	1810
Isla de Norfolk	0,04	431	2.302	1788
<i>Ultramar total</i>	0,7	2.613	4.652	-
Nueva Zelanda				
<i>Islas principales</i>	-	3.243	-	1789
Islas Cook	0,24	1.960	20.000	1888
Islas Kermadec	0,03	678	0	1788
Niue	0,26	316	1.400	1900
Tokelau	0,01	319	1.400	1877
<i>Pacífico Sur total</i>	0,54	3.273	22.800	-
<i>Total</i>		6.516		

Fuente: Pew Trust, 2012.

⁽ⁱ⁾ Fecha de adquisición por Gran Bretaña, posteriormente transferidas a Australia o a Nueva Zelanda.

La mayor extensión de ZEE de Nueva Zelanda son las islas Cook, en el Pacífico Sur que fueron parte del Imperio británico antes de ser transferidas a Nueva Zelanda. Están formadas por quince islas principales con una extensión total de apenas 240 kilómetros cuadrados y una población de 20.000 habitantes. Sin embargo, las islas están desperdigadas sobre 2,2 millones de kilómetros cuadrados de océano, y su ZEE total alcanza los dos millones de kilómetros cuadrados, el doble de la ZEE china que no está en litigio. Tres grupos de islas más del Pacífico Sur bajo la jurisdicción de Nueva Zelanda, las Kermadec, Tokelau y Niue, tienen una extensión total de solo 303 kilómetros cuadrados y una población de solamente 2.800 habitantes. Sin embargo, debido a su dispersión, sus ZEE conjuntas equivalen a 1,3 millones de kilómetros cuadrados.

Finalmente, el enorme tamaño del moderno Estado ruso se debe principalmente a su expansión colonial en Siberia a finales del siglo XVI y comienzos del XVII. El Imperio ruso alcanzó el océano Pacífico en 1639, y entre 1742 y 1867 aumentó para incluir Alaska. Después del colapso de la URSS, Rusia perdió muchas de las adquisiciones territoriales realizadas en el siglo XIX en Asia Central; sin embargo, mantuvo un firme control sobre sus vastos territorios siberianos. La costa rusa se extiende a lo largo de miles de millas por el Ártico, desde Murmansk en el oeste hasta el mar de Chukotka en el este, y baja por la costa del Pacífico hasta Vladivostok en el mar de Japón. La ZEE rusa en Europa es menor de una quinta parte de su ZEE total de 8 millones de kilómetros cuadrados; el núcleo principal de su zona exclusiva se debe a su conquista de Siberia, con las extensas costas del Ártico y del Pacífico contribuyendo con un total de 6,7 millones de kilómetros cuadrados de ZEE.

¿*Delicadas huellas?*

Una importante justificación del establecimiento por parte de la ONU del concepto de «zona económica exclusiva» fue el deseo de reducir el daño a los recursos naturales no renovables. Se esperaba que establecer claros derechos nacionales de propiedad sobre esos recursos transformaría las áreas en cuestión de «bienes comunes globales» de libre acceso en regiones de conservación. Sin embargo, la propia experiencia de Occidente en gestionar recursos dentro de estas áreas difícilmente ofrece un modelo adecuado. Las fases iniciales del colonialismo, en particular, tuvieron un profundo impacto negativo en la población animal del océano Pacífico. Los tres épicos viajes del capitán James Cook entre 1768 y 1780, realizados bajo las órdenes del almirantazgo británico y apoyados por la Royal Society, fueron un estímulo decisivamente importante para la intervención de Occidente en la región. En cada una de sus expediciones, Cook estuvo acompañado por científicos que proporcionaron un detallado registro de la vida salvaje que encontraron. Una de las consecuencias más llamativas y sorprendentes de las expediciones fue la superabundancia de vida salvaje que descubrieron en el gran océano Meridional, incluyendo grandes cantidades de pájaros, focas y ballenas.

Los detallados relatos en los diarios de Cook y los mapas que los acompañaron estimularon una oleada de explotación comercial en los mares del sur por barcos europeos y estadounidenses. Las focas se mataban por su valiosa piel y las ballenas, por su aceite. En la década de 1830, el lobo

marino estaba prácticamente extinguido en el océano Meridional. A continuación, el principal ataque se realizó contra la población de ballenas, que venían al sur en la temporada de crianza de verano. Estados Unidos estaba a la cabeza de la industria. En 1846, solamente Nueva Inglaterra tenía 735 balleneros, que conseguía un promedio de 100 ballenas muertas por viaje. La matanza continuó hasta que no quedó prácticamente nada que matar: «En un periodo de poco más de cincuenta años –aproximadamente entre las décadas de 1780 y 1840– estos pequeños barcos con sus políglotas tripulaciones [...] peinaron tan completamente estos vastos océanos helados que no se volvería a encontrar fácilmente ningún animal grande». En la década de 1880 la caza comercial de ballenas había sido abandonada en grandes áreas del océano Pacífico¹⁰.

El impacto sobre poblaciones humanas tuvo una magnitud comparable. Antes de la llegada de los colonialistas occidentales, la población indígena conjunta de Australia, Nueva Zelanda y las islas del Pacífico era relativamente pequeña; por ello, establecer el dominio colonial no presentó los mismos desafíos que en India, China o en los países que bordean el mar de China Meridional. No obstante, se produjeron numerosos conflictos entre los colonialistas occidentales y los pueblos indígenas, especialmente sobre la tierra. El más intenso fue en Nueva Zelanda entre 1843 y 1872, cuando unos 20.000 maoríes pudieron ser asesinados en una serie de brutales enfrentamientos con tropas británicas. Las fuerzas coloniales utilizaban con frecuencia tácticas de «tierra quemada», asolando los pueblos maoríes y destruyendo las cosechas. Aunque mucho más pequeños en escala, la guerra en Nueva Caledonia entre los colonialistas franceses y los habitantes indígenas fue igualmente sangrienta. Francia se anexionó el territorio en 1853, y surgieron violentos conflictos a medida que los colonos franceses intentaban expropiar la tierra de los habitantes nativos kanakas. En 1878 estalló una sublevación kanaka en toda regla, y las autoridades francesas respondieron con ataques sobre sus pueblos y cosechas.

Los pueblos indígenas del Pacífico fueron habitualmente tratados como infrahumanos, y a menudo asesinados sin escrúpulos. En el caso de Tasmania, la población de colonos –principalmente convictos– expulsó

¹⁰ Alan Moorehead, *The Fatal Impact: An account of the invasion of the South Pacific, 1767-1840*, Londres, 1968, pp. 242, 251-252. Un relato exhaustivo de la destrucción de las ballenas y de la población marina por los balleneros y flotas pesqueras occidentales en este periodo se encuentra en C. Roberts, *Unnatural History of the Sea*, cit., capítulos 7 («Whaling: The First Global Industry») y 8 («To the Ends of the Earth for Seals»).

a los pueblos indígenas de su tierra mediante una feroz caza del hombre. En 1830 Tasmania fue puesta bajo la ley marcial. Los aborígenes eran «constantemente cazados y perseguidos como gamos y, una vez capturados, eran deportados, individualmente o en grupo, a las islas del Estrecho de Bass»¹¹. En solo cinco años, solamente sobrevivieron entre 100 y 200 aborígenes de una población estimada en 5.000.

La propagación de enfermedades tuvo un impacto incluso más grave sobre la demografía de los territorios del Pacífico. Las enfermedades de transmisión sexual tuvieron un papel especialmente importante; desde finales del siglo XIX hasta finales del XX, el creciente número de cazadores de focas y ballenas y la navegación comercial trajo consigo una próspera industria del sexo, así como violentas agresiones sexuales a mujeres indígenas. Una combinación de enfermedades venéreas, tuberculosis, viruela y disentería fue la principal responsable de los grandes descensos de población en muchas de las islas del Pacífico, incluyendo Hawái, Tahití, islas Marquesas y la isla de Pascua. Antes de la llegada de Cook en 1778, la población de Hawái era de alrededor de un cuarto de millón de habitantes según cálculos conservadores y puede que fuera significativamente mayor. El impacto de enfermedades infecciosas produjo una catástrofe demográfica que redujo a la población indígena a solamente 30.000 en 1900¹². En el caso de Tahití, anexionada por Francia en 1843, se calcula que la población cayó desde 40.000 habitantes en la década de 1770 a solo 9.000 en la década de 1830, para acabar en 6.000 a finales del siglo XIX¹³. En las islas Marquesas, apropiadas por Francia en 1842, la población cayó desde los 70.000-80.000 habitantes a finales del siglo XVIII a alrededor de 4.000 en 1900. La población de la isla de Pascua se calcula que cayó desde 4.200 en 1860 a 500 en 1871¹⁴.

Por otra parte, la población indígena de Australia se calcula que cayó desde 200.000 en 1800 a 20.000 en 1900¹⁵. En Australia, los colonos blancos

¹¹ Citado en A. Moorehead, *The Fatal Impact*, cit., p. 213.

¹² A. O. Bushnell, *Gifts of Civilisation: Germs and Genocide in Hawaii*, Hawái, 1993. Cook fue asesinado por hawaianos a su regreso a la isla en 1779.

¹³ A. Moorehead, *The Fatal Impact*, cit., p. 117.

¹⁴ Nicholas Thomas, *Islanders: The Pacific in the Age of Empire*, Londres, 2010. El capítulo 2 proporciona un detallado relato de las devastaciones que las enfermedades sexuales desencadenaron en las Marquesas en el siglo XIX. El reclutamiento forzoso de la población de la isla de Pascua para trabajar en Perú también tuvo su papel en el catastrófico descenso de la población.

¹⁵ Richard Broome, *Aboriginal Australians: A History since 1788*, Sydney, 2010, p. 172.

también trajeron nuevas enfermedades, incluyendo las venéreas, ante las que los indígenas tenían poca inmunidad. Pero el catastrófico descenso fue causado en gran parte por el deterioro de la salud de la población indígena, resultado de la forzosa enajenación de sus tierras. La consecuencia de esto fue especialmente grave en el caso de cazadores y recolectores. Cuando Charles Darwin visitó Australia en 1836, escribió: «Allí donde ha pisado el europeo, la muerte parece perseguir al aborigen. Podemos mirar al amplio conjunto de las Américas, Polinesia, el cabo de Buena Esperanza y Australia y encontramos el mismo resultado»¹⁶.

Collar de perlas

A menudo se alega en la prensa occidental que Pekín tiene una larga estrategia de «cadena de perlas» para construir una sucesión de bases en ultramar en el sudeste asiático y en el océano Índico. Gran parte del análisis de la disputa sobre las islas Diaoyu/Senkaku también se ha centrado sobre la posibilidad de que pueda obtener el control de los recursos naturales en o bajo el mar de China Meridional. Sin embargo, la gran ampliación de las ZEE derivada de la expansión colonial de Occidente en y alrededor del océano Pacífico, y ratificada por la CDM, eclipsa por completo los territorios que están en litigio entre China y sus vecinos inmediatos en el mar de China Meridional (Cuadro 6).

CUADRO 6: ZEE EN EL OCEANO PACIFICO DE PAISES SELECCIONADOS

<i>País</i>	<i>ZEE (miles de km²)</i>
EEUU	9.574 ⁽ⁱ⁾
Francia	6.879
Gran Bretaña	836
Australia	3.500 ⁽ⁱⁱ⁾
Nueva Zelanda	6.696
Rusia	3.419
<i>Total</i>	30.904
China	900 ⁽ⁱⁱⁱ⁾

⁽ⁱ⁾ excluyendo la costa Oeste; ⁽ⁱⁱ⁾ incluyendo una cálculo aproximado de la ZEE de la costa australiana del Pacífico; ⁽ⁱⁱⁱ⁾ ZEE no disputada.

¹⁶ Citado en A. Moorehead, *The Fatal Impact*, cit., p. 212.

China ha existido como Estado unificado durante muchos cientos de años, con el océano Pacífico formando su patio «trasero». Desde los primeros tiempos de su historia, China tuvo la capacidad tecnológica y administrativa para invadir el sureste de Asia, así como los escasamente poblados territorios del Pacífico, incluyendo a la actual Australia, Nueva Zelanda y al resto de archipiélagos. Sin embargo, eligió no hacerlo. A finales del siglo XIX, las potencias occidentales habían convertido el océano Pacífico en su propio «patio trasero» y habían colonizado la mayoría de los territorios alrededor del mar de China Meridional, mientras que la propia China había sido reducida al estatus de mendigo. Su drástico cambio de posición estaba simbolizado por el diluvio de millones de empobrecidos emigrantes chinos para trabajar en las minas y plantaciones, principalmente de propiedad occidental, que había alrededor del mar de China Meridional y en las ampliamente desperdigadas islas del Pacífico.

La preocupación de Occidente por la implicación de Pekín en el mar de China Meridional contrasta marcadamente con la completa ausencia de discusión sobre las vastas zonas exclusivas de Occidente en la región, derivadas de la conquista colonial. La adquisición por parte de anteriores poderes imperiales del control sobre vastos territorios y recursos marítimos por medio de la CDM ha recibido una insignificante atención fuera de las publicaciones especializadas en derecho. Sin embargo, eclipsa por completo el área y los recursos que están en litigio en el mar de China Meridional. El contraste en el tratamiento de los dos temas es especialmente inquietante a la vista del discurso sobre una nueva «Guerra del Peloponeso» desencadenada por disputas sobre las islas Diaoyu/Senkaku. Es como si los medios de comunicación occidentales hubieran conseguido centrar las mentes de sus poblaciones en un ratón, mientras un enorme elefante pasa desapercibido a sus espaldas.

BENEDICT ANDERSON

LOS NO GALARDONADOS

Notas sobre el Premio Nobel de Literatura

LA DECISIÓN DE conceder el Premio Nobel de Literatura del 2012 al novelista chino Mo Yan plantea de nuevo el delicado tema de los patrones de distribución mundial de este galardón. En casi todos los países, por supuesto, la concesión de premios literarios ha estado típicamente contaminada por la política nacional, la formación de camarillas literarias, las convicciones religiosas, los prejuicios raciales, los dobles raseros y las ideologías del periodo. ¿Es esta la razón principal por la que, en 110 años de proclamación de ganadores del Nobel de Literatura, nunca ha habido un galardonado de algún país del sudeste asiático, mientras todas las demás regiones han tenido su turno?

La historia del premio puede dividirse en tres partes: la época de la dominación mundial por parte de las potencias de Europa Occidental, la Guerra Fría y la actual era de la globalización. Durante el primer periodo, entre 1901 y 1939, casi todos los premios fueron otorgados a escritores de Europa Occidental, clasificados en el siguiente orden: seis para Francia; cinco para Alemania, y tres para Suecia, Italia, Noruega y Estados Unidos, respectivamente. Reino Unido, España, Polonia, Irlanda y Dinamarca recibieron dos cada uno, y Bélgica, Finlandia, Rusia, Suiza e India (véase Cuadro 1) solo obtuvieron uno. El favoritismo regional, por lo tanto, estaba muy claro: los escandinavos recibieron la tercera parte de los premios. Pero entre ellos solo el noruego Knut Hamsun era un autor de talla mundial. Tagore, perteneciente a la India colonial, fue una rareza interesante, el único galardonado (1913) representante de una colonia, y la «estrella» solitaria de Asia hasta 1968, cuando lo obtuvo el japonés Kawabata. Los estadounidenses no empezaron a

ganar hasta la turbulenta década de 1930, dos de ellos después de la subida de Hitler al poder, y eran de un calibre bastante bajo. Al mismo tiempo, un importante país europeo fue espectacularmente discriminado: Rusia/URSS. Antes de la revolución de Lenin, la discriminación se basaba en su tradicional rivalidad con Suecia y el desprecio que este último país sentía hacia la Rusia imperial; después de 1919, el comunismo se convirtió en el factor clave. Característicamente, el único ganador ruso, Ivan Bunin, vivía exiliado en París. En los últimos años del zarismo, el anciano gigante Tolstoi no fue tenido en cuenta, quizá por su radical tendencia «anarquista», al igual que Chéjov y el poeta Alexander Blok. Más tarde, el gran dramaturgo Bulgakov, los poetas Mayakovski y Mandelstam y los novelistas Gorki, Andréiev y Zamiatin fueron pasados por alto.

El comité del Nobel está compuesto por cinco de los dieciocho miembros que forman la Academia Sueca, un organismo permanente, de creación real, cuyos miembros ocupan el cargo de manera vitalicia, con el deber principal de mejorar «la pureza, el vigor y la majestad» de la lengua sueca. El comité prepara una lista a partir de los candidatos presentados por importantes organismos académicos y literarios de todo el mundo, incluida la propia Academia y los laureados vivos, para que los dieciocho miembros elijan por mayoría en sesión plenaria. No sorprende, por lo tanto, que el gusto literario de la Academia fuese conservador. Sus miembros no tenían tiempo para los poetas surrealistas o grandes vanguardistas experimentales como Proust, Joyce, Musil, Brecht, Rilke, Cavafis, Benjamin, Roth (Joseph), Woolf, Lorca o el propio dramaturgo «escandaloso» de Suecia, August Strindberg¹. La dedicación testamentaria de Nobel al trabajo con una inclinación «ideal» o «idealista» descalificaba a algunos de ellos, y a otros como Ibsen o Zola, Hardy, Lawrence o Dreiser; y al mismo tiempo ayudaba a modelar uno de los géneros más mediocres de la literatura del siglo xx, los propios elogios oficiales del Nobel, con su insípido humanismo

¹ El sentimiento popular en Suecia se oponía directamente a la Academia, y en 1912 Strindberg recibió lo que acabó siendo conocido como el Antinobel, una cantidad de 50.000 coronas recolectadas en pequeñas aportaciones mediante el llamamiento público a honrar al dramaturgo, anarquista ardiente que en 1884 había elaborado un plan para asesinar al rey del país. El premio fue entregado por el líder socialdemócrata sueco Hjalmar Branting, tras una masiva procesión de trabajadores a la luz de las antorchas para celebrar el sesenta aniversario de Strindberg. (Véase *Strindberg's Letters*, vol. 2, editado y traducido al inglés por Michael Robinson, Londres, 1992, p. 790).

traducido en acumulaciones de clichés que llenarían de vergüenza las páginas literarias de cualquier periódico de provincias que se precie. Asimismo, hay que reconocer también que en aquellos años los conocimientos de lenguas extranjeras en el comité eran muy limitados, y las traducciones de obras literarias modernas escritas en lenguas no europeas, muy pocas. Este obstáculo estructural explica sin duda por qué China (Lu Hsün, por ejemplo, o Lu Ling) y Japón (Soseki, Akutagawa, Tanizaki) no eran candidatos posibles al Nobel.

La época de la Guerra Fría exhibió patrones muy distintos. Entre 1940 y 1943, los años decisivos de la Segunda Guerra Mundial, no se concedieron premios. Pero a partir de 1944, el comité se vio inevitablemente afectado por el hundimiento del imperialismo europeo y el enfrentamiento entre la Unión Soviética y Estados Unidos por la preeminencia mundial, que dividió a Europa en dos bloques hostiles. Las colonias podían pasarse por alto, pero los nuevos Estados-nación independientes, con asiento en la Asamblea General de Naciones Unidas, no. El orgullo de Europa por su superioridad cultural, en su nueva era de decadencia política y económica, sobre el «provinciano» Estados Unidos, provocó un gran aumento del deseo —especialmente en Londres y París— de traducción y publicación de textos literarios importantes de fuera de Europa. A su vez, la posición y la perspectiva de Suecia eran muy distintas a las de preguerra. El país se había mantenido neutral entre el Eje y las potencias aliadas, mientras que Dinamarca y Noruega fueron ocupadas por los ejércitos nazis, y esta neutralidad produjo el menosprecio de los Aliados, vencedores de 1945. Los horrores cometidos por el régimen de Hitler en nombre del racismo y de la superioridad aria debilitaron enormemente el prestigio del nacionalismo derechista (incluida la literatura de esa tendencia) en toda Europa. Durante la mayor parte de la Guerra Fría, Suecia rediseñó su neutralidad de modos nuevos. Desarrolló la sociedad socialdemócrata más avanzada del mundo e intentó presentarse como una tercera vía entre el despiadado capitalismo estadounidense y el despiadado socialismo de Estado soviético. Aproximarse a los países del «Tercer Mundo» era una buena forma de establecer la nueva reputación de Suecia como país moderadamente izquierdista, amante de la paz, especialmente fecundo en altos cargos para Naciones Unidas.

CUADRO I: *Distribución de los Premios Nobel de Literatura, 1901-2012*

<i>Núm. de laureados</i>	<i>País</i>	<i>Laureados</i>
1901-1939		
6	Francia	Prudhomme, Mistral, Rolland, France, Bergson
5	Alemania	Mommsen, Eucken, Heyse, Hauptmann, Mann
3	Suecia / Italia / Noruega / EEUU	Lagerlof, Heidenstam, Karlfeldt / Carducci, Deledda, Pirandello / Björnson, Hamsun, Undset / Lewis, O'Neill, Buck
2	Reino Unido / España / Polonia / Irlanda / Dinamarca	Kipling, Galsworthy / Echegaray, Benavente / Sienkiewicz, Reymont / Yeats, Shaw / Gjellerup, Pontoppidan
1	Bélgica / Finlandia / Rusia / Suiza / India	Maeterlinck / Sillanpää / Bunin / Spitteler / Tagore
1944-1991		
6	Francia	Gide, Mauriac, Camus, Perse, Sartre*, Simon
5	EEUU	Faulkner, Hemingway, Steinbeck, Bellow, Singer
4	Reino Unido / URSS	Eliot, Russell, Churchill, Golding / Pasternak, Shólojov, Solzhenitsin, Brodsky
3	Suecia / Alemania / España	Lagerkvist, Johnson, Martinson / Hesse, Sachs, Böll / Jiménez, Aleixandre, Cela
2	Italia / Chile / Grecia	Quasimodo, Montale / Mistral, Neruda / Seferis, Elytis
1	Polonia / Dinamarca / Irlanda / Islandia / Yugoslavia / Israel / Guatemala / Japón / Australia / Bulgaria / Colombia / Checoslovaquia / Nigeria / Egipto / México / Sudáfrica	Miłosz / Jensen / Beckett / Laxness / Andric / Agnon / Asturias / Kawabata / White / Canetti / García Márquez / Seifert / Soyinka / Mahfouz / Paz / Gordimer
1992-2012		
3	Reino Unido	Naipaul, Pinter, Lessing
2	Alemania / China	Grass, Müller / Gao, Mo
1	Santa Lucía / EEUU / Japón / Irlanda / Polonia / Italia / Portugal / Hungría / Sudáfrica / Austria / Turquía / Francia / Perú / Suecia	Walcott / Morrison / Oe / Heaney / Szymborska / Fo / Saramago / Kertész / Coetzee / Jelinek / Pamuk / Le Clézio / Vargas Llosa / Tranströmer

* Sartre, galardonado en 1964, rechazó el premio.

Entre 1944 y 1991 se concedieron cincuenta Premios Nobel de Literatura, y su distribución fue muy distinta de la de la época anterior. Entre 1901 y 1939 habían obtenido Premios Nobel quince países, mientras que durante la Guerra Fría los consiguieron veintiocho. Francia, con seis ganadores (aunque Sartre lo rechazó), seguía siendo el primero, pero por muy poco. Seguían Estados Unidos, con cinco; Reino Unido y la URSS, con cuatro cada uno; Suecia, Alemania y España, con tres; e Italia, Chile y Grecia, con dos. Polonia, Dinamarca, Irlanda, Islandia, Yugoslavia, Israel, Guatemala, Japón, Australia, Bulgaria, Colombia, Checoslovaquia, Nigeria, Egipto, México y Sudáfrica tenían un solo premio. En esta lista podemos ver que el bloque escandinavo de preguerra había disminuido drásticamente. Por otro lado, la mirada de Estocolmo abarcaba ahora hasta el este asiático, Oriente Próximo, Centroamérica y Sudamérica, África y Australia; solo el sudeste asiático seguía siendo invisible. La política del comité había experimentado cambios importantes. Lo primero que debe observarse es que discriminaba a los autores de derechas: Céline y Malraux en Francia, Borges en Argentina, Mario Vargas Llosa (al que no perdonaron hasta 2010), Evelyn Waugh y Anthony Powell, por ejemplo. La ridícula excepción fue Winston Churchill. Por otra parte, izquierdistas independientes como Sartre, e incluso comunistas como Neruda, no tenían problemas, siempre que no procediesen de la URSS o de la RPCh. Shólojov fue un caso aislado, inmediatamente después del deshielo relativo de los años de Jruschov: los otros tres rusos eran disidentes y/o exiliados.

El otro gran cambio fue la posición comparativa de las lenguas. En el mundo anterior a la guerra, alemán, francés e inglés eran las lenguas de prestigio en la vida real y en la «literatura mundial». Pero después de 1945 Alemania quedó dividida en dos, y la germanofobia estaba generalizada. El prestigio lingüístico de Francia entró en una lenta decadencia. El «inglés» en sus diversas formas estaba adquiriendo una abrumadora hegemonía mundial. Es asombroso que, aunque Francia siguiese siendo la receptora de más premios, ninguno de sus ganadores procediese del ex imperio francés de ultramar en Indochina, África Occidental, el Magreb o el Caribe. Por el contrario, a los dominios y a las excolonias de Reino Unido les fue muy bien: White, por Australia; Beckett y más tarde Heaney, por Irlanda; Soyinka, por Nigeria; Nadine Gordimer (y después Coetzee), por Sudáfrica y, finalmente, Derek Walcott, por las Antillas Británicas (Santa Lucía). Los escritores exiliados o migrados a Estados Unidos o Reino Unido también escribían en inglés: Miłosz, que

había huido a Occidente treinta años antes de recibir el Nobel; Brodsky; Canetti, que había dejado Bulgaria para trasladarse a Gran Bretaña a los seis años; etcétera. Una continuidad con la época anterior, sin embargo, fue que se pasaron por alto autores muy admirados hoy en día por los críticos de muchos países: por ejemplo, el japonés Abe Kobo, los rusos Nabokov y Ajmátova, el angloestadounidense Auden y el británico Graham Greene.

En los casi veinticinco años transcurridos desde el fin de la Guerra Fría observamos interesantes novedades. En primer lugar, el fin de la autoridad francesa (un premio), de la hegemonía estadounidense (un premio), del prestigio ruso (ningún premio). Un galardón han obtenido las Antillas anglófonas, Estados Unidos, Japón, Polonia, Italia, Portugal, Hungría, Sudáfrica, Austria, Turquía, Irlanda, Francia, Perú y... Suecia. Las excepciones vuelven a darse en Alemania (dos premios: Günter Grass y Herta Müller, aunque no Hans Magnus Enzensberger) y China (dos, con Mo Yan y Gao Xingjian, aunque el segundo, ganador en 2000, se había asentado en Francia a finales de la década de 1980). Reino Unido se sitúa a la cabeza, con tres premios, aunque de los ganadores británicos, solo Harold Pinter era nativo, mientras que V. S. Naipaul procede de las Antillas y Doris Lessing creció en Rodesia.

El único que falta

¿Y el sudeste asiático? Desde el punto de vista estructural, la región ha sido excepcionalmente variada: sin lengua dominante, ni unanimidad religiosa, ni potencia política hegemónica. En la época colonial, partes de la misma estuvieron dominadas por imperialistas británicos, franceses, holandeses, españoles, portugueses y estadounidenses. Gabriel García Márquez podía representar a una América Central y del Sur en gran parte católica y hablante de español; Walcott, al Caribe (ex británico); Tagore, al sur de Asia (ex británico); Naguib Mahfouz, al Oriente Próximo islámico; Wole Soyinka, a África (donde el imperialismo británico fue el más poderoso); y quizá Orhan Pamuk, a la Turquía de Europa. Pero ningún escritor del sudeste asiático podía contar con convertirse en símbolo de toda la región. Durante la Guerra Fría, la zona estuvo inusualmente desgarrada desde el punto de vista ideológico y militar. Casi todos sus países experimentaron largos periodos de conflicto armado entre comunistas y anticomunistas, que llevaron al establecimiento de dictaduras

de derechas o militares en Filipinas, Tailandia, Indonesia, Singapur y Birmania, y al triunfo del comunismo en tres países de Indochina.

También se ha producido una grave pérdida de una «gran lengua» en la región a lo largo del siglo xx. Estados Unidos se aseguró de que el español prácticamente desapareciese de Filipinas, Indonesia pronto abandonó el holandés, la Birmania militarizada se deshizo del inglés, e Indochina apartó el francés durante dos generaciones. El contraste con África es asombroso: la mayoría de los países de ese continente que fueron antiguas colonias conserva las lenguas imperiales como lenguas de Estado, a pesar de promover las lenguas locales como símbolo de nacionalismos particulares. Por esta razón, era improbable que los escritores del sudeste asiático dispusieran de aliados enérgicos en Europa, el hemisferio occidental o incluso el mundo islámico. Merece la pena señalar una última curiosidad: Indonesia, con creces, el mayor Estado-nación del sudeste asiático, fue colonizado por Holanda, la más pequeña y menos significativa de las potencias imperialistas europeas, con un idioma usado solo por sus propios ciudadanos. Peor, o mejor aún, Holanda nunca ha ganado un Premio Nobel, lo que la sitúa a la par que los otros perdedores permanentes en Europa: Albania y Rumanía (si asignamos Canetti a Bulgaria). De esa forma, La Haya no estaba en posición de presionar con fuerza a favor de Indonesia, aunque hubiese querido.

Podríamos haber esperado que las grandes potencias coloniales apoyasen a escritores de sus antiguas posesiones. Pero a París le interesaban más el África Occidental ex francesa, el Magreb ex francés y el Caribe todavía francés que el remoto Vietnam, que había derrotado a Francia en una larga y mortífera guerra de liberación. Estados Unidos, siempre con complejo de inferioridad cultural respecto a Europa, prefería contar como ganadores del Premio Nobel «estadounidenses» a exiliados cuyas credenciales literarias ya eran muy elevadas y que habían obtenido la ciudadanía estadounidense (el polaco Miłosz y el ruso Brodsky). Filipinas fue completamente olvidada y menospreciada, a pesar de que allí la lengua dominante era la «estadounidense». Londres tenía muchas otras opciones aparte de esta, debido al tamaño y a la difusión de su antiguo imperio –los múltiples ex dominios (Australia, Sudáfrica, Canadá, Nueva Zelanda) además de lugares como Nigeria, Ghana, India, el Caribe, Pakistán, etcétera –de modo que Malasia y Singapur, que conservaban el inglés como lengua oficial, no se consideraban importantes.

¿Y respecto a los efectos de la nacionalización lingüística en el sudeste asiático? Estas nacionalizaciones se efectuaron, en su mayoría, para alcanzar la solidaridad nacional, pero casi siempre la decisión respecto a cuál debería ser la lengua «nacional» tuvo el efecto de favorecer el poder de grupos lingüísticos, demográficos o políticos determinados. Los birmanos y los vietnamitas tenían en sus manos todas las cartas –enorme número de habitantes, densidad geográfica, educación superior, poder político– para que la decisión de nacionalizar el birmano y el vietnamita fuese «natural», aunque supusiese la marginación de muchos «grupos minoritarios». Bangkok no tenía ese dominio «natural», de modo que la imposición del «tai de Bangkok» solo podía alcanzarse por medios autoritarios. Al terminar la colonización estadounidense, el mayor grupo lingüístico de Filipinas hablaba varios dialectos de cebuano, pero el tagalo, hablado por los habitantes de la capital y de regiones circundantes, tuvo que imponerse mediante coerción, con distintos resultados. Se produjo una resistencia desde múltiples frentes, a favor del cebuano o el inglés estadounidense como lengua franca. En Malasia, también hubo que imponer a la fuerza el malayo de los malayos políticamente dominantes, pero a él se han resistido los chinos, los indios y los pueblos «norborneanos», que hablan lenguas de origen extranjero (China, India) o una lengua franca (inglés).

El único país que ha alcanzado una lengua nacional indiscutida y que es al mismo tiempo su lengua franca es Indonesia. Desde el punto de vista literario, es difícil encontrar un escritor indonesio importante que no use automáticamente este *bahasa Indonesia*, si bien con inflexiones locales. La lengua no favorece a ningún grupo específico. De ahí la variedad étnica del conjunto literario nacional: Kwee Tima Tjing (chino hokkien), Iwan Simatupang (toba batak), Chairil Anwar (minangkabau de Medan), Amir Hamzah (malayo), Pramoedya Ananta Toer (javanés), Eka Kurniawan (sundanés), Putu Widjaja (balinés), etcétera. Por mi limitada experiencia, creo que Indonesia es, desde el punto de vista literario, el país más creativo del sudeste asiático precisamente porque ha fusionado lengua franca e idioma nacional de manera no coercitiva. Por contraste, la imposición coercitiva (por parte de políticos ignorantes y burócratas) fomenta un absurdo neotradicionalismo, además de un rechazo hostil. De ahí que las minorías significativas prefieran escribir en inglés, con la intención de rechazar el neotradicionalismo, pero también de llegar a un público internacional quizá acogedor.

Pero cualquier nacionalización significa también aislamiento. Ninguna de las lenguas del sudeste asiático tiene aura transnacional. El sistema planetario se asegura de que el birmano, el vietnamita, el lao, el tai, el jemer, el tagalo e incluso el malayo sean solo para los «usuarios» locales. Incluso en el caso del *bahasa Indonesia* y el *bahasa Melayu*, parientes cercanos, los indonesios rara vez leen literatura en malayo –que tienden a considerar provinciana y anticuada, así como «étnica»– mientras que los malayos de Malasia tienden a considerar el «indonesio» de Indonesia una amalgama caótica de muchas lenguas. Por lo que no es probable que se dé una solidaridad de cara a Estocolmo. El aislamiento significa también que cualquier oportunidad de obtener el Premio Nobel exija la traducción a las «grandes lenguas» que los suecos puedan manejar. Pero las ignorantes y nacionalistas elites dominantes no leen por lo general buenas obras literarias, y rara vez piensan en formar traductores verdaderamente buenos. La traducción no se entiende como un arte, sino simplemente como una técnica. Una de las razones por la que grandes escritores latinoamericanos consiguen Premios Nobel es que hay un grupo de traductores profesionales bilingües (español-inglés) de primera clase, ampliamente respetados. El sudeste asiático, como región, y como grupo de países individuales, no tiene nada similar.

Contendientes

¿Ha habido algún posible candidato al Nobel en el sudeste asiático? No soy competente para decir algo decisivo a este respecto. El héroe nacional de Filipinas, José Rizal –con seguridad la mayor figura literaria producida por este país–, fue ejecutado por los españoles en 1896, cinco años antes de que empezasen a concederse Premios Nobel. Si hubiese vivido hasta los sesenta años, ¿habría tenido una oportunidad? Pienso que no, a pesar de escribir en una de las lenguas «importantes», porque ningún escritor seriamente antiimperialista de cualquier colonia era aceptable hasta después de la Segunda Guerra Mundial (los Premios Nobel solo se conceden a autores vivos). La maravillosa poesía mística islámica creada por el aristócrata malayo de Medan, Amig Hamzah, en la década de 1930 nunca habría sido tomada en serio en Estocolmo, y el poeta «se fue» enseguida, asesinado por «revolucionarios» criminales el año siguiente a la declaración de independencia de Indonesia. Su obra es excepcionalmente difícil de traducir, en buena medida por su inclinación religiosa, y –que yo sepa– nunca lo ha sido profesionalmente. Ni el Estado colonial holandés ni la República de Indonesia han hecho mucho

por reconocerlo. Pero es posible imaginar que, de haber sido bien traducidos al francés o al inglés, los poemas podrían, en principio, haber triunfado después de la Guerra Fría, si hubiera seguido vivo.

La última «posibilidad» es seguramente la de Pramoedya Ananta Toer, cuyo nombre empezó a ser presentado por sus defensores en Europa a partir de la década de 1980. Nadie va a negar que Pramoedya es probablemente el mayor prosista en *bahasa Indonesia*, con una extraordinaria producción de novelas, relatos cortos, obras teatrales y ensayos de crítica literaria en un periodo de cuarenta años, aproximadamente 1948-1988. Si alguien intentase explicar por qué el comité de Estocolmo lo pasó por alto repetidamente, podría ofrecer una serie de argumentos. Primero y ante todo, su actitud política como activista en la revolución independentista indonesia y, más tarde, izquierdista independiente que escribió siguiendo la línea del realismo socialista. A comienzos de la década de 1960, atacó con regularidad a otros escritores e intelectuales indonesios por su actitud reaccionaria en política y su apego a Occidente. Varios de sus escritos fueron rápidamente traducidos al chino, al ruso y a algunas lenguas menores de Europa Oriental y de miembros no rusos de la URSS. Pero aunque lo hubieran traducido al inglés, nunca habría sido aceptable para Estocolmo, en buena parte porque el Partido Comunista de Indonesia (en el que de hecho no militaba Pramoedya) era el mayor fuera del bloque comunista.

Podríamos pensar que las posibilidades de Pramoedya mejorarían en 1980, dado que había pasado los años 1966-1979 en el archipiélago de prisiones creado por la dictadura de Suharto tras la enorme masacre de comunistas y «comunistas» en 1965-1966. Más aún puesto que consiguió escribir las famosas novelas del *Cuarteto de Buru* durante sus años en el campo de concentración en la remota isla de Buru. De hecho, todas sus obras estuvieron prohibidas durante los treinta y dos años de gobierno de Suharto, e incluso hoy siguen técnicamente proscritas, aunque la prohibición solo se ha aplicado raramente. Pero, por lo que yo sé, nunca ha habido un galardonado con el Nobel que haya pasado tantos años en la cárcel (sin haber sido juzgado siquiera por delito alguno). También es probable que Pramoedya saliese desfavorecido por viejos amigos que decidieron apresurar una traducción del *Cuarteto de Buru* al inglés, esencialmente por razones políticas y de derechos humanos, encargándosela a un activista australiano que no era competente para la tarea. El estilo prosístico de Pramoedya es distinto al de cualquier otro

escritor indonesio, y su humor negro es especialmente difícil de verter al inglés. Asimismo, sus principales obras –la colección de relatos extraordinarios escrita a partir de la década de 1950– quedaron en gran parte sin traducir. Terminada la Guerra Fría, ganó un Premio Magsaysay (1995) y el gran Premio Fukuoka (2000), pero ambos fueron recibidos con implacable hostilidad por la clase dominante de Indonesia y muchos de los *littérateurs* e intelectuales anticomunistas de este país. Solo después de su muerte ha sido aceptado como el mayor escritor moderno del país. Demasiado tarde para Estocolmo...

Esta es una versión ampliada del «Prefacio» a Nor Faridah Abdul Manaf y Mo-hammad Quayum (eds.), *Imagined Communities Revisited: Critical Essays on Asia-Pacific Literatures and Cultures*, Kuala Lumpur, 2011.

SVEN LÜTTICKEN

EL *PERFORMANCE ART* DESPUÉS DE LA TELEVISIÓN

LA TELEVISIÓN ES vídeo, el vídeo es televisión; forman parte del mismo *dispositif* tecnológico. ¿Qué es un videoartista, sino un productor de televisión que no dispone de canal? Las características formales de buena parte del videoarte son difícilmente compatibles con el régimen dominante en la programación televisiva; el videoarte ha desarrollado sus propios modos de distribución, basados principalmente en cintas o DVD vendidos en ediciones limitadas. En la década de 1970, René Berger distinguió entre macrotelevisión (televisión emitida en abierto), mesotelevisión (cable local) y microtelevisión (vídeo); como máximo, algunos artistas conseguían infiltrarse y utilizar el nivel mesotelevisivo del cable local, cuyo potencial democrático nunca llegó a realizarse plenamente¹. Si bien en general no logró penetrar siquiera en este nivel, el mejor videoarte amplió la *lógica* de la televisión hasta tal punto que ilustró el potencial y los fallos del medio, su complejidad y sus contradicciones.

La televisión fue el primer medio de comunicación que transmitió un flujo potencialmente ininterrumpido de imágenes a la casa de los espectadores, penetrando en la vida cotidiana de manera mucho más profunda de lo que había conseguido el cine. Los formatos desarrollados para llenar este flujo también crearon nuevas formas de interpretación. En la década de 1960, la profecía pop de Andy Warhol, que todos tendríamos nuestros quince minutos de fama, articuló una transformación fundamental y al mismo tiempo ocultó su complejidad. Si resaltó el elemento

¹ René Berger, «Video and the Restructuring of Myth», en Douglas Davis y Allison Simmons (eds.), *The New Television: A Public/Private Art*, Cambridge (Ma), 1977, pp. 206-221.

de la *aceleración* –la fama se volvía efímera– no observó que el tiempo también se ha *dilatado* mediante la creación de lo que podríamos denominar «*performance general*», una interpretación que ya no está limitada por la duración convencional de las obras teatrales o las películas. Si la colección de «superestrellas» de Warhol profetizaba en muchos aspectos la aparición de nuevas formas de autoactuación, de los *realities* de tiempos recientes, con sus famosos desechables, la función de la *performance* [interpretación] en el arte de la década de 1960 fue más compleja de lo que sugieren las explicaciones excesivamente lineales sobre cooptación o apropiación de la vanguardia.

En la década de 1960, *performance art* no era aún un término común para denotar nuevas formas de arte en vivo. La nueva teatralidad se concebía de distintos modos: como *event*, como *happening* o, en Alemania, como *Aktion*. No obstante, al comienzo –en la obra de John Cage, por ejemplo– estaba la cuestión de la interpretación: *interpretación para televisión*. Las partituras de dos de las piezas de Cage, *Water Walk* y *Sounds of Venice*, ambas de 1959, están subtituladas «para intérprete solista de televisión». En 1960, *Water Walk* fue de hecho interpretada por el propio Cage en un popular concurso televisivo. Pero ¿cuáles son las propiedades específicas de un intérprete de televisión y de la interpretación en televisión? ¿Cómo se ha infiltrado la interpretación televisiva y modelado el arte desde comienzos de la década de 1960? ¿Y cómo intervienen el video y el *performance art* en la temporalidad de la televisión y en los nuevos modos televisivos de actuar?

Imagen en tiempo real

En contraste con la mayoría de los videoproyectos de Warhol en la década de 1970, *Water* (1971) no estaba pensado para la televisión, pero comparte una característica importante con esas otras obras: la importancia de la voz humana, de la conversación². Cuando productos de televisión experimentales realizados por Warhol, como *Phoney* o *Fight*, muestran a personas hablando por teléfono o discutiendo, el diálogo es claramente audible; por contraste, la conversación en *Water* consiste en comentarios intrascendentes y musitados fuera de pantalla; lo que se ve es un detalle del dispensador de agua de la oficina, en torno al cual supuestamente

² *Water* fue hecho para una presentación de Yoko Ono en el Everson Museum of Art de Syracuse, Nueva Jersey. En colaboración con George Maciunas, Ono invitó a diversos artistas a enviar obras basadas en el agua para efectuar *A Water Event*.

se han reunido los hablantes, quizá para conversar sobre los programas televisivos de la noche anterior. El refrigerador llena la pantalla y se convierte en su doble: una superficie de plástico con burbujas subiendo por detrás, funcionando como olas de luz puras, una especie de tiempo televisivo vacío y, sin embargo, extrañamente preñado. Las voces articulan este tiempo, si bien de manera informal, mediante un leve aumento o retroceso de la conversación. Pero en cuanto *videoperformance*, la conversación junto al dispensador de agua deja de ser un «descanso» para convertirse en una nueva forma de trabajo.

En su filosofía del vídeo, Mauricio Lazzarato afirma que «el capitalismo y sus tecnologías introducen el movimiento y el tiempo en las imágenes, y viceversa». Pero en contraste con Gilles Deleuze, no considera que el cine sea el principal agente tecnológico liberador del «flujo del devenir» respecto a la representación occidental tradicional. El cine y la fotografía son máquinas que cristalizan el tiempo: la fotografía lo hace congelándolo, mientras que el cine crea una ilusión de movimiento; solo el vídeo capta el movimiento en sí mismo, al transmitir las vibraciones de la luz. El cine sigue demasiado cercano a un modelo de representación basado en la impresión en un medio, mientras que las imágenes de vídeo no son representaciones o reproducciones de la realidad, sino oscilaciones de luz, contracciones y expansiones de las ondas lumínicas y, por consiguiente del tiempo en sí. Para el linaje filosófico bergsoniano, la materia consiste ya en luz en el tiempo; no se trata tanto de que el cerebro perciba la materia y la transforme en representaciones; sino que, por el contrario, el cerebro es un interfaz entre los movimientos recibidos (excitaciones) y los movimientos ejecutados (respuestas). Como nuestro cerebro/cuerpo, resalta Lazzarato, las tecnologías de los medios de comunicación son interfaces que modulan el tiempo³.

La anotación es importante para el análisis histórico-cultural. Como Deleuze, Lazzarato ontologiza y «naturaliza» en cierta medida la historia, pero la obra sigue conservando un potencial para el análisis histórico. De hecho, con sus intentos de infundir en la historia el devenir, oponiendo las esquematizaciones teleológicas y dialécticas a los panegíricos a la duración ilimitada, la propia filosofía neobergsoniana refleja la creciente integración de historia y duración subjetiva desde mediados del siglo xx.

³ Mauricio Lazzarato, *Videophilosophie: Zeitwahrnehmung im Postfordismus*, Berlín, 2002, pp. 24, 48, 71, 47.

A medida que la vida cotidiana va siendo infiltrada por los medios de comunicación que modelan nuestro tiempo, los acontecimientos históricos sincronizan o sincopan la temporalidad de la vida cotidiana de maneras cada vez más complejas.

La videofilosofía de Lazzarato podría interpretarse como un montaje con el pensamiento de Henri Bergson y los escritos del videoartista Nam June Paik. Crucialmente, en la década de 1960, Paik comprendió que la reducción de la música por parte de Cage a uno de sus elementos básicos, el tiempo –más radicalmente en *4'33"*–, tenía sentido desde el punto de vista televisivo: ¿qué es la televisión sino un flujo potencialmente permanente de señales de tiempo que necesita ser articulado de algún modo, como Cage hizo con sus composiciones? Décadas antes de sus múltiples apariciones en la obra de Paik durante las décadas de 1970 y 1980, Cage había aparecido en el popular concurso televisivo *I've got a secret*, en 1960. En él, interpretó su pieza *Water Walk*, basada en otra anterior, *Water Music*, usando como herramienta compositiva capas superpuestas de *Fontana Mix*⁴. Cuando el presentador del programa le preguntó si no le importaba que el público se riese, Cage respondió que prefería la risa a las lágrimas, y procedió a dejar caer artículos en una bañera, hervir agua y tirar radios de las mesas (esto último representa el encendido y el apagado de los aparatos, que no era posible debido a un conflicto sindical en el canal televisivo), todo con meticulosa precisión.

Quizá el mayor momento televisivo cageano sea la interpretación de *4'33"* por parte del propio Cage en *A Tribute to John Cage* de Paik (1973-1976), realizado para los canales de PBS en Nueva York, WNET, y en Boston, WGHB: Cage se sienta ante un gran piano en Harvard Square, rodeado por una curiosa multitud que rompe en aplausos cuando, tras cuatro minutos y treinta y tres segundos, Cage, con aspecto satisfecho pero un tanto exhausto, termina la pieza y se levanta. En la década de 1960, Al Hansen sostenía que *4'33"* había anunciado los *happenings*, al activar a los miembros del público, cuyas reacciones en ocasiones hostiles se convertían en parte de la pieza⁵. Aquí, las reacciones son

⁴ Dieter Daniels, *Vom Readymade zum Cyberspace: Kunst/Medien Interferenzen*, Ostfildern-Ruit, Hatje Cantz, 2003, p. 18. Respecto a esta *performance*, véase también Ina Blom, «Signal to Noise», *Artforum*, vol. 4, núm. 6, febrero de 2010, pp. 170-174, 226.

⁵ Al Hansen, *A Primer of Happenings and Time/Space Art*, Nueva York, 1965, p. 35.

mucho más alegres, y la compatibilidad de este público emancipado con la lógica de la televisión queda también clara.

Con Bergson y Deleuze, Lazzarato plantea dos «síntesis» distintas del tiempo. La primera es la *síntesis material* del cuerpo, de las funciones motoras sensoriales; este es el tiempo del hábito, de la percepción cotidiana. La segunda es la *síntesis espiritual*, la de la memoria propiamente dicha: en ella se actualizan las imágenes de la memoria virtual, y el tiempo se convierte verdaderamente en una duración profunda y no cronológica. Incluso en el primer nivel, el tiempo está ya modulado, contraído y ampliado; pero, como en nuestras vidas cotidianas, las imágenes nuevas se generan de manera en gran medida predeterminada. Lazzarato sostiene que algunas piezas de vídeo imitan la segunda síntesis, la espiritual, no la material: en ella, la memoria actualiza el pasado en forma de imágenes-memoria —«la contracción y la expansión ya no guardan relación con el “tiempo-materia”, con la “imagen-materia”, sino con el pasado». Es la edición electrónica y la manipulación de imágenes la que permite imitar el libre juego de la memoria: «Siguiendo a Bergson, podría decirse que el tratamiento electrónico de las imágenes simula la memoria y el trabajo intelectual, y no es el equivalente de la síntesis material del tiempo»⁶.

Temporalidades cotidianas

Esta ecuación esquemática de la manipulación electrónica de imágenes y la memoria es claramente insuficiente, sin embargo, ya que la televisión convencional desarrolla métodos de edición cada vez más sutiles y usa las artes gráficas digitales de modos compatibles con su funcionamiento no intrusivo en la vida diaria, de acuerdo con las rutinas mentales de sus consumidores. Cada vez más, la televisión ha llegado a combinar diversas emisiones con el material pregrabado y las artes gráficas, modulando el tiempo con flexibilidad inaudita, mientras que la rigidez de sus formatos reintegra a la perfección los resultados. Lazzarato lo reconoce vagamente al sostener que la televisión comercial traiciona la promesa ontológica del vídeo: es una estructura de poder que aprisiona el tiempo⁷.

⁶ M. Lazzarato, *Videophilosophie: Zeitwahrnehmung im Postfordismus*, cit., pp. 73, 34-35, 48.

⁷ *Ibid.*, p. 75.

Es característico de la televisión que a menudo sirva de telón de fondo móvil a otras actividades –comer, tareas domésticas, esperar– que pueden en sí mismas generar una temporalidad aburrida, monótona, a la que la primera puede infundir diversos ritmos. El mando a distancia, a su vez, puede modificar las cadencias creadas por la propia programación televisiva. *Schema (Television)*, un vídeo realizado por Sean Zinder en 2007, es un intrincado montaje de programas televisivos en apariencia dispares, desde previsiones meteorológicas a programas de cocina o documentales políticos, con algunos animales en medio; ninguno de los segmentos dura más de unos segundos. Aunque la obra puede interpretarse como una crítica a la incansable reducción de las noticias a entretenimiento por parte de la televisión, esta medida bastante genérica solo se vuelve efectiva debido a un aplanamiento un tanto incómodo del afecto que parece caracterizar al sujeto que está interpretando esta edición improvisada (aunque ¿hay siquiera un sujeto tras estos actos?).

En algunas partes del vídeo, se ve el menú de un proveedor de televisión digital; es esta una televisión que se ha vuelto ya parte de una máquina de medios universal, formada por tecnología informática. Si en la modernidad «mirar» y «ser mirado» se convierten en formas de trabajo productivas de valor, esto no se hizo plenamente explícito en el régimen cinematográfico del periodo de anteguerra. El acto de ver en sí solo se convirtió crecientemente en un acto económico en la constelación poscinematográfica modelada por la televisión, en las décadas de 1950 y 1960. En el cine, el acto inmediatamente productivo de valor era la compra de una entrada, mientras que en el caso de la televisión –al principio en Estados Unidos, después en el resto del mundo– el número y el porcentaje de espectadores pasaron a determinar los ingresos publicitarios. La televisión creó, asimismo, una realización capitalista distorsionada de la cualidad que Walter Benjamin había adscrito al cine en el socialismo: «Algunos de los que participan en las películas rusas no son actores en el sentido que nosotros damos al término, sino personas que se retratan a sí mismas, y principalmente en su propio proceso de trabajo. En Europa Occidental, hoy, la explotación capitalista del cine obstruye toda pretensión legítima del hombre moderno de ser reproducido»⁸.

⁸ Walter Benjamin, «The Work of Art in the Age of its Technological Reproducibility: Third Version», *Selected Writings*, vol. IV: 1938-1940, Cambridge (Ma), 2003, p. 262.

Jean-Luc Godard y Anne-Marie Miéville honraron en apariencia esta «pretensión» con *Numéro deux* (1975), un ensayo cinematográfico en el que la pantalla está constantemente llena de imágenes de televisión, con monitores. En *Numéro deux*, el cine se convierte en lugar de reflexión sobre el nuevo régimen de medios. Vemos al propio Godard editando imágenes de vídeo de una familia obrera, predominantemente interpretada por no actores. El hombre trabaja en una fábrica, la mujer realiza el trabajo de la casa, que no está siendo reconocido realmente como trabajo. La película no se centra en la fábrica, sino en el ámbito doméstico, un espacio que está siendo transformado por la televisión. De hecho, muchos formatos de televisión han sido contruidos sobre alguna forma o apariencia de hogar, desde *The Real World* de MTV a *Gran Hermano*: aquí, lo que en otro tiempo era la esfera de la vida íntima familiar, que seguía ciertas reglas establecidas, se convierte en una fábrica social en la que las funciones son constantemente reconfiguradas. En la era televisiva, no es que el trabajo preexistente esté siendo reproducido, sino que el acto de estar en televisión se convierte en un modelo para el trabajo propiamente dicho. En ese sentido, el vídeo del refrigerador de agua realizado por Warhol es sintomático: Warhol no reproduce el trabajo industrial, ni siquiera el trabajo posindustrial (de oficina), sino voces que nos hablan de una *autoperformance* cotidiana, relajada, durante momentos de ocio, el tipo de espontaneidad que la televisión se esfuerza por crear. La tecnología posttelevisiva, representada por el ascenso de famosos de YouTube y blogueros, ha exacerbado esta evolución, que comporta la producción de nuevas subjetividades.

En contra de lo afirmado por Lazzarato, podríamos decir que la novedad temporal de la televisión y el vídeo no reside en la supuesta superioridad ontológica de las ondas luminosas, sino en que duplican y articulan el tiempo de vida, el tiempo de la *performance*. Lo que importa es precisamente la interacción, el montaje, entre el tiempo tecnológico y el subjetivo –y este montaje no es tanto el avance del Ser inmemorial, la realización de una duración intemporal, como un cambio histórico en y del ser en sí mismo, una mutación en y del tiempo– y por consiguiente, en palabras de Alain Badiou, una erupción de «lo ontológicamente infundado y de lo trascendentalmente discontinuo»⁹.

⁹ Alain Badiou, «The Event in Deleuze», trad. Jon Roffe, *Parrhesia*, núm. 2, 2007, p. 42.

Representación general

Es sugerente que *Water Walk*, de Cage, estuviese estructurado en parte por el apagado y encendido de radios; Lazzarato sostiene que la televisión está más cerca de la radio y de la telefonía que el cine, que, dado que no consiste en una señal continua, presenta necesariamente representaciones retrasadas de la síntesis temporal. Warhol tituló uno de sus proyectos de vídeo-televisión *Phoney*, evocando el comentario efectuado por Marshall McLuhan de que la palabra *phoney* «farsante» entró en el inglés después de la llegada del teléfono [*telephone*]¹⁰. Mostrando actores que se alejan concentrados en su charla, la pieza sugiere que no solo quienes hablan, sino también el propio medio de la televisión son *phoney*, un pariente cercano del teléfono: una señal en vivo que fluye hasta la casa como agua por las tuberías, sin necesidad de cortes ni ediciones. Incluso aunque no todos los proyectos constaban de una sola toma, como *Water*, la edición en los proyectos videotelevisivos de Warhol en la década de 1970 siguió siendo mínima durante años; solo a finales de la misma y comienzos de la de 1980 el artista adoptó un tipo de montaje más conformista, para sus programas en MTV.

En las primeras versiones de la partitura *4'33"*, Cage presentaba la pieza «para cualquier instrumento o combinación de instrumentos», aunque la versión de piano sería la dominante. En notación proporcional, la partitura consta de líneas verticales que indican la duración, el tiempo puro. Ya aquí podemos preguntarnos por qué tiene que haber siquiera «cualquier instrumento», y en 1962 Cage radicalizó la pieza como *0'00"*, también conocida como *4'33" no. 2*: se trataba ahora de un «solo que debe ser interpretado de cualquier modo por cualquiera», y que consistía en la interpretación de «una acción disciplinada». La partitura aclara: «No debe haber dos interpretaciones de la misma acción, y esa acción no puede ser la interpretación de una composición “musical”». La obra puede verse como respuesta de Cage al desarrollo de un nuevo tipo de *performance* por una generación de artistas más joven, asociados con Fluxus y con los *happenings*; de hecho, la partitura de *0'00"* está dedicada a Yoko Ono y su entonces marido, Toshi Ichihyanagi¹¹.

¹⁰ Bob Colacello, *Holy Terror: Andy Warhol Close Up*, Nueva York, 1990, p. 141.

¹¹ Véase Branden Joseph, *Beyond the Dream Syndicate: Tony Conrad and the Arts after Cage*, Nueva York, 2008, pp. 161 y 405 n. 21.

Si la neovanguardia de la década de 1960 organizó una prolongada crítica a la especificidad del medio, provocando la aparición del arte genérico, o arte en general, las rutas hacia lo posespecífico fueron varias. Una, trazada por Thierry de Duve, se centró en torno a la pintura vanguardista, que, reducida a un mero lienzo, a su medio físico, se convirtió en un «objeto arbitrario» entre otros; esto, el triunfo del *readymade* en el centro de la vanguardia, es la evolución que Clement Greenberg y Michael Fried intentaron desesperadamente evitar en la década de 1960. Por el contrario, el impacto de Cage –que los artistas jóvenes, en especial Allan Kaprow, mezclaron con su modo de efectuar la «pintura de acción»– hizo hincapié en la *performance general*, como una forma de espacios intermedios¹². Pero si bien las nuevas formas de *performance* posdisciplinaria derribaron temporalmente los muros entre la música, el teatro y las artes visuales, la *performance general*, en cuanto *forma de arte*, era a su vez parte de una redefinición más amplia de la *performance*.

El término *performance* es escurridizo incluso en contextos relativamente bien definidos. En la economía «culturalizada» actual, no solo hace referencia a la productividad del trabajo de cada persona, sino también a la autointerpretación real, cuasiteatral, de cada uno en una economía en la que el trabajo se ha vuelto más dependiente de factores inmateriales. Como artista, escritor o conservador, cada uno *performa* haciendo su trabajo; pero el trabajo incluye dar conferencias, acudir a inauguraciones, estar en el lugar adecuado en el momento adecuado. La *performance general* trasciende los límites del ámbito (todavía) específico de la *performance* artística; como autointerpretación que va más allá de la ejecución de tareas, es la base del nuevo régimen de trabajo. En cuanto manifestaciones ejemplares y excéntricas de este nuevo régimen, algunas prácticas artísticas a partir de la década de 1960 y posteriores pueden ayudar a enfocar el nuevo régimen performativo, y sus estrechos vínculos con formatos televisivos que dependen de actores no profesionales.

En un libro de 1965 sobre los *happenings*, Hansen –uno de los alumnos de la New School de Cage a finales de la década de 1950– ilustra la función primordial de 4'33". Al no aportar nada parecido a una interpretación [*performance*] musical tradicional, Cage volvió las tablas hacia los oyentes: «La audiencia comprende que se ha convertido en el intérprete,

¹² Respecto al análisis que Thierry de Duve hace del arte genérico, véase *Kant After Duchamp*, Cambridge (MA), 1996.

y realiza una *performance*: abucheando, haciendo chirriar las patas de las sillas, charlando, moviéndose de un lado a otro, visitándose unos a otros y yendo al baño»¹³. El modo de composición de Cage no solo sustituye el «*qué* musical» por el «*cuándo* musical» –es decir, «una temporalización pura», como afirma Ina Blom– sino que es también un «*cuándo*» que cuestiona la distinción tradicional entre público pasivo e intérprete activo¹⁴. El espectador activado de la *performance* poscageana tiene su homólogo de masas en la televisión, el medio que promete elevar a los miembros del público a un estrellato momentáneo y a pequeña escala (en la pequeña pantalla). Cage, en el programa televisivo, no es «un compositor famoso»; es un miembro del público, si bien más excéntrico que la mayoría, que interpreta unos cuantos trucos raros. La próxima semana habrá otro u otra.

Liberaciones

«Los *happenings* –señalaba Allan Kaprow– deberían ser sin ensayar e interpretados una sola vez por no profesionales»:

Una multitud debe devorar una habitación llena de comida; se quema una casa; se esparcen cartas de amor por un campo para después golpearlas y dejarlas hasta que la lluvia futura las convierta en pulpa; veinte coches alquilados son conducidos en distintas direcciones hasta que se quedan sin gasolina [...]. No solo es a menudo imposible y poco práctico ensayar y repetir situaciones como estas, sino también innecesario. Al contrario que las artes de repertorio, los *happenings* poseen una libertad que radica en su uso de ámbitos de acción no repetibles¹⁵.

Tras los primeros años, en los que los *happenings* todavía tenían lugar en espacios interiores, en medio del público (no enfrente), Kaprow intentó demoler más radicalmente la distinción entre intérpretes y espectadores, celebrando *happenings* sin anuncio previo, en espacios públicos urbanos o en el campo. Lo denominó *happening* de «actividad», en el que «no debería haber (y habitualmente no puede haber) un público» que mira, distinguido de los participantes y los transeúntes. Este tipo de *happening* está «directamente inserto en el mundo

¹³ A. Hansen, *A Primer of Happenings and Time/Space Art*, cit., p. 35.

¹⁴ Ina Blom, «Signal to Noise», cit.

¹⁵ Allan Kaprow, «The Happenings Are Dead; Long Live the Happenings!», en Jeff Kelley (ed.), *Essays on the blurring of Art and Life*, Berkeley y Los Angeles, 1993, pp. 63-64.

cotidiano, olvida los teatros y los espectadores» y «participa en los rituales cotidianos e inconscientes del supermercado, el viaje en metro a horas punta y el cepillado de dientes matutino»¹⁶.

El principal modelo de Kaprow para la «actuación» en *happenings* era la interpretación de tareas cotidianas, a las que un mayor grado de atención consciente les permite adquirir nueva visibilidad y volverse extrañas. Erosionada la distinción entre intérprete y público, el o la intérprete se convierte en su propio doble, o en su propio público. *Water Walk*, de Cage, se basaba también, por supuesto, en acciones cotidianas como encender la radio, pero con un giro. Warhol, que era conocedor de los primeros *happenings* y de la televisión, puso en escena su propio *happening* continuo en Factory, del cual sus películas mostraban a menudo extractos supremamente triviales. Las *autoperformances* de las superestrellas de Warhol parecían ejemplos tempranos de una forma que la *performance* en general adoptaría cada vez con mayor frecuencia.

En 1970, el artista de Fluxus y *happening* alemán Wolf Vostell sostenía, en la introducción a la segunda parte de un libro publicado en 1965 en el que él y Jürgen Becker habían intentado documentar el nuevo *performance art* general, que después de Mayo de 1968 dicha documentación ya no podía restringirse a Fluxus y los *happenings*. Haciéndose eco de la retórica de su amigo Jean-Jacques Lebel, Vostell afirmaba que los diversos movimientos de protesta de años recientes habían abolido cualquier diferencia entre la vida y el arte¹⁷. En consecuencia, entre los *performers* cuyas «acciones» documentaba su nuevo libro se encontraban Daniel Cohn-Bendit, Rudi Dutschke y Abbie Hoffman, además de Kaprow y Higgins y los «comuneros» Fritz Teufel y Rainer Langhans, que en Kommune 1 vivían la vida liberada en público. La imagen de la portada del libro es de hecho una celeberrima fotografía de miembros desnudos de Kommune 1 vistos de espaldas. Aunque esta foto fue originalmente escenificada en 1967 como protesta contra las detenciones policiales –los comuneros tienen las manos sobre la pared–, rápidamente se convirtió en icono de la Kommune como espacio de vida auténtica, vivida sin el azaramiento burgués. El argumento no es, por supuesto, que Vostell y Lebell tuviesen razón en sus grandes afirmaciones acerca de la completa fusión de arte y vida, sino que por una vez

¹⁶ *Ibid.*, p. 87.

¹⁷ Wolf Vostell, «[Introduction]», en *Aktionen: Happenings und Demonstrationen seit 1965. Eine Dokumentation*, Reinbek bei Hamburg, 1970.

el insufrible autopromotor Vostell acertó al decidir que una antología de «acciones» de 1970 no podía contentarse con enumerar las obras de un cierto grupo de artistas poscageanos.

Kommune 1 hundía sus raíces tanto en la neovanguardia artística como en el movimiento estudiantil y la nueva izquierda; la segunda mitad de la década de 1960 contempló una adopción generalizada de «*happenings*» y «eventos» fuera del mundo del arte en el sentido estricto, tanto con fines comerciales como contraculturales. Uno de los fundadores de la comuna fue Dieter Kunzelmann, exmiembro de SPUR, un grupo afiliado a los situacionistas, que practicó un «accionismo» criptosituacionista, intentando progresivamente realizar el programa de vanguardia de abolir el arte alienado y alienante para alcanzar una vida liberada, mediante la creación de «eventos» impactantes que pretendían sacar a la población de su letargo. Kommune 1 sería una forma radicalizada de *performance* general fuera de los confines incluso de la definición más «extensa» de arte: biopolítica vivida. En sus últimas fases, antes de desintegrarse en 1969, Kommune 1 fue cortejada por famosos, y en general disfrutó proporcionando imágenes titilantes de la vida liberada a revistas convencionales; la modelo Uschi Obermaier era una de las favoritas.

Recientemente, Rainer Langhans, uno de los cocreadores de Kommune 1, dominó los medios nacionales durante semanas cuando participó en la versión alemana del concurso *I'm a Celebrity, Get Me Out of Here*. Mientras que formatos tradicionales de televisión de las décadas de 1950 y 1960 como *I Have a Secret* daban a sus concursantes literalmente quince minutos de fama, tras los cuales volvían a ser ciudadanos corrientes, los nuevos formatos, a partir de la década de 1990, operan de manera muy distinta: sus participantes intentan al menos permanecer en el candelero, vivir su vida en público. La carrera mediática de Langhans puede considerarse el modelo, en Alemania, de este tipo de *autoperformance* perdurable; ha habido ceses temporales, pero nunca se ha mantenido verdaderamente fuera. Aunque *I'm a Celebrity* en cuanto programa televisivo sigue un formato rígido, Langhans obviamente pensó que podía infundir al procedimiento su interpretación *sponti*, posiblemente dando por sentado que sería neutralizada como una autenticidad excéntrica en un formato que depende de los «personajes». Dicha neutralización funcionaba incluso en la interpretación del *Water Walk* de Cage, aunque este lograba controlar las condiciones de su interpretación en mucho mayor medida, y no tenía que arrastrarse en medio de gusanos. Más

crucialmente, tras la entrevista inicial con el presentador, Cage podía seguir su propia partitura, incluso aunque esta partitura estuviese a su vez integrada en el programa.

A estas alturas la televisión ya no es lo que era; como en el caso de prácticamente todos los medios, se ha integrado en el metamedio digital, en una cultura programada en la que las redes sociales y la «minería de datos» que las hace potencialmente rentables constituyen el nuevo horizonte de la *autoperformance*¹⁸. La *performance* de Cage en *I Have a Secret* resultó ser un momento histórico crucial: podemos considerar en general que la *performance* cageana, que dio impulsos fundamentales a la neovanguardia de la década de 1960, hace de puente entre dos regímenes de interpretación televisiva. Pero si la autointerpretación mediática actual es en muchos aspectos una forma degradada del *performance* general instigada por la vanguardia en torno a 1960, no deberíamos establecer un análisis lineal de cooptación. Por el contrario, «la interpretación general para televisión» y «la *performance* general en arte» han coexistido y se han influido mutuamente durante décadas, explicándose una a otra.

Desde la década de 1960, Wim T. Schippers –que junto con Willem de Ridder, y durante un breve periodo Stanley Brouwn, formaron el contingente del Fluxus holandés– (co)creó un número de programas de televisión que presentaron las lecciones cageanas a un público convencional¹⁹. Los situacionistas, con cierta razón, tildaron la famosa aparición de la primera mujer desnuda en la televisión holandesa, Phil Bloom, leyendo un periódico en *Hoepla*, de espectáculo avanzado²⁰. Pero como en la anterior *Manifestation on the Beach at Petten*, de Schippers, en la que el artista vaciaba una botella de limonada en el mar para el programa de televisión *Signalement*, podemos ver que se trata de llevar el pseudoevento televisivo a un momento en el que su vacuidad fundamental queda explícita. Como el vertido de limonada, que Phil Bloom leyese el periódico desnuda fue un no-evento extrañamente sencillo y pragmático completamente en conflicto con la reacción mediática que ocasionó.

¹⁸ Respecto a la minería de datos, véase Joe Scanlan, «The Uses of Disorder», *Artforum*, vol. 48, núm. 6, febrero de 2010, p. 165.

¹⁹ Véase el primer artículo sobre Fluxus y el trabajo televisivo de Schippers escrito por Frans Haks, «Over Fred Haché, Barend Servet, Flusuns en Wim T. Schippers», *Museumjournaal*, vol. 18, núm. 6, diciembre de 1973, pp. 246-251.

²⁰ «Le point culminant de l'offensive du spectacle», *Internationale Situationniste*, núm. 12, septiembre de 1969, p. 50.

Apurando el lado vodevilesco de Fluxus, Schippers exploró una versión populista de la vacuidad cageana.

El episodio de *Signalement*, un programa artístico de 1962, realizado e ideado completamente por Schippers y de Ridder empezaba con la imagen inclinada 45 grados de un locutor que hablaba sin sonido; enseguida, el mismo locutor aparecía enderezado y con sonido, interpretando una pieza de Emmett Williams en la que decía «Si La Monte Young está viendo este programa, ¿podría por favor llamar al teléfono de Ámsterdam 24087?». Al parecer, George Maciunas sugirió estos eventos televisivos²¹. El programa, que también contenía segmentos sobre el Pop Art, el Nouveau Réalisme y Zero, incluía entrevistas completamente guionizadas en las que el flujo de palabras era interrumpido por timbres de teléfono, primeros planos de pasteles y el elaborado encendido de cigarrillos y vertido de bebidas, acompañados por ruidos de cucharas y copas, mecanismos que anticiparon el posterior trabajo televisivo de Schippers. En la década de 1970, fue cocreador de programas de comedia como *De Fred Haché Show* y *Barend Is Weer Bezig*, en los que actores semiprofesionales que parecían de todo menos glamurosos tenían que enfrentarse a los diálogos precisos y extrañamente artificiosos de Schippers, junto a decorados que se caían y equipos de trabajo en apariencia incompetentes que podían olvidarse de incluir la cabeza del intérprete en la toma. La estrella disidente de estos programas era Sjev van Oekel, interpretado por Dolf Brouwers: un narcisista melodramático y distraído, que escupía *non sequiturs*, cuyo programa, *Van Oekel's Discohoek*, presentaba verdaderos músicos de rock internacionales obligados a soportar el caos escenificado por Schippers y compañía.

Realimentación

A finales de la década de 1960, a medida que los artistas utilizaban el vídeo y reflexionaban sobre la televisión cada vez con mayor frecuencia, estaba en el horizonte la eventual integración de la televisión en un régimen posttelevisivo de tecnología de la información. Críticos y artistas fraguaron una mezcla de cibernética y teoría de sistemas, estudiando los sistemas naturales y de información, y resaltando la noción cibernética de la realimentación en ambos casos. El estudio cibernético de la

²¹ *Actie, werkelijkheid en fictie in de kunst van de jaren '60 in Nederland*, Róterdam, 1979, pp. 67-71.

comunicación entendida como control –íntimamente conectado con la investigación en la Segunda Guerra Mundial sobre el radar y la tecnología de la información inicial– quedó *de facto* subsumido en la teoría de sistemas, surgida de la biología. En palabras de Hans Haacke, introducido en el análisis de sistemas y la cibernética por el crítico y teórico estadounidense Jack Burnham en 1965-1966: «La definición más general de sistema es la de agrupación de elementos sujetos a un plan o propósito común». Y añadía que, en su opinión, el término «sistema» en arte «debería reservarse a las esculturas en las que se produce una transferencia de energía, material o información, y que no dependen de la interpretación perceptiva»²².

A finales de la década de 1960, Haacke pasó de investigar los «sistemas naturales» –en piezas que trataban del viento o la condensación, por ejemplo– a los «sistemas sociales». Empezó presentando como obras de arte encuestas a visitantes en 1969, con *Gallery-Goers' Birthplace and Residence Profile* en la Howard Wise Gallery, de forma tal que los espectadores se convirtieron en intérpretes cibernéticos, al contestar las preguntas. Dentro de la economía en general, las encuestas y perfiles pasarían a destacar cada vez más, hasta los actuales perfiles *online*. Ni afirmación tecnócrata ni rechazo abstracto, las piezas de Haacke intentan interpretar el sistema, intervenir en él a través de mímica estratégica. En *Information show*, una obra de 1970 representada en el Museo de Arte Moderno y modelada por la cibernética, presentó una encuesta con una sola pregunta política, sobre la actitud del gobernador Rockefeller respecto a Vietnam. No se declaraba que Rockefeller era también fideicomisario del MOMA, pero a quienes lo sabían les sirvió para subrayar las interrelaciones entre el mundo del arte y otros sistemas sociales²³.

Si la encuesta del MOMA empleaba una tecnología mecánica relativamente simple –un dispositivo de cómputo accionado por los votos–, las aportaciones de Haacke a la exposición *Software*, organizada en 1970 por Jack Burnham en el Museo Judío, eran tecnológicamente más ambiciosas. *News* aportaba un flujo en directo de noticias de diversas agencias, impresas a medida que iban entrando. Haacke preparó también una

²² Hans Haacke, citado en una entrevista con Jeanne Siegel, en Alexander Alberro y Blake Stimson (eds.), *Conceptual Art: A Critical Anthology*, Cambridge (MA), 1999, p. 243.

²³ Julia Bryan-Wilson, *Art Workers: Radical Practice in the Vietnam Era*, Berkeley y Los Ángeles, 2009, pp. 190-193.

versión automatizada de *Visitors' Profile*, que permitía una gama de cuestiones más compleja que la versión mecánica del MOMA: un diagrama de flujos empieza con algunas cuestiones básicas que dividen a los participantes en grupos sociales (por edad, sexo) y continúa con preguntas como «¿Te gusta el colegio?» (a aquellos que todavía van al colegio) o «¿Le importaría mandar a su hijo en autobús para integrar colegios?»²⁴. El diagrama de flujos sigue refinando los perfiles sociales de los entrevistados, mediante preguntas sobre renta y creencia religiosa, al tiempo que pide opiniones sobre una variedad de temas sociales y políticos. Los visitantes debían responder a las preguntas en un «teletipo» conectado a una «pantalla grande», y el programa informático que debía escribirse basándose en el diagrama de flujos de Haacke permitiría elaborar los datos en tiempo real, con los resultados permanentemente cambiantes de la encuesta proyectados en una pared mediante vídeo²⁵. Por desgracia, los problemas tecnológicos impidieron que la obra se realizase.

En un giro polémico contra las nociones idealistas de apreciación del arte –piénsese en la «cualidad de presente» de Fried– Burnham resaltó que «estos sistemas informáticos tratan de eventos *en tiempo real*, eventos no artificiosos y que ocurren en circunstancias normales. Todos los sistemas de tratamiento de datos a los que me he referido están *introducidos* en los eventos que monitorizan y *acaban formando parte* de ellos»²⁶. En el mismo sentido, la televisión se integra en un *dispositif* posttelevisivo; este no es el tiempo «real» de la transmisión en directo, sino del tratamiento casi instantáneo de datos, y de su exposición, que funciona como realimentación en un sistema de comunicaciones. En el mundo de la cibernética y de la teoría de sistemas, no hay afuera, no hay más allá del sistema: solo hay una afinación perpetua, mediante la respuesta a la realimentación y el ajuste de los propios actos en consecuencia; lo que es posible, sin embargo, como demuestran la obra de Haacke y algunas de las respuestas a la misma, es proporcionar una realimentación inde-seable: señales mutantes.

²⁴ Diagramas de flujo de la versión *Software* de *Visitors' Poll*, que no llegó a realizarse, archivo de Hans Haacke.

²⁵ H. Haacke, «Visitors' Profile 1969», en *Software*, Nueva York, 1970, p. 34.

²⁶ Jack Burnham, *Great Western Salt Works: Essays on the Meaning of Post-Formalist Art*, Nueva York, 1974, p. 30.

Dentro del cibertiempos

Los sistemas en tiempo real de Burnham y Haacke dependen de la combinación de tecnología informática y de vídeo. Ya en la década de 1940, el tubo de rayos catódicos se había convertido en elemento integral del ordenador; si la tecnología de la información acabaría transformando la televisión, esta había permitido ya que el ordenador se extendiese. Paik no se equivocaba cuando, de manera evocadora, caracterizaba el nacimiento de la cibernética a partir del espíritu de la televisión:

La física de Newton es la mecánica del poder y el nada conciliador sistema bipartidista, en el que el fuerte vence al débil. Pero en la década de 1920, un genio alemán puso una diminuta tercera parte entre estos dos poderosos polos (cátodo y ánodo) en un tubo de vacío, permitiendo así que el débil ganase al fuerte por primera vez en la historia humana. Podría ser una «tercera vía» budista, pero en todo caso este invento alemán condujo a la cibernética, que vino al mundo en la pasada guerra para expulsar del cielo inglés los aviones alemanes²⁷.

En esta cultura paikeana hemos rebasado, paradójicamente, los confines de una «videofilosofía» que quiere basarse en un estatus ontológico privilegiado; estamos entrando en un régimen posvídeo en el que domina una *performance* en tiempo real diferente.

La doble proyección de vídeo de Harun Farocki, *Eye/Machine III* (2003), y la película de un solo canal relacionada, *Erkennen und Verfolgen*, investigan el uso de cámaras de televisión en los proyectiles autodirigidos, combinando metraje de guerras recientes con imágenes de Vietnam y de los experimentos nazis con una «bomba de televisión» que integraba la pantalla de televisión en un sistema cibernético de realimentación en tiempo real. Farocki traza un sistema distinto de realimentación en tiempo real en una instalación multicanal titulada *Deep Play* (2007). Muestra la final del Mundial de Fútbol de 2006 en Berlín, en tiempo real, mientras los demás canales muestran diagramas digitales en movimiento pensados para dar a entrenadores, jugadores o comentaristas una mejor percepción del juego: los jugadores se convierten en puntos o flechas en movimiento. Este aspecto de la pieza recuerda una frase de Vilém Flusser, cuya obra interesa a Farocki desde hace tiempo. Acerca de la ciudad de Colonia, Flusser afirmaba

²⁷ Nam June Paik, «Cyberated Art», en *Manifestos*, Nueva York, 1966, p. 24.

que sus habitantes «son enjambres de puntos densamente dispersos», que mueven los datos en un sistema de tiempo real: «El ser humano ya no puede verse como un individuo, sino como lo contrario, una densa dispersión de piezas; es calculable»²⁸.

Al emitir simultáneamente metraje de vídeo en directo y diagramas transformadores del partido en curso, *Deep Play* muestra la realimentación en acción: el uso de datos para mejorar el rendimiento [*performance*]; después de todo, la cibernética está íntimamente asociada con el ascenso del diagrama de flujos en la época de posguerra. A finales de la década de 1960, con películas como *Inextinguishable Fire*, Farocki había participado en el redescubrimiento del montaje politizado del cine soviético; el montaje dialéctico de Eisenstein, unido a estrategias brechtianas, parecía guardar la promesa de la intervención social. En el mundo poscinemático de *Auge/Maschine* y *Deep Play*, es difícil concebir una transformación revolucionaria. De hecho, con sus montajes paralelos en múltiples canales, Farocki interviene en las relaciones diagramáticas que constituyen de hecho la cibernética existente, ofreciendo y estimulando –como las piezas de sistemas de Haacke– una realimentación muy distinta.

Sin embargo, dicha realimentación mutante constituye una señal relativamente débil en lo que Franco Berardi denomina nuestro «cibertempo». En *Precarious Rhapsody*, Berardi señala que el ciberespacio es infinito, pero el cibertempo –la capacidad del organismo para tratar la información del ciberespacio–, no²⁹. La creciente flexibilidad ha llevado a un aumento de las psicopatologías. Un anuncio de una empresa de Internet en el que se veía a un directivo saliendo alegremente del despacho y disfrutando del parque un hermoso día de verano pone una nota positiva en el hecho de que, para muchos, la oficina está ahora en todas partes y todo el tiempo. El síndrome de agotamiento crónico, esa nueva enfermedad de masas, es una patología temporal, un dolor de nuestro tiempo. Podemos ser enjambres de puntos, pero somos puntos patológicos, enfermos por los resultados en tiempo real de nuestra inscripción en los medios sociales. En las condiciones de trabajo del capitalismo fordista, con la arquetípica cadena de montaje, el tiempo de trabajo podía seguir experimentándose como una imposición en la vida; en el posfordismo, cuando el tiempo de trabajo coincide crecientemente

²⁸ Vilém Flusser, «The City as Wave-Trough in the Image-Flood», *Critical Inquiry*, vol. 31, núm. 2, invierno de 2005, pp. 327, 324.

²⁹ Franco «Bifo» Berardi, *Precarious Rhapsody*, Londres, 2009, pp. 69-71.

con el tiempo de la vida, estamos entrando en un régimen que en otra parte he denominado de la abstracción concreta; tanto financiera como tecnológicamente –y en la tecnología financiera– la abstracción se ha concretado³⁰. Este es el cibertiempos de Berardi, con sus presiones y patologías. Perpetuamente alerta a la siguiente notificación de mensaje, a los trabajadores les preocupa perennemente su futuro; es un tiempo de suspense generalizado. Cada acto o no acto pueden tener repercusiones en la trayectoria profesional de uno; uno está siempre siguiendo e intentando mejorar la tasa de mercado de su propio futuro, o de sus propios futuros. El ámbito de la abstracción concreta está marcado, por lo tanto, por la realimentación. La televisión ha quedado integrada en este sistema en tiempo real como un programa de aplicación más.

En 2009, Haacke rindió «homenaje» a Silvio Berlusconi en una iglesia de Como con *Once Upon a Time*. Sobre las partes vacías y dañadas de los frescos barrocos, el artista proyectó emisiones en directo de tres de los canales controlados por Berlusconi. La pieza puede considerarse una actualización de *News*, quizá ante todo por un elemento adicional: teletipos proyectados con las cotizaciones más recientes de la bolsa de Milán, incluidas las de Mediaset, la empresa de Berlusconi. Si el anterior experimento de Haacke con «sistemas en tiempo real» presuponía que los mecanismos de realimentación podían utilizarse con fines progresistas, *Once Upon a Time* muestra una corriente de imágenes sobre la que los espectadores no pueden actuar y un desfile de datos económicos sobre los que solo un grupo muy pequeño de inversores podría actuar, a pesar de que afecta a millones de vidas³¹. A finales de 2011, Berlusconi fue por fin depuesto (aunque quizá solo temporalmente), no por un movimiento popular, sino por presiones de los mercados financieros, para los que había dejado de ser un activo para convertirse en una carga; la versión italiana del neoliberalismo necesitaba «normalizarse», despojarse de sus grotescos rasgos de opereta submusoliniana. Lo que queda es un Estado (pos)televisivo modelado por la perpetua realimentación de las cotizaciones bursátiles y las noticias económicas, en el que la única oportunidad de participación que la mayor parte de los espectadores tiene es

³⁰ Sven Lütticken, *Idols of the Market: Modern Iconoclasm and the Fundamentalist Spectacle*, Nueva York y Berlín, 2009.

³¹ Respecto a *Once Upon a Time*, véase también Alexander Alberro y Nora M. Alter, «System, Dialectics and Castles in the Sky», en *Hans Haacke: Castles in the Sky*, Madrid, 2012, pp. 20-29.

la autointerpretación en uno de los muchos programas de telerrealidad y concursos con los que Berlusconi construyó su imperio mediático.

El tema del vídeo de un solo canal que Harun Farocki presenta en *Worte und Spiele* (1997) es la producción de tres programas de testimonios y concursos de tarde alemanes. Quizá la parte más asombrosa sea la primera, sobre el programa de testimonios *Vera am Nachmittag*, dedicado en este caso al tema de las relaciones a distancia. Farocki recorta el programa y sus preparativos, centrándose en los resúmenes de los invitados, los ensayos y las personas que esperan tras la escena, así como en el programa en sí: en este último caso, sin embargo, los recesos en la sesión de grabación son tan importantes como los momentos en los que las cámaras ruedan. El flujo temporal rigurosamente reglamentado del programa es modulado, transformado en un ritmo distinto en el que los momentos de espera y preparación son importantes. Estos programas han desaparecido, en parte por el ascenso de los formatos de telerrealidad, más baratos de producir que los programas de estudio; pero esto no significa que *Worte und Spiele* solo tenga ahora importancia arqueológica. Es posible deducir muchas cosas del modo en el que Farocki muestra a los autointérpretes ensayando o pasando el tiempo, esperando para entrar en acción. Durante un debate entre invitados, la cámara del artista capta a la presentadora del espectáculo alternando una mirada atenta y comprensiva hacia estas personas con montones de asentimientos y miradas de reojo a miembros de su equipo. Todos interpretan su papel, pero estos momentos de suspensión, de potencialidad, permiten imaginar diferentes acciones y guiones improvisados.

En una obra relacionada, *Interview* (1996), Farocki muestra escenas de diversos seminarios o sesiones de formación en los que a los participantes se les enseña a presentarse y venderse en las entrevistas de trabajo. Reciben lecciones de autointerpretación. Algunas de estas sesiones están dirigidas desempleados o a jóvenes que acaban de terminar la enseñanza, mientras que otras –mucho más caras, obviamente– están dedicadas a directivos muy bien remunerados. En varios casos, se utiliza la reproducción de vídeo para dar a un asistente una idea de la imagen que proyecta, y su posible divergencia respecto a la imagen que tiene de sí; el uso del vídeo para la realimentación ha pasado de la psicoterapia a la formación para el capitalismo semiótico. Grabando esta reproducción de vídeo, Farocki ofrece otra forma de realimentación, una forma –desde el punto de vista del sistema– superflua y excesiva. Al crear esta

constelación de diversos tipos de actores, desde autointérpretes directivos a personas que «solo quieren conseguir un trabajo» y que, en algunos casos, tienen que aprender los conceptos básicos de representarse a sí mismos, Farocki libera de manera momentánea (aunque solo virtual) a estos sujetos de los bucles de realimentación de sus respectivos seminarios.

¿Desprogramación?

Si somos «criaturas altamente potenciales», como sostiene Paolo Virno, en las condiciones del capitalismo industrial este potencial adquiere la forma de la fuerza de trabajo: es decir, está redefinido, en términos cuantitativos, como el rendimiento [*performance*] medio esperado³². La ideología y, en cierta medida, la práctica del posfordismo trascienden el clásico uso industrial del potencial humano en cuanto fuerza de trabajo genérica y abstracta, una fuerza reducida a una media estadística, a un número de acciones repetitivas ejecutadas de acuerdo con criterios cuidadosamente calculados. El posfordismo no solo quiere aprovechar el potencial del trabajador para efectuar tareas repetitivas, sino también toques más personalizados, una *autoperformance* más creativa. La televisión, con sus formatos más accesibles, que exigen intérpretes cada vez más «espontáneos», es el medio que ha permitido a esta *autoperformance* desarrollarse y madurar. Ahora que estamos trabajando en este régimen, surge la cuestión de cómo podemos aprovechar la parte de nuestro potencial que no forma parte del programa.

En sus instalaciones, piezas de radio y vídeos (estos últimos a menudo realizados en colaboración con Eva Meyer), Eran Schaerf se centra en situaciones en cierta medida «programadas» de diversas formas; pueden estar programadas mediante soporte lógico, por códigos digitales, pero normalmente están modeladas a su vez por restricciones culturales, económicas y políticas que determinan –entre otras cosas– qué tipos de *performance* se permiten. En buena parte de las «tertulias radiofónicas», las aportaciones en apariencia no mediadas y espontáneas de los oyentes están en gran medida determinadas por el formato del programa, que en general necesita pasar de una persona que necesita desahogarse, o contarnos problemas personales, a la siguiente. En *Listerner's Voice*

³² Sonja Lavaert y Pascal Gielen, «The Dismasure of Art: An Interview with Paolo Virno», en Pascal Gielen y Paul de Bruyne (eds.), *Being an Artist in Post-Fordist Times*, Róterdam, 2009, p. 25.

(1999-2001), un audiodrama de Schaerf, diversas voces hablan de los conflictos y los tabúes que rodean a la música árabe y a Wagner en Israel, un tema complicado que enseguida se convertiría en ruidosa discusión en un programa de tertulias normal, pero que aquí está representado en un montaje ambiguo y cuidadosamente producido.

El ejercicio de desprogramación de Schaerf está, por supuesto, completamente sometido a guion, aunque el artista está planeando crear una plataforma *online* en la que los usuarios puedan realizar una edición propia de los elementos que lo componen, haciendo de hecho de moderadores. En la versión de instalación de *Listener's Voice*, el espectador puede escuchar la obra con audífonos inalámbricos mientras desde el techo se proyecta un gran patrón de prueba televisivo. El trabajo de *Listener's Voice* queda así atrapado en una señal de televisión que señala la ausencia de programación, de imágenes. La obra de Schaerf con el medio falso [*phony*] de la radio, por lo tanto, puede también considerarse una práctica televisiva desplazada, centrada en la interacción de voz y programa, de actor y estructura. Para Cage, las operaciones de oportunidad programada tenían un efecto liberador, levantando un peso de los hombros de compositor e intérprete. Schaerf, por contraste, se centra precisamente en el papel del intérprete en el campo de la oportunidad programada, en la actuación como forma de realimentación planeada. Al hacerlo, se centra en un elemento de la práctica neovanguardista que no ha sido suficientemente abordado y entendido: el desarrollo de modos de *performance* que podrían denominarse *liminales*, en el sentido de que se sitúan en los intersticios entre el o la intérprete y su propio papel, aun cuando ese papel sea ostensiblemente el yo.

Performance liminal

El contraste entre la *autoperformance* de Rainer Langhans y el uso que Schippers hace de actores no profesionales o marginales simboliza una división fundamental dentro de la *performance* general. Si Langhans y otros hablan el lenguaje de la autenticidad exhibicionista, los personajes cómicos de Schippers usaban las excentricidades y las imperfecciones de los actores, creando caricaturas cuya pronunciación acartonada de diálogos y monólogos altamente artificiales –llenos de clichés, *non sequiturs* y extraños giros de expresión– saboteara la retórica de la «auténtica» *autoperformance*. Y sin embargo, en 1989, Dolf Brouwers, que cada vez mas a menudo interpretaba una versión personal y menos divertida del

personaje Van Oekel, demandó a Schippers por usar su imagen en la tira cómica de Sjef van Oekel. Una foto escenificada de unos años antes, en la que a Brouwers, caracterizado de Van Oekel, se le pone un globo de pensamiento que lo muestra indignado por todo el rollo que Schippers y el artista Theo van den Boogaard «habían inventado», parece anunciar este extraño incidente³³. Por grotesco que fuese el personaje de Van Oekel, y por conscientemente artificial que intentase ser el diálogo de Schippers, actor y personaje se habían entremezclado irremediadamente.

Lo que vemos aquí es algo que podría denominarse *performance liminal*, que crea confusión acerca de las fronteras entre la interpretación de un papel y la autointerpretación. Si la *performance* general instigada por Cage y sus seguidores ha adoptado a menudo la forma de *autoperformance* posfordista, la interpretación liminal es una división fundamental dentro de la *performance* general. En lugar de dar por sentado que hay un yo evidente en sí mismo que interpretar, la *performance* liminal fuerza este yo, investiga las fracturas en el montaje del actor y en el rol (social o ficticio). Las ambiguas entrevistas de Godard a sus personajes/actores son de los primeros ejemplos de esta *performance*. Godard representó interrupciones del documental en películas como *Une femme mariée* haciendo a sus actores (desde fuera de la pantalla) preguntas para las que no estaban preparados. No siempre está claro en qué medida los actores las responden «en carácter» o a título personal; están en la mitad. En *Numéro deux*, Godard y Miéville produjeron igualmente ambigüedad haciendo a aficionados interpretar papeles que pueden, o no, acercarse a aquellos en los que habitan a diario.

El título del videoensayo *Flashforward* (2004), de Eran Schaerf y Eva Meyer, puede relacionarse con el rechazo al *flashback* cinematográfico convencional, que representa un «Flucht in die Innerlichkeit», una huida hacia la interioridad subjetiva. El *flashback*, por supuesto, representa un convencionalismo de Hollywood, en el que un personaje recuerda un momento del pasado, con frecuencia indicado por un primer plano del rostro y un fundido a la escena en cuestión. Dichos *flashbacks* se mantienen por lo general integrados en un relato lineal. Como para resaltar una ruptura con dicha linealidad, *Flashforward* contiene numerosos círculos: formas circulares además de movimientos

³³ Esta fotografía escenificada fue publicada en un número de *Sjef van Oekel*, los cómics realizados por Schippers y Van den Boogards en la década de 1980.

de cámara circulares. La voz superpuesta propone una «lógica posibilista» en la que la repetición aporta una diferencia, en la que no se permite a los potenciales permanecer inertes indefinidamente, en la que los actores se «convierten en extras del tiempo» (*Statisten der Zeit*). Dichos extras del tiempo podrían asumir muchos papeles, pero brevemente, sin identificarse con ellos. En consecuencia, la voz narradora cambia regularmente a mitad de frase. Esta voz superpuesta menciona un «programa» que convierte *flashbacks* [escenas retrospectivas] en *flashforwards* [escenas prospectivas]: «¡Exigimos exterioridad! ¡Fundido simultáneo de uno mismo a papeles que resultan familiares por los sueños, el cine y las noticias!»³⁴.

En cierto momento, la voz cuenta un relato sobre dos actores que doblan con regularidad juntos escenas de amor en películas extranjeras, y acaban enamorándose. La mayoría de quienes salen sentados, caminando o leyendo en *Flashforward* son de hecho más parecidos a extras que a actores en el sentido convencional; son filmados mientras hacen algo, o nada en especial, pero no interpretan un papel dramático. En este sentido, buena parte de la *performance* de vanguardia, desde los *happenings* de Fluxus y Kaprow, se parece también más a los pequeños papeles interpretados por extras que a los interpretados por las estrellas cinematográficas. La nueva generación de autointérpretes televisivos pertenece incluso en mayor medida a este tipo: después de todo, la queja más frecuentemente expresada contra tales neofamosos es que carecen de talentos discernibles. Simplemente, se convierten en una imagen televisiva, que crea valor.

Pero difícilmente son «extras del tiempo», en el sentido sugerido por *Flashforward*: llenan el tiempo, lo pasan, pero no lo *hacen*. No tienen la «pasión por la posibilidad» invocada por la pista sonora: «Tienes tiempo. Ese es tu valiosísimo potencial, que te saca de la nada y te sitúa dentro de la imagen»³⁵. No es que el «extra del tiempo» fuese un heroico líder revolucionario; es solo un o una extra, después de todo, pero quizá eso proporcione una cierta libertad. Los extras pueden estar menos atrapados en el guion que el actor; tienen que moverse o permanecer quietos, de acuerdo con las instrucciones, pero no tienen que seguir el relato.

³⁴ Eva Meyer y Eran Schaerf, *Flashforward* (2004), DVD producido por Intermedium, Munich, 2006. Traducción al inglés adaptada en subtítulos.

³⁵ E. Meyer y E. Schaerf, *Flashforward*, cit. En los subtítulos en inglés, el alemán *ins bild* se traduce *in the middle of things* [en el medio de las cosas].

Son, literalmente, algo sobrante, suplementos. Ser un suplemento del tiempo significaría permanecer abierto a potencialidades que no forman parte del programa, opciones no previstas por el soporte lógico que hace nuestra historia presente; seguir disolviéndose en diferentes papeles o, mejor dicho, en actos que nunca devienen congelados en papeles. La práctica de Schaerf y Meyer reflexiona por consiguiente sobre los modos de *performance* de vanguardia a la luz de la ambigua relación de estos con los modos de autointerpretación más convencionales en la era postelevisiva. No proporciona escenarios cómodos, ni soluciones instantáneas para navegar por una economía performativa cuya crisis se profundiza día a día; pero como mínimo plantea un reto: ¿cómo ser un extra del tiempo, cómo establecer un potencial que no está en el programa?

CRÍTICA

Tyler Cowen, *The Great Stagnation: How America Ate All the Low-Hanging Fruit of Modern History, Got Sick, and Will (Eventually) Feel Better*, Nueva York, E. P. Dutton & Co., 2011, 109 pp.

KOZO YAMAMURA

¿ESTANCAMIENTO SISTÉMICO?

El tema del libro de Tyler Cowen —el lento crecimiento económico, a veces incluso negativo, de la economía estadounidense durante los últimos cuarenta años, con todas sus perturbadoras consecuencias sociales y políticas— es de gran importancia; dado que todas las democracias capitalistas avanzadas están experimentando el mismo estancamiento prolongado, es quizá la cuestión sistémica más seria de nuestra época. Todos queríamos entender mejor sus causas, a fin de hallar vías para salir del atolladero que amenaza cada vez más el funcionamiento de las entidades políticas democráticas en todo el mundo desarrollado.

Por internet sabemos inmediatamente que Cowen es profesor de economía en la Universidad George Mason en Virginia, pero que además de ser un experto e influyente economista que ha publicado varios libros y cuyas opiniones sobre diversas cuestiones aparecen con frecuencia en importantes periódicos, también es un erudito más o menos diletante, según cómo se valoren sus abundantes publicaciones y blogs sobre temas muy variados relacionados no solo con la economía, sino también con la política, la filosofía, la cultura y hasta la cocina étnica. Lamentablemente, *The Great Stagnation* es un *trompe l'oeil* de aficionado. El libro evoca los discursos de un político en campaña, tocando elocuentemente cualquier tema que pueda inducir a la gente a votar por él, al tiempo que selecciona cuidadosamente los datos para reforzar sus argumentos. Así Cowen, que escribe con indudable facilidad periodística, ha atraído a suficientes lectores como para convertir

su librito en un éxito editorial, pese a su dudoso uso de los datos y resultados de la investigación de otros economistas.

Su exposición, no obstante, difiere de las de un político medio en dos aspectos estrechamente relacionados. En primer lugar, un candidato suele hablar como miembro de un partido político identificable, mientras que Cowen ha decidido por alguna razón ocultar sus propias inclinaciones ideológicas, presentándose en cambio como portavoz del «honrado término medio», lo que no pasa de ser una de las fullerías de campaña más socorridas. Al situarse «por encima de las estridencias» de los debates partidarios, Cowen elude la discusión de principios ideológicos indispensable para los debates reales sobre decisiones estratégicas en una democracia. En segundo lugar, de los políticos se espera que propongan planes creíbles capaces de ofrecer resultados tangibles a su base electoral, mientras que Cowen rehuye los análisis rigurosos basados en hechos y las propuestas políticas adecuadamente evaluadas, prefiriendo utilizar frases pegadizas sobre «frutos a mano», «ponerse enfermo» y «sentirse mejor», lo que más bien sugiere un cartel con el Tío Sam aquejado de un ligero acceso de dispepsia. Como consecuencia, su librito ha obtenido al menos dieciocho importantes buenas críticas, reproducidas en las páginas iniciales, así como en la contraportada; todas ellas, de bien conocidos periodistas, la mayoría de ellos de importantes periódicos.

Sin embargo, esa estrategia le ha cobrado un precio muy alto a la argumentación del libro, dando como resultado que tanto su presentación de las principales razones del prolongado estancamiento que afecta a las democracias capitalistas como, sobre todo, su propuesta para revigorizar un orden económico anémico, son endebles entelequias, como evidencia la observación nuclear de Cowen, sobre la que se basa directa o indirectamente todo el resto de su argumentación:

En un sentido figurado, la economía estadounidense ha disfrutado de una abundancia de fáciles frutos desde al menos el siglo XVII, ya sea en tierra disponible, cantidades ingentes de inmigrantes o nuevas tecnologías poderosas. Pero durante los últimos cuarenta años esos frutos fáciles comenzaron a escasear, aunque pretendiéramos seguir disfrutando de ellos con la misma desenvoltura. No hemos sabido reconocer que nos hallamos en una meseta tecnológica y que los árboles son ahora menos ubérrimos de lo que nos gustaría. Es así. Eso es lo que ha ido mal.

Esa argumentación es falaz en varios aspectos. Primero, Cowen no demuestra la validez de su aserto general de que Estados Unidos disfrutó de «fáciles frutos» desde 1600 hasta la década de 1970. No ofrece ni siquiera el mínimo análisis histórico de los papeles desempeñados en la configuración del desarrollo estadounidense por la política, la cultura, la educación,

las instituciones, el comercio y otros factores; es una historia económica de Estados Unidos sin esclavismo, comercio del algodón, doctrina Monroe, guerra civil, Bretton-Woods, el plan Marshall o el sistema monetario basado en el dólar. Tampoco explica Cowen las interrelaciones, ni el peso específico relativo, de los tres factores que señala –tierra disponible, inmigrantes, cambio tecnológico– como responsables de las tasas de crecimiento estadounidenses hasta la década de 1970. De hecho, las importantes cuestiones de la tierra y el trabajo resultan ser poco más que una acomodación de la escena para la auténtica preocupación de Cowen, la «meseta tecnológica».

Cowen basa su afirmación central de que la tasa media de innovación alcanzó un máximo en 1873, y de ahí que el «fruto» del cambio tecnológico hubiera sido ya cosechado al llegar la década de 1970, en la obra de Jonathan Huebner, un físico del Pentágono. Como sabe cualquiera que esté mínimamente familiarizado con la historia del cambio tecnológico, Huebner seleccionó los datos para la tabla que reproduce Cowen para mostrar «la tasa de innovación global en relación con la población desde los tiempos medievales» empleando criterios muy subjetivos para definir el cambio tecnológico, así como los datos de patentes, que son notoriamente problemáticos. Sin ofrecer ninguna justificación intelectual, Cowen utiliza los datos globales de Huebner, divididos por la población global, para deducir una tasa de innovación con la que argumenta los efectos del cambio tecnológico sobre el rendimiento económico estadounidense. Al parecer está de acuerdo con Huebner, quien, sin dar ninguna explicación, cree que la capacidad de invención media de una persona se ve afectada por el tamaño total de la población global. La afirmación en *The Great Stagnation* de que la tasa de innovación alcanzó un máximo en 1873 ignora la cuestión de la calidad. Para Cowen, un avance técnico en el siglo XIX –cuando «la innovación era más fácil» y «podía ser realizada por aficionados» con poca formación– tiene el mismo valor que en el siglo XX, una época en la que prácticamente todos los avances de gran calidad fueron realizados por especialistas muy bien formados. Esas innovaciones recientes han transformado la vida humana mucho más radicalmente que las de los siglos XV, XVI y XVII, que Cowen, recurriendo a la obra de Huebner, incluye en su tabla.

Más fundamentalmente, el planteamiento en *The Great Stagnation* de la «meseta tecnológica» no capta los procesos históricos reales por los que cada innovación tecnológica de gran alcance interactúa con el crecimiento económico. Cada una de las sucesivas revoluciones industriales ha experimentado una prolongada fase de «introducción», durante la que la productividad del trabajo, el principal determinante del nivel salarial, creció muy lentamente. A esta le sigue una fase de «maduración», en la que la productividad aumenta mucho más rápidamente. Durante la primera revolución industrial, promovida por la máquina de vapor a partir de la década de 1760, llevó décadas de

experimentación y experiencia convertir a un campesino inglés en un obrero textil especializado. Lo mismo sucedió durante la fase de instalación de la segunda revolución industrial, iniciada en la década de 1880, basada en la industria pesada y el uso de la electricidad y el petróleo. Llevó muchos años convertir a los inmigrantes y sus hijos en competentes empleados de las fábricas que producían automóviles en masa. A mediados de la década de 1970, cuando el rendimiento de los chips de ordenador comenzó a aumentar exponencialmente, comenzó la que podemos llamar tercera revolución industrial. Es una revolución en marcha basada en los ordenadores y en una amplia variedad de nuevos métodos de fabricación, productos y servicios creados gracias –directa o indirectamente– a la revolución en la tecnología de la información.

Así pues, durante esta fase de «introducción», la productividad del trabajo solo podía aumentar lentamente, como sucedió durante la misma fase de 30-40 años de las dos primeras revoluciones industriales, y esencialmente por idénticas razones. Convertir a un delineante a lápiz en un especialista en diseño asistido por computadora (CAD) o a un tipógrafo en un usuario competente de los procesadores de textos ha llevado un largo periodo de aprendizaje y experiencia. No nos puede sorprender, por tanto, que desde la década de 1980, durante esta fase de instalación de la tecnología de la información, la productividad del trabajo en Estados Unidos solo haya aumentado con tasas comprendidas entre el 1 y el 2 por 100 anual. Ese lento crecimiento, a diferencia de las tasas mucho más altas de aumento de la productividad del trabajo durante el período 1940-1980, es malinterpretado por Cowen como demostración de que la economía estadounidense había alcanzado una «meseta tecnológico», confundiendo a muchos economistas poco informados de lo que sucedió durante la fase de introducción de las dos revoluciones tecnológicas anteriores. En esta fase, como muestran las obras de Yasusuke Murakami y otros, incluido yo mismo, las empresas tienen que esforzarse por diseñar un nuevo modelo productivo mientras van cambiando los mercados de capital, los sistemas legales, las instituciones sociales y muchos otros comportamientos y prácticas, respondiendo a las necesidades de evolución durante esta etapa.

Cowen asegura que, si la tercera revolución tecnológica está dando algunos frutos, es solo «en nuestra mente y nuestros ordenadores personales, y no tanto en el sector económico que genera ingresos». Esta afirmación carece de base y es impresionista. Para realizar una valoración adecuada habrá que considerar lo que sucede en la fase de «maduración» de la revolución de las tecnologías de la información y de la comunicación, una fase que duró entre 60 y 70 años en las dos revoluciones industriales anteriores. La historia no se repite, evidentemente, pero las conclusiones obtenidas en el estudio de la fase de maduración de las dos primeras revoluciones industriales, junto con

lo que observamos ya hoy en muchos sectores y en una amplia variedad de esfuerzos innovadores, contradicen abiertamente la afirmación de Cowen de que todos los «frutos fáciles» han sido ya cosechados.

Aquí solo podemos resumir los ejemplos, pero no se necesita mucho esfuerzo para descubrir que la variedad y calidad de los productos y servicios, la eficiencia productiva y la capacidad de generar ingresos muestran trayectorias ascendentes y sostenidas en numerosos sectores, gracias a los usos cada vez más sofisticados y variados de la tecnología relacionada con los ordenadores: entre ellos, la utilización rápidamente creciente de los chips en automóviles, aparatos electrodomésticos y muchos otros productos; el rápido desarrollo de la «computación en la nube», el creciente uso de la nanotecnología, la tecnología del láser y la «impresión» en 3D; el empleo acelerado del creciente conocimiento en genómica en tratamientos médicos «personalizados» basados en el ADN de cada paciente; el rápido progreso en una amplia variedad de tecnologías que se están empezando a aplicar en el sector energético; y el rápido crecimiento y uso sin precedentes de máquinas más «inteligentes», incluidos los robots. Debería observarse que las cifras más recientes del Departamento de Trabajo estadounidense muestran que la tasa anual de aumento de la productividad del trabajo para el periodo 2002-2012 se situó entre el 0,6 y el 4,5 por 100, con una tasa media del 2,06 por 100. Esa cifra debería contrastarse con la estimación pesimista realizada en un informe de 2010 para la Oficina Nacional de Investigación Económica por Robert J. Gordon, bajo varios supuestos restrictivos y subjetivos, del 1,7 por 100 para el periodo 2017-2027 (de hecho, dado el gran parecido de los argumentos de Cowen sobre la tercera revolución tecnológica y el bajo aumento de productividad con los informes de Gordon, es sorprendente que no se refiera a ellos en *The Great Stagnation*).

Las razones por las que el nivel de vida de una gran mayoría de los estadounidenses se ha estancado durante los últimos cuarenta años no es que la velocidad del cambio tecnológico se detuviera en «una meseta» durante la década de 1970, como dice Cowen, sino más bien la persistente escasez de demanda, resultado de los efectos combinados de la saciedad del consumidor, por un lado, y la presión a la baja ejercida por la globalización sobre los salarios y la creciente desigualdad de ingresos en Estados Unidos, por otro. Hay pruebas convincentes de que durante la década de 1980 una mayoría de consumidores en Estados Unidos y las demás economías capitalistas avanzadas habían alcanzado cierto nivel de saciedad, gracias a los frutos de las dos revoluciones industriales anteriores. Incluso sin examinar los datos, sabemos que cada vez más estadounidenses comenzaron a caer en el consumo excesivo de alimentos, a llenar sus armarios de ropa que raramente vestían y a comprar cosas que, según cualquier criterio, no «necesitaban». Lo mismo se puede decir de otro modo: las empresas estadounidenses han

venido gastando cantidades cada vez mayores de dinero en publicidad, en convencer a los consumidores de que tienen necesidades por satisfacer que no sabían siquiera que existieran. En 2012 los gastos totales en publicidad supusieron el 2,2 por 100 del PIB estadounidense, esto es, alrededor de 330 millardos de dólares. Las empresas han multiplicado constantemente el número de productos que ofrecen, a menudo creando diferencias entre los productos en gran medida ilusorias o frívolas; como consecuencia, el número de artículos comercializados por un supermercado estadounidense medio se cuadruplicó en menos de cuarenta años, desde alrededor de 10.000 en 1975 a un poco más de 40.000 en 2011.

Esas estrategias de venta fueron adoptadas por las firmas estadounidenses y de otras economías capitalistas avanzadas al verse agobiadas por un gran exceso de capacidad productiva. Con muy pocas excepciones, la tasa de utilización de la capacidad productiva se ha mantenido por debajo del 80-85 por 100 desde la década de 1980. No es sorprendente, pues, que esa tasa cayera en la mayoría de los sectores al 60-70 por 100 durante la gran recesión de 2008-2010. Esos niveles tampoco deberían sorprender en los sectores del automóvil y del acero, donde las empresas se han visto obligadas a fusionarse, sufrir pérdidas, aplicar reducciones salariales, adoptar tácticas de venta agresivas y otras medidas por el estilo durante las últimas décadas. Pero deberíamos observar que la misma situación de exceso de oferta se manifiesta en el sector servicios, donde altas tasas de desempleo y subempleo, quiebras y un nivel estancado de los salarios reales han sido aún más pronunciados que en otros sectores durante los últimos treinta años.

Además, debido a la creciente globalización del comercio que ha elevado espectacularmente las importaciones procedentes de economías en vías de desarrollo con bajos salarios, muchos trabajadores poco especializados de la industria manufacturera estadounidense se han unido a los del sector servicios engrosando las filas de los pobres, esto es, de aquellos que difícilmente se pueden permitir pagar sus necesidades diarias, y menos aún vivir en alojamientos adecuados o mantener un seguro sanitario. Para resumir una historia muy larga y ya muy bien documentada, durante las tres décadas de 1980-2010 el coeficiente de Gini estadounidense aumentó continuamente de 0,372 a 0,451, el nivel que alcanzó durante los Dorados Años Veinte, conocidos por la creciente brecha en la distribución de riqueza e ingresos hasta el momento del crac. En 2010 el coeficiente de Gini estadounidense era el más alto de todos los países de la OCDE debido al estancamiento de los salarios en los sectores industrial y de servicios. Pocos discutirán el hecho de que las importantes reducciones de impuestos decididas por Reagan y George W. Bush, que favorecieron desproporcionadamente a las personas de mayores ingresos, contribuyeron sustancialmente a las discrepancias en la distribución de la renta. Dicho simplemente, aunque hay distintas

estimaciones debido a los diferentes métodos de cálculo, en 2012 un 17,2 por 100, o aproximadamente 60 millones de estadounidenses, son pobres si se define la pobreza –como lo hace la OCDE– como la situación de quienes ganan menos de la mitad de los ingresos medios per cápita.

Esos hechos críticos son decisivos para dar respuesta a la pregunta real planteada por la economía estadounidense: ¿por qué no le está yendo mucho mejor, pese a la disponibilidad de más frutos de la fase de maduración de la tercera revolución industrial y una productividad media del trabajo más alta que la que predijeron Gordon y otros economistas? Una respuesta seria a esta pregunta exigiría interrogarse sobre qué cambios sociales e infraestructurales se necesitan a fin de extraer la máxima ventaja de la fase de maduración de la revolución tecnológica en curso. ¿Cómo podemos posibilitar que más ciudadanos pobres –cuyo número ha venido creciendo debido a las razones ya expuestas y como consecuencia de la reciente política de austeridad– puedan escapar de su extrema miseria? ¿No deberíamos poner en práctica políticas de aumento de la demanda –y por tanto del empleo–, tanto públicas como privadas, hallando formas de mejorar las infraestructuras, reducir la disparidad en la distribución de la renta, impedir una mayor degradación del medio ambiente, ofrecer mejores cuidados médicos a más gente y gastar más en educación e investigación aumentando los ingresos por impuestos? Habría que preguntarse por qué los ricos, cuyos ingresos han aumentado desproporcionadamente durante los últimos cuarenta años, no pueden «soportar» una contribución impositiva más alta, en lugar de que el gobierno ponga en práctica nuevas medidas de austeridad para alcanzar el equilibrio fiscal del país. Las pruebas de la era Bush han desacreditado totalmente el argumento, basado en el lado de la oferta, de la economía del goteo, según el cual los impuestos a los ricos deben ser bajos porque son los proveedores de capital; de hecho, los datos sugieren que la economía estadounidense dispone de capital más que suficiente, dado que las grandes corporaciones disponen de más de 2 billones de dólares en efectivo y créditos a corto plazo, a la espera de mejores oportunidades de inversión.

Con otras palabras, la cuestión planteada por «el gran estancamiento» es una cuestión política o sistémica que requiere una respuesta de principio, basada en la propia perspectiva de la democracia capitalista estadounidense, que Cowen se esfuerza por eludir. Todo lo que puede ofrecer es la frívola sugerencia de que para que Estados Unidos salga de su «meseta tecnológica» hay que elevar el estatus de los científicos. Esto, espera Cowen, contribuiría a alentar más innovaciones: «Simplemente, necesitamos quererlo», añade. Parece ser el resultado inevitable de su pretensión retórica de mantenerse en el «honrado término medio» del espectro ideológico, aferrándose a una explicación determinista-tecnológica y eludiendo las cuestiones sociales y políticas más amplias planteadas por el estancamiento de las economías

capitalistas avanzadas. De hecho, el libro ofrece suficientes pruebas de sus inclinaciones políticas reales, como devoto del mercado libre y de una débil Casa Blanca; comparte la opinión de Ayn Rand sobre la importancia de la ciencia y se refiere larga e incongruentemente a la opinión de Peter Theil, cofundador de PayPal e importante contribuyente financiero a la derecha republicana, de que «la tecnología está rota». La bien conocida defensa por Paul Krugman del uso de los impuestos recaudados para revigorizar la economía es perentoriamente desechada, considerándola «poner el carro delante del caballo».

A Cowen parece preocuparle poco inmiscuirse en temas en los que su dominio de los datos esenciales es menos que insuficiente. Tanto sobre la educación como sobre la asistencia sanitaria, ofrece únicamente opiniones superficiales, más páginas de observaciones someras tratando de complacer a la derecha y a la izquierda, especiadas con observaciones sobre la «enorme distorsión de los incentivos por el Gobierno» que detecta en escuelas y hospitales, así como en la propia Administración pública, como si su papel fuera únicamente proporcionar rentas. De haberse informado mejor, no podría opinar que Japón –con su cambio casi anual de primeros ministros, su proporción deuda-PIB por encima del 200 por 100 y todavía creciente, su economía empantanada en una prolongada deflación, su coeficiente de Gini aproximándose rápidamente al nivel estadounidense– «es un ejemplo de libro sobre cómo vivir con una economía de lento crecimiento».

Su breve capítulo sobre la crisis financiera contiene algunas críticas a los principales culpables: banqueros, reguladores y diversos grupos de oportunistas. Pero el resultado de su argumento de que la Reserva Federal y los banqueros basaban sus evaluaciones de los riesgos de la burbuja de precios en estimaciones de un crecimiento del 3 por 100 anual equivale a una exculpación: «Muchos millones de personas fueron cómplices, ya fuera intencionalmente o no». Cowen no ofrece ninguna valoración crítica del caos sistémico que resultó de la abrogación de la Ley Glass-Steagall en 1997-1999 y la aprobación en 2000 de la Ley de Modernización de Futuros sobre Materias Primas, que legalizó las transacciones extrabursátiles de derivados, ni de cualquier otro cambio legal e implementación de normas que atestiguan el poder político de las instituciones financieras y su capacidad de influir sobre la toma de decisiones en la democracia capitalista estadounidense.

Si Cowen se hubiera esforzado realmente por responder a esas cuestiones sistémicas, su libro podría haber sido una valiosa contribución al debate. Lo que nos ofrece, en cambio, son consejos tan banales como: «Deberíamos ser más conscientes de que existe un malestar político y de que no deberíamos intensificarlo. Seamos tolerantes y démonos cuenta de que existen razones bastante profundas para los rifirrafes políticos, la sensación de desengaño y la polarización», y otros igualmente huecos. Ha perdido así

una oportunidad para ayudar a un amplio público lector a entender algunas de las cuestiones más importantes de nuestra época. Deberíamos acabar señalando que *The Great Stagnation* no se podría haber convertido en un *best seller* de no haber sido por la gran avidez en Estados Unidos y en otros lugares de una discusión seria sobre el estancamiento real de las economías capitalistas y sobre las medidas políticas ineficaces e incluso nocivas que se están aplicando actualmente.

CRÍTICA

Rani Singh, *Sonia Gandhi: An Extraordinary Life, An Indian Destiny*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011, 268 pp.

KHEYA BAG

LA DINASTÍA DE DELHI

Clasificado como uno de los peores países del mundo para las mujeres, India podría ser uno de los mejores lugares para una política. Ha habido poderosas primeras ministras de los distintos estados –Mayawati en Uttar Pradesh, Mamata en Bengala Occidental, Jayalalitha en Tamil Nadu– y la vociferante líder de la oposición parlamentaria es Sushma Swaraj, del BJP. Mientras que posiblemente todas quisieran optar a presidir el país, la principal figura entre ellas ha puesto reparos al cargo. La vida y la trayectoria de Sonia Gandhi llevan las políticas de identidad a otro nivel. El «ama de casa italiana» elevada al poder por ser viuda de Rajiv Gandhi –y única superviviente familiar de la generación siguiente a la de Indira– ha conseguido convertir su cargo de presidenta más duradera del Partido del Congreso en el de jefa de Estado extraoficial. En 2010, como señala Rani Singh en la primera biografía de alcance internacional, el servicio diplomático chino la situó en un rango protocolario equivalente al del presidente Hu, por encima del primer ministro Wen.

Singh es una periodista residente en Londres, durante muchos años presentadora de la BBC. Su libro carece del talento estilístico de Manjulika Dubey, la narradora encargada de redactar las propias memorias de Sonia –adecuadamente tituladas *Rajiv*–, y de los detalles faccionarios internos que animan *Sonia: A Biography* (2009), escrita por Rasheed Kidwai, de *The Telegraph* de Calcuta. En apariencia Singh no consiguió sacar nada de su protagonista cuando ambas se reunieron, y se basa enormemente en citas de

columnistas indios afines y en apuntes del decorador de Sonia, mientras que Mark Tully, de la BBC, aporta el análisis político. Capítulos novelescos sobre las muertes violentas del cuñado, la suegra y el marido de Sonia alternan con laboriosas crónicas de batallas electorales y discursos en el extranjero, entremezcladas con amplios detalles sobre el sentido estético en el vestir de la señora, su devoción de madre y sus habilidades culinarias. El libro de Singh es más fácil de interpretar como un manual sobre la forma dinástica.

Las destrezas políticas de Sonia no son insignificantes, pero se acepta en general que debe su actual posición de poder sobre 1.200 millones de indios a la mórbida dependencia de una única familia que experimenta el Partido del Congreso. El proceso alcanzó una especie de apogeo en enero de este año cuando Sonia premió a su hijo Rahul por sus desastrosos resultados en las trascendentales elecciones estatales de Uttar Pradesh en 2012 —el Congreso quedó cuarto— elevándolo a la vicepresidencia del Partido; de acuerdo con las noticias, están debatiendo su candidatura a primer ministro en las elecciones generales de 2014. Hasta Singh admite tácitamente que la hegemonía es proporcional a la quiebra ideológica del Partido: «El problema es que a lo largo de los años el Partido se ha atrofiado en muchas áreas cruciales, confiando en parte en la magia de los Nehru-Gandhi para asegurarse la victoria», escribe. Aunque gobierna desde hace casi una década —desde la caída de la coalición BJP en 2004— el Partido del Congreso ha tenido problemas para alcanzar el 28 por 100 de los votos.

La «magia» no está solo en función del insaciable interés de los medios, ya sea servil o sensacionalista. La primera familia de India combina la longevidad de la realeza —cinco generaciones, si partimos del plutócrata Motilal Nehru (1861-1931), que escribió en 1928 sobre la posibilidad de pasarle la «corona» de la presidencia del Partido del Congreso a su hijo Jawaharlal—, con el glamur telegénico y la vulnerabilidad al asesinato de los Kennedy. Como en el caso de la realeza, priman los nombres de pila. El pilar fundamental de su ideología sigue siendo el mitificado legado del liderazgo de Nehru en la lucha por la independencia y las primeras décadas del naciente Estado indio, lo cual va crucialmente entremezclado con un relato de deber y renuncia, de sacrificio abnegado por la nación. Por extensión, combina la casta alta y la autoridad aristocrática con la dedicación a los pobres y a los oprimidos, y una sincera simpatía por el *aam aadmi*, el hombre común. Por último, implica la personificación de los «valores de la familia», encarnados en unas relaciones familiares con las que todos pueden identificarse. La importancia de Sonia en el modelado y el traspaso de la dinastía a la siguiente generación, por lo tanto, no debe únicamente entenderse como algo ideológico y político, sino también sentimental, estratégico y profundamente relacionado con su condición de mujer.

Nacida en 1946 en una aldea cercana a Vicenza, Edvige Antonia Albina Maino recibió el sobrenombre de Sonia de su padre, un fascista que había combatido con las fuerzas de Mussolini en Rusia y que después de la guerra regentó una pequeña constructora. Sonia se educó con las monjas –una de las cuales comentaría a un entrevistador de *Frontline* en 1998: «Siempre fue un poco manipuladora. Le debería ir bien en política»–, pero dejó el convento a los catorce años para asistir a la escuela de idiomas Berlitz, un paso para obtener un puesto de secretaria en una empresa internacional. A los diecinueve se trasladó a pulir su inglés a una escuela de idiomas de Cambridge, «popular entre los extranjeros, que la consideran más limpia y segura que Londres», explica Singh. Rajiv Gandhi, de 21 años, estaba a punto de abandonar una ingeniería en el Trinity, y la vio en un restaurante local. Se prometieron al año siguiente, 1966, poco después de que los líderes del Congreso nombrasen primera ministra a la madre del novio, Indira. (El padre de Rajiv, Feroze Gandhi –por supuesto, sin parentesco alguno con Mahatma–, había muerto en 1960).

La boda se celebró en 1968, en el jardín de la residencia de Indira en Lutyens; Sonia llevaba un sari de color rosa claro que Nehru había tejido a mano en la cárcel, para la boda de Indira con Feroze en 1942. Los recién casados se instalaron en la casa de la primera ministra, junto con Sanjay, el hermano menor de Rajiv, y su esposa, Maneka. Rajiv compaginó felizmente su profesión de piloto de Indian Airlines con las reuniones sociales de la *babalog* de Delhi. En 1970 nació su hijo, Rahul, y dos años después una hija, Priyanka. Singh se muestra un tanto vaga respecto al Periodo de la Emergencia, como lo haría Sonia en 2004, cuando explicó que Indira «nunca estuvo cómoda» con la represión que hizo encarcelar a miles de personas, pero «las circunstancias la obligaron». Singh admite que la campaña de esterilización masculina impuesta por Sanjay fue «excesiva», y que su plan de limpieza de barriadas pobres «erró el blanco». Sonia y Rajiv se vieron «incómodamente atrapados en los acontecimientos en marcha, porque su casa era el centro de la acción».

Cuando el electorado indio rechazó a Indira en 1977, Rajiv fue «acosado» por las autoridades fiscales: «Las acusaciones de supuesta corrupción son endémicas en cualquier paisaje político», lamenta Singh; que Sonia trabajase como consejera de una de las empresas tapadera queda sin comentar. Sonia estaba ocupada en ganarse el aprecio de Indira: «Mi educación me hace sentir que mi marido es superior, y su madre más superior aún», le contó a los entrevistadores. Tras el accidente aéreo de Sanjay en 1980 –su último vuelo se describe con gráfico detalle–, Sonia marginó a Maneka, asegurándose de que Indira la escogiese a ella como secretaria privada. A cambio, una tumultuosa vida política llevaría a Maneka al BJP. «Es fácil presentar una imagen de santa y pecadora, ama de casa calmada y angelical frente a joven activista en busca de acción, pero las cosas no eran tan tajantes», concluye Singh. Como antes

su suegra, Sonia desempeñaba ahora la función de primera dama junto a una primera ministra viuda que acabó necesiéndola como asistente personal, gestora doméstica y consejera en el vestir. En la formal expresión de Sonia: «A la angustia que Indira sintió por la pérdida del hijo se sumó la decisión de la viuda de Maneka de abandonar la casa».

El libro afirma que Sonia intentó evitar que Rajiv abandonara Indian Airlines para dedicarse a la política, después de la muerte del hermano, y sin duda es cierto; pero presionada por la familia en general (Vijaya Lakshmi Pandit, Arun Nehru), pronto cedió: «Me plegué a unas fuerzas que ahora estaban por encima de mi capacidad de lucha, y decidí acompañarlo adonde él quisiera ir». Como perfecta esposa de político, renunció a la ciudadanía italiana, cambió su vestuario occidental por los saris y los *salwar kurtas*, y caminó con recato detrás de Rajiv cuando ambos visitaron el distrito electoral por el que él se presentaba, Uttar Pradesh, feudo familiar de Amethi, donde se convirtió en benefactor de mujeres y niños y aprendió a decir *Patiji ko vote dijiye* (Vote por mi esposo). En 1983, Indira nombró a Rajiv secretario general del Comité del Congreso de toda India, el organismo de los delegados nacionales del partido. Singh no molesta al lector con los detalles del Gobierno de Indira entre 1980 y 1984: «Mientras múltiples insurrecciones y una atmósfera de descontento e inestabilidad afectaban a partes de India, Sonia, de vuelta en Delhi, tenía una familia que cuidar». El libro aborda de pasada el movimiento nacionalista sij de Punjab; en cuanto a la ocupación del complejo del Templo Dorado de Amritsar, «era necesario aplastar a los separatistas. Indira necesitaba actuar con rapidez; solo tenía una opción...».

Arun Nehru ha declarado a la biógrafa de Indira, Catherine Frank, en qué medida él y Rajiv estuvieron implicados en el asalto militar que redujo el complejo del Templo Dorado a un osario: Indira les había confiado la Operación Blue Star delante del ministro del Interior, y el primer ministro de Punjab también la conocía. Cuando los guardaespaldas sijs de Indira dirigieron sus armas contra ella, unos meses después, Sonia era el único miembro de la familia que estaba en casa. Singh reproduce el conocido relato: «Sonia corrió en camión, descalza, rompió a llorar, y gritó, “¡Mami! ¡Oh, Dios, mami!”». De camino al hospital, sujetó la cabeza de Indira en su regazo, llenándose de sangre la bata. En la operación del mito dinástico, el lazo de sangre entre madre y nuera probablemente contaría más que el matrimonio con el piloto. Enfrentada a los críticos del Partido que quince años después apelarían a su categoría de no nativa, Sonia afirmó: «La mayor hija de este país, Indira-ji, expiró en mis brazos; cada gota de sangre de mi ser grita que esta es mi tierra». Aun así, la sangre de algunos valía evidentemente más que la de otros. Rajiv juró como primer ministro la tarde del mismo día que murió su madre, pero se permitió que la persecución contra los sijs –al menos 2.700 asesinados, decenas de miles expulsados de sus

casas incendiadas— durase tres días, y los líderes y los pistoleros a sueldo del Partido colaboraron en una carnicería muy orquestada. La respuesta de Rajiv fue: «Cuando un árbol poderoso cae, la tierra tiene que temblar». Tres décadas después, quienes atacaron el complejo del Templo Dorado o dirigieron la matanza de sijs todavía gozan de impunidad.

Para Singh, Rajiv era «como un océano de fuerza reflexiva»; su «limpia imagen» representaba «el cambio, la esperanza, la energía, la modernidad»; su nuevo equipo —gerentes de empresa, un excopiloto, amigos de colegio y universidad— «compartía su sueño». Como Sonia, Rajiv «aborreceda» el comunismo, definido por Singh como la explotación del sentimiento religioso con fines electorales. El mito persiste, a pesar de la participación de Rajiv primero en la anulación de la sentencia emitida en 1985 por el Tribunal Supremo a favor de una divorciada musulmana pobre, en un movimiento calculado para aplacar a los mulás, y después en respuesta a la ira que inspiró capitulando ante las fuerzas del *Hindutva*, abriendo las puertas del Babri Masjid en Ayodhya, lo cual desencadenó los acontecimientos que llevarían a la destrucción de la mezquita en 1992. El escándalo de Bofors, que estalló en 1987 —el Gobierno de Rajiv fue acusado de embolsarse un soborno de 11,7 millones de dólares para favorecer un contrato de armas—, es tachado de mera campaña de calumnias por Singh, que empatiza con la consternación de Sonia ante «el maltrato y el vilipendio que tanto dolor» causaron a Rajiv. La biógrafa no considera digno de investigación el hecho de que el intermediario del trato hubiera sido un italiano amigo de la familia, presentado por Sonia. El escándalo de Bofors explotó cuando las tropas indias entraban en la península de Jaffna, en un pacto entre el Gobierno de Rajiv y el Gobierno de Jayewardene en Sri Lanka, que hizo a Delhi asumir la tarea de aplastar a los Tigres Tamiles. Podría decirse que Indira y Rajiv encontraron un final trágico, en el sentido de que en ambos casos fue consecuencia de cadenas de acontecimientos que ellos mismos habían instigado. Singh dedica un prólogo y un capítulo central a una repulsiva reconstrucción del asesinato de Rajiv por un terrorista suicida tamil.

De hecho, la biografía política autónoma de Sonia empieza en 1991, con su viudedad. Los años siguientes son convencionalmente retratados como un periodo de reclusión tras la muerte del marido, pero Sonia no permaneció en absoluto inactiva. Presidió con eficacia la Rajiv Gandhi Foundation, establecida un mes después del asesinato con una generosa financiación de las mayores empresas indias, Reliance y Tata, y una donación de 20 millones de dólares efectuada por el nuevo Gobierno del Partido del Congreso presidido por Narasimha Rao, como parte importante del primer presupuesto del ministro de finanzas Manmohan Singh; solo las clamorosas protestas hicieron que dicha cantidad fuese retirada. Presidida por Sonia, la RGF se convirtió en una caja de resonancia y en un centro organizador para

la oposición interna del partido a Rao, aunque ella conservó unas excelentes relaciones con el ministro de finanzas de tendencia neoliberal intransigente, exfactórum del FMI y del Banco Mundial y encargado de liberalizar la economía india a comienzos de la década de 1990; muchos de los que se reunieron en torno a la RGF acabaron convirtiéndose en los principales partidarios de Sonia. De acuerdo con Rasheed Kidwai, Sonia estaba insatisfecha con el Partido del Congreso posdinástico dirigido por Rao. En un discurso muy difundido que pronunció en 1995 en Amethi, lo criticó por la lentitud con la que avanzaban las investigaciones sobre la muerte de su marido. Su reluciente memoria fotográfica, *Rajiv*, había sido publicada un año antes. (Una contribución anterior a la bibliografía dinástica que lleva la impronta de Sonia fue la reedición de las difundidas cartas entre Jawaharlal e Indira: «El gusto de Sonia por los libros era excepcional en un político indio», señala Singh).

La derrota electoral de Rao en 1996 desató una feroz lucha interna en el Partido; Sitaram Kesri, crítico ante el liderazgo de los brahmanes —y expartidario de Subhas Chandra Bose—, ganó las primeras elecciones a la presidencia del Partido del Congreso celebradas en décadas. En ese momento, el «sentido del deber» llevó a Sonia a intervenir: «Sentí que me estaba comportando con cobardía, sentada y mirando sin más cómo se deterioraba el Partido por el que mi suegra y toda la familia habían vivido y muerto», explicó más tarde en una entrevista de televisión. La facción de Sonia se movilizó. En marzo de 1998, tras una tormentosa reunión del Comité de Trabajo del Congreso, en la que Kesri se negó a dimitir, los dirigentes del Partido sencillamente cambiaron el rótulo de su despacho, y pusieron el nombre de «Sonia Gandhi».

La inexperta campaña de Sonia como líder del Congreso fue un fiasco: el Partido perdió la mayoría de los distritos electorales visitados por ella. El Gobierno del BJP la sometió a ataques desdeñosos por su extraño torpe hindi y acento extranjero; como líder de la oposición, daba una pobre imagen frente al entusiasta Vajpayee. Pero Sonia se mostró a la altura de críticos del Congreso como Sharad Pawar, que consideraba legítimas las dudas acerca de su liderazgo: «Los indios comunes esperaban que su primer ministro tuviera una experiencia en la vida pública». Pawar y sus colaboradores fueron expulsados del partido cuando Sonia amenazó con dimitir. Supuestamente, para las elecciones de 1999, esta se estudió los vídeos de los discursos de Indira, adoptó sus gestos y se tiñó el pelo de un color más oscuro, pero sin éxito. Pronunció un respetable discurso en el Parlamento tras las persecuciones de 2002 contra los musulmanes en Gujarat, deplorando la violencia, pero lo siguió con una campaña electoral en dicho estado que parecía destinada a apaciguar el chovinismo hindú: nombró director de la campaña a un ex líder del RSS, y visitó templo tras templo, mientras desairaba a la viuda de un congresista musulmán local que había sido asesinado junto con las personas a las que estaba protegiendo. El BJP de Narendra Modi ganó en Gujarat por mayoría absoluta.

Para sorpresa de los encargados de efectuar las encuestas de opinión, sin embargo, el Partido del Congreso consiguió, bajo el liderazgo de Sonia, recuperarse en las elecciones de 2004. Aunque la diferencia de votos fue marginal, su equipo había firmado con los partidos de izquierda un pacto que dio a la Alianza Progresista Unida, liderada por el Partido del Congreso, la mayoría parlamentaria, y ayudó a mantener bajo control las fuerzas basadas en la casta y las regionales. Las encuestas habían descubierto que, por sí sola, Sonia no podría competir contra el candidato en el poder, Vajpayee, pero el trío Sonia + Rahul + Priyanka sí tendría más posibilidades. Como resultado, la mayoría de los dirigentes del Congreso quedó confinada en Delhi, mientras Sonia y sus hijos dominaban la cobertura mediática, acompañados por unos cuantos famosos de Bollywood y un enorme dispositivo de seguridad: entre veinte y treinta vehículos, guardaespaldas armados, radioteléfonos portátiles, etcétera. Tras unos estudios erráticos en Harvard y Cambridge, Rahul, de 34 años, ocupaba un lucrativo cargo en el célebre Monitor Group de Londres –la «consultoría global» que redactó la tesis doctoral de Saif Gaddafi en el LSE– seguido por un periodo en una dudosa empresa de subcontratación tecnológica de Bombay. Toda una batería de expertos se encargó de transformarlo en un amigo del hombre común, y lo devolvió debidamente convertido en parlamentario por el escaño familiar de Amethi.

La decisión de Sonia de nombrar primer ministro a Manmohan Singh en 2004, en lugar de promoverse ella misma, fue recibida casi universalmente como un acto de verdadero sacrificio gandhiano; para Dileep Padgaonkar, periodista de *The Times of India*, estaba a la par de la renuncia de Buda a los bienes materiales. Fue igualmente admirada como frío cálculo político. La medida desarmó al BJP, que había previsto dirigir una campaña nacional contra la vergüenza de que India estuviese gobernada por una extranjera, y se ganó el apoyo de partidos más pequeños –como la escisión del Janata Dal dirigida por Lalu Prasad Yadav, del estado de Bihar– que de otro modo podrían no haber apoyado a la UPA. Pero Sonia no solo conservó su máxima posición dentro del Partido, sino que amplió su poder sobre el primer ministro: una enmienda en los estatutos del grupo parlamentario del Partido del Congreso establecía que el presidente del Partido, ella misma, tendría capacidad para nombrar y cesar al primer ministro. Manmohan Singh no tenía base electoral –era candidato al Rajya Sabha, la Cámara alta al estilo Westminster– y, por lo tanto, dependía por completo del respaldo de Sonia. Como asistente principal le colocaron un leal de la RGF, Pulak Chatterjee. El nuevo primer ministro se mostraba debidamente deferente mientras saludaba por primera vez a la prensa: «Conozco mis limitaciones, pero con la guía de la señora y el apoyo del país, estoy seguro de que vamos a construir el futuro». Sumado al sentimiento general de satisfacción, el primer

Gobierno de la UPA también sería beneficiario de la expansión comercial planetaria de mediados de la década de 2000: la gran afluencia de capital extranjero fue absorbida por el auge de la inversión; con tasas de crecimiento cercanas al 10 por 100, se hablaba de India como el más prometedor de los BRIC, quizá incluso capaz de superar a China.

Singh dedica solo un breve capítulo a la trayectoria del Partido de su heroína, en el poder desde 2004. Hay muchos elogios para el *National Advisory Council*, que, establecido bajo su presidencia, otorgó a Sonia rango formal de ministro de la Unión India. Aunque supuestamente dice muy poco en esas reuniones, como con sinceridad afirma Singh, el CAN «le ha aportado la imagen de legisladora dedicada a las buenas obras, que pasa el tiempo con activistas sociales y trabajadores de organizaciones benéficas»:

Situarse a la cabeza del CAN le permitió a Sonia distanciarse del Gobierno, y al mismo tiempo hablar sobre temas que el Gobierno no abarca en general, como el derecho de todos los pobres a comer [...]. Fue un movimiento político astuto, porque abarca a quienes defienden una nueva economía india de libre mercado y a otros que simpatizan con los renombrados activistas sociales del CAN: economistas capitalistas de la mano de progresistas generosos.

¿Cuál es la tendencia predominante? En economía, el Gobierno de Singh emprendió una firme política privatizadora, tasando sistemáticamente los activos públicos por debajo de su precio real: los agricultores fueron expulsados de los terrenos asignados a las Zonas Económicas Especiales; las empresas privadas obtenían condiciones preferenciales para los contratos de infraestructuras; el espectro 2G fue subastado con un déficit de 39 millardos de dólares y provisión para una pérdida potencial varias veces superior. Todos estos acuerdos, firmados por Manmohan Singh, llevaron la antigua corrupción del Partido del Congreso a alturas astronómicas. La riqueza en capital financiero y bienes inmuebles se ha disparado, los beneficios que produce se concentran en un pequeño segmento de la población, mientras que la economía se ha desprendido de los trabajadores no cualificados. El consumo de la elite y la entrada de capital mundial han hecho aumentar más las importaciones que las exportaciones, provocando un déficit por cuenta corriente mayor que en la década de 1990. Se calcula que entre 500 millardos y 1.400 millardos de dólares se han trasladado ilegalmente al extranjero. Frente a esto, el gobierno ha asignado 8.900 millardos de dólares a su programa insignia contra la pobreza, la Ley Nacional de Garantía del Empleo Rural, que ofrece 100 días de trabajo manual no cualificado –tapar baches, limpiar canales de regadío, etcétera.– a cualquiera que lo solicite, con un salario mínimo establecido en torno a los 2 dólares diarios.

El segundo Gobierno de la UPA ha aplicado nuevas medidas liberalizadoras, a instancias de las potencias occidentales, aunque la economía ahora

está fallando. Una ley sin precedentes ha levantado las restricciones a la inversión extranjera en el sector de la alimentación minorista, dando entrada a Walmart y otras multinacionales a expensas de millones de pequeños comerciantes indios, sin ninguna garantía de que mejore la infraestructura de producción y distribución de alimentos que tantos desnutridos deja. Unido a esto, está en marcha una insólita financiarización del sistema de distribución pública de alimentos y carburante subvencionados (ya de por sí tradicionalmente saqueado a escala masiva). Se están desmantelando las redes existentes; en lugar de recibir las mercancías en sí –parafina, harina de garbanzos, lentejas– casi 300 millones de campesinos recibirán pequeñas cantidades en metálico, a través del corrupto y endeudado sistema bancario. Unas 600.000 aldeas están atendidas por una red de solo 40.000 sucursales bancarias, con la consecuencia de que muchos «beneficiarios» deben viajar medio día para acceder a sus nuevas cuentas, solo para que en muchos casos les digan que el dinero no ha llegado aún. La familia Ambani, que domina el sector del refinado de petróleo, podría ser la principal ganadora.

Además de su preocupación por los pobres, la UPA ha afirmado sostener la causa del empoderamiento de las mujeres y de la secularización, contra la supuesta «amenaza fascista» del BJP. Sonia y el NAC han defendido la imposición de cuotas para garantizar que las mujeres ocupen un tercio de los escaños del Lok Sabha [Cámara baja] y de las asambleas estatales, y renovado los llamamientos a que se apruebe la Ley de Protección de las Mujeres, después de una terrible violación en grupo –muy difundida, al contrario que la mayoría de los ataques de este tipo en los que los perpetradores gozan de privilegios de casta– que provocó protestas feministas en todo el país. Pero el principal obstáculo para la autodeterminación de las mujeres en India es el dominio que los organismos religiosos conservadores tienen sobre el derecho de familia –matrimonio, divorcio, herencia, violencia doméstica–, establecido por Nehru y consolidado por Rajiv y Sonia. Mientras tanto, la UPA está ahora atrapada en las redes de la recesión mundial y la rebelión interna contra la opresión y la corrupción en el país. La respuesta del Partido del Congreso a la insurgencia de los *adivasis* ha sido draconiana, mientras que el movimiento anticorrupción liderado por Hazare en el verano de 2010, cuando Sonia estaba supuestamente hospitalizada en Estados Unidos, sorprendió a los dirigentes del Partido.

Hay una percepción generalizada de que Sonia está a la izquierda de la camarilla estrictamente neoliberal que rodea al primer ministro nombrado por ella: Chidambaram, Ahluwalia, Raghuram Rajan y compañía. La presidenta tiene que preocuparse por la elegibilidad del Partido, mientras que el ala tecnócrata de este, no; muchas de las intervenciones de Sonia, que a menudo adoptan la forma de cartas abiertas al Gobierno, resaltan la necesidad de considerar los efectos que las políticas tendrán sobre los pobres.

Pero la posición de Manmohan Singh depende en último término de ella. Sonia había hecho creer a la izquierda que estaba en contra de la liberalización del sector energético indio, pero guardó silencio mientras Rahul se mostraba inusualmente animado en el Parlamento. El Acuerdo Nuclear entre India y Estados Unidos, que formalmente subordinaba aspectos clave de la política exterior india al dictado de Washington, solo fue aprobado en 2008 mediante sobornos descarados a los legisladores, cuando no solo la oposición, sino también el CPM [Partido Comunista de India-Marxista], liderado por Prakash Karat, rechazaron una cesión tan venal de la soberanía. En protesta, el BJP vació sacos de billetes de rupias en el suelo de la Cámara, para mostrar que Sonia y su primer ministro estaban comprando la mayoría. Otro laurel en los credenciales «socialistas» de Sonia es la perseverante promoción de su propio hijo, firmemente neoliberal. Rani Singh dedica un trémulo capítulo final a este «hombre del pueblo» «de piel clara y fotogénico», con su «escogido equipo de jóvenes motivados y preparados», muchos de los cuales son «expertos en tecnología». En apariencia Rahul «combina el idealismo de Rajiv con el impulso de Sanjay». Mientras que Sonia ha «heredado el manto de matriarca, y sabe llevarlo», Rahul representa la «política de la esperanza» y está «atrayendo sin dificultad a los más jóvenes».

Esa es la lógica del dinastismo. El ADN de los pandits de Cachemira tal vez se haya diluido hasta el límite de la extinción en los genes gujarati-parsi e italo-católicos, pero el apoyo al principio sucesorio parece intacto en el Partido del Congreso y entre la máxima *intelligentsia* india. El nombramiento de Rahul por su madre como número dos del partido fue en general bien recibido, en nombre de la estabilidad y de garantizar el futuro; cualquier posible disenso ante la imposición de un derechista malcriado apenas se elevó por encima del murmullo. Y aquellos preocupados por la posibilidad de que Rahul no esté a la altura del cargo acuden primero a su hermana Priyanka, considerada «candidata natural» para la tarea. Singh meramente recicla las ideas recibidas de estos círculos. El dinastismo ayuda a unir al país, al naturalizar el poder en forma de continuidad familiar que los votantes pobres pueden entender. «Nuestro orgullo es la madre India, nuestra guía es la madre Sonia», proclama la publicidad del Partido del Congreso, como si el principal deber de una *intelligentsia* nacional merecedora de ese nombre no fuese el de combatir dicha mistificación. El dinastismo es un fenómeno universal, ¿por qué criticar su aparición solo en India? Porque, sancionada durante tantas generaciones en la cumbre, aquí es donde más se ha extendido la podredumbre: la hegemonía del Partido del Congreso ha ayudado a normalizar el dinastismo en todo el sistema político. En la Lok Sabha actual, tres de cada diez parlamentarios tienen lazos familiares con su escaño, ascendiendo a cuatro de cada diez en el caso del Partido del Congreso; cuanto más joven es el parlamentario, más probabilidades

hay de que el escaño sea «hereditario»: todos los parlamentarios del Partido del Congreso menores de 35 años son «herederos». El dinastismo está profundamente arraigado en la cultura india: «Los habitantes del Sur de Asia creen que el conocimiento y la experiencia aumenta de una generación a la siguiente y, si es posible, no debería malgastarse», explica Singh. Pero esta es simplemente otra apología del pernicioso control de casta.

La reaccionaria educación católica de Sonia Gandhi y su falta de preparación formal no han sido un obstáculo; quizá al contrario, incluso: ha demostrado ser un operador perfectamente adecuado del sistema. Ha cultivado el legado de Nehru, sacando más volúmenes de cartas y convirtiendo la casa de Indira en un museo del patrimonio cultural. Ha convertido en culto su sacrificio por la nación: Rahul reveló que, la noche antes de anunciar su ascenso a la vicepresidencia del Partido del Congreso, Sonia se le acercó llorando, «porque sabe que el poder que tantos buscan es de hecho un veneno». No ha dejado de proclamar que «la mano del Congreso está con los pobres», a pesar de que la desigualdad está aumentando. «Sonia parece sacar fuerza de mirar a los desamparados a la cara», escribe Singh, un argumento ilustrado de manera muy poco sutil por la portada de su libro, que muestra a Sonia sonriendo a una mujer pobre. Sobre todo, ha ayudado al Partido a recuperar el poder.

El precio ha sido el de eliminar todo control democrático en el Partido del Congreso. Hasta Indira y Rajiv se reunían con un consejo de diez miembros para consultar los nombramientos más importantes, pero Sonia ha prescindido completamente de esto, y nombra por sí sola a todos los dirigentes de las secciones estatales. El Comité de Trabajo del Partido del Congreso puede tener hasta doce miembros elegidos y once nombrados por el presidente. Sus primeras elecciones en veinte años se celebraron en 1992, y no se han vuelto a celebrar desde 1998, cuando Sonia asumió el poder. En una mayoría abrumadora, los miembros del comité no son representantes en la Lok Sabha: la mayoría de los principales asesores de Sonia y de los ministros del Gobierno pertenece a la Rajya Sabha [Cámara alta]. La falta de control interno en el seno del Partido se amplía así a todo el sistema político. Gandhi y su progenie sirven esencialmente de frente ideológico de una máquina de clientelismo político. Tachado de amenaza fascista, el BJP desempeña ahora la función que los británicos ocuparon a la hora de obtener apoyos. La identidad y el atractivo del Partido del Congreso son ahora negativos: no están explícitamente equiparados a una geografía, una religión o una casta específicas. En el otro extremo, el BJP, única alternativa electoral viable en todo el país, ha convertido en cuestión de principio que ninguno de sus dirigentes tenga certificado dinástico. Si las encuestas de popularidad son un indicio, el principal beneficiario del Raj Nehru de Rahul podría ser Narendra Modi.

CRÍTICA

Christoph Kalter, *Die Entdeckung der Dritten Welt*, Frankfurt del Main, Campus Verlag, 2011.

IAN BIRCHALL

EL TERCER MUNDO Y DESPUÉS

El Tercer Mundo ascendió como un cohete de feria... y cayó como el proverbial palo que lo sostiene. El término, inventado por Alfred Sauvy en 1952 en un artículo en *L'Observateur* titulado «Tres Mundos, un planeta», ocupó el centro del discurso de la izquierda europea (incluida esta revista) durante la década de 1960. Mientras que el largo *boom* de posguerra parecía haber apartado de la lucha a la clase obrera metropolitana, las revoluciones de China y Cuba y las luchas de liberación nacional desde Argelia hasta Vietnam inspiraron a una nueva generación. Ho Chí Minh y Che Guevara se convirtieron en héroes y los textos de Frantz Fanon y Régis Debray eran atentamente estudiados. Pero a finales de la década de 1970 las noticias de la Camboya de Pol Pot habían aplastado las ilusiones de la generación de la década anterior; los avances de la globalización parecían hacer obsoleto el propio concepto de un «Tercer Mundo». Hoy día el término se considera anticuado y peyorativo.

El tercermundismo no alcanzó en ningún sitio una influencia tan espectacular como en Francia, que desde 1946 hasta 1962 se mantuvo en un estado prácticamente permanente de guerra colonial, primero en Indochina y luego en Argelia. Después todavía tuvieron que pasar tres décadas antes de que se pudiera afrontar la auténtica y terrorífica verdad; hasta 1999 no se reconoció oficialmente que había habido una «guerra» en Argelia. Que Francia sigue todavía angustiada por su pasado colonial es algo que muestran películas como *Nuit noire* (2005), de Alain Tasma, y *Hors-la-loi* (2010),

de Rachid Bouchareb, y novelas como *Où j'ai laissé mon âme*, de Jérôme Ferrari. Quizá la descripción más vívida aparece en la novela *L'art français de la guerre*, de Alexis Jenni —quien recibió por ella el premio Goncourt en 2011—, que describe la odisea de un soldado de la Resistencia, pasando por Indochina y Argelia, hasta la violenta *banlieue* de Lyon. Existe una abundantísima literatura sobre el tema, pero uno de los estudios más detallados y desapasionados del impacto del tercermundismo sobre los intelectuales de izquierda franceses se ha escrito en Alemania, un país que nunca sufrió el trauma de la descolonización. El meticuloso estudio de Christoph Kalter *Die Entdeckung der Dritten Welt* [El descubrimiento del Tercer Mundo] (con una bibliografía de más de novecientos libros y artículos) ofrece un detallado informe de cómo se desarrollaron esas ideas en la izquierda francesa, reconstruyéndola en profundidad.

Kalter recorre las teorías y debates que inspiraron y cuestionaron a la izquierda en Francia entre las décadas de 1950 y de 1970, en sucesivos capítulos sobre el surgimiento y trayectoria de la categoría de «Tercer Mundo»; las respectivas orientaciones de las fuerzas principales de la izquierda francesa durante los últimos años del colonialismo y el ascenso de una «nueva izquierda radical»; el papel de «la política de la memoria» con su retórica de «fascismo» y «resistencia»; el papel especial de la editorial Maspero y en particular de su revista *Partisans* y la fundación del Partido Socialista Unificado (PSU) y de su centro asociado para el estudio del Tercer Mundo, CEDETIM. El último capítulo expone los principales problemas que afrontaba o que planteó la izquierda durante ese periodo, sobre todo, el del alcance y carácter de la revolución a finales del siglo XX. Kalter ha escrito una «historia de las ideas», pero resueltamente materialista. Las ideas sobre el Tercer Mundo se configuraron en las cabezas de hombres y mujeres que trataban de unir teoría y práctica, a veces con considerable riesgo personal, como quienes «transportaban maletas» para el Frente de Liberación Nacional argelino (FLN). Aunque autores como Sartre o Fanon son bien conocidos, sus escritos y acciones solo cobran pleno significado junto a los de otros cientos de pensadores y activistas menos conocidos (y hoy a menudo olvidados), que Kalter recupera ahora para el registro histórico.

Era una época de acción colectiva. La gente participaba en concentraciones, manifestaciones, conferencias y centros de investigación y se unía a los *groupuscules* de extrema izquierda o a los grandes partidos políticos. Para que las ideas circularan tenían que ser publicadas; Kalter concede considerable atención a los mecanismos de publicación, examinando en detalle sus limitaciones políticas y financieras y, en particular las dificultades que afrontaban las editoriales y librerías durante la guerra de Argelia, cuando tenían que hacer frente a la censura del Estado y a ataques físicos de los grupos de extrema derecha. Al mismo tiempo, vincula la historia de la izquierda

francesa a la historia más amplia de la descolonización y la globalización política y cultural. De ese modo nos ofrece una historia auténticamente materialista, en la que las ideas no quedan perdidas o sumergidas en detalles anecdóticos, sino que se les da su auténtica importancia situándolas en su contexto histórico y material. Su libro aguanta bien la comparación con las mejores obras del género, por ejemplo, *The New York Intellectuals*, de Alan Wald, y cabe darle la bienvenida frente al enfoque de historiadores como Tony Judt, quienes parecen mucho más preocupados por condenar a la izquierda francesa que por entender sus complejidades.

La retirada francesa, a regañadientes y empapada en sangre, de un imperio que solo estaba por debajo del británico en cuanto a tamaño, marcó todo un periodo histórico desde mediados de la década de 1950 hasta la elección de Mitterrand en 1981. Kalter compara la importancia del *Entdeckung* [«descubrimiento»] del Tercer Mundo, forzado en Europa por las luchas de liberación nacional de la época, con el descubrimiento de América quinientos años antes: ambos obligaron a Europa a replantearse su posición en el mundo. La descolonización tuvo un efecto importante sobre la izquierda francesa y es uno de los factores que explican la explosión social de 1968: algunos de sus principales activistas se habían radicalizado originalmente en su actividad solidaria con la lucha de liberación argelina. Kalter rechaza la llamada «tesis del mínimo impacto» argumentada por el historiador Charles-Robert Ageron, quien asegura que la mayoría de los franceses estaban desinformados y eran indiferentes hacia el Tercer Mundo. Las percepciones francesas se desarrollaron en un contexto internacional; la guerra de los estadounidenses en Vietnam fue de gran importancia; la ofensiva del Tet en 1968, que mostró cuán vulnerable era la mayor potencia militar del mundo, suscitó expectativas; las manifestaciones en apoyo de los vietnamitas alimentaron directamente la insurrección estudiantil de 1968, y lo mismo sucedió con la imagen general de la Revolución Cultural china y la prolongación de la Guerra Fría. El Tercer Mundo parecía ofrecer una alternativa tanto al imperialismo occidental como al Segundo Mundo del «socialismo realmente existente».

Si el «Tercer Mundo» de Sauvy obtuvo una popularidad instantánea, lo que realmente significaba estaba bastante menos claro. Suponía una analogía con el «tercer estado» de la Revolución Francesa, y en consecuencia adquiría para la tradición republicana connotaciones de una «una lucha heroica por la libertad, la igualdad y la fraternidad». La creciente conciencia de la pobreza del Tercer Mundo ponía en cuestión el mito de la «misión civilizadora» de Francia en sus territorios coloniales. La idea adquirió diferentes significados en distintos contextos. Por un lado, estaban las diversas teorías de economistas y sociólogos, y por otro, había activistas, desde católicos a maoístas, que trataban de integrarla en su práctica política. Para algunos

predominaba la idea de los llamados «países en vías de desarrollo», sociedades todavía hundidas en la pobreza, pero que, con duro esfuerzo, podrían alcanzar finalmente a sus vecinos más ricos. Otros mantenían la opinión de que el «subdesarrollo» era un producto del capitalismo global y de que los países subdesarrollados seguirían siéndolo mientras sobreviviera el capitalismo. Así, gran parte del debate sobre el Tercer Mundo consistía en tratar de establecer qué es lo que significaba exactamente ese término.

Sin embargo, durante la década de 1980 el concepto se hizo cada vez más problemático. Algunas de las ilusiones más cándidas sobre el potencial del Tercer Mundo para encabezar la revolución mundial habían perecido como consecuencia de los acontecimientos en China e Indochina. El Tercer Mundo se estaba diversificando cada vez más, con los Tigres Asiáticos saltando adelante mientras que otras zonas se estancaban. Hoy día la imagen del Tercer Mundo es por un lado pobreza y necesidad y, por otro, el peligro del terrorismo. Al mismo tiempo, la noción de globalización iba cobrando cada vez mayor importancia; para los teóricos de ese fenómeno había solamente un mundo: el Tercer Mundo no era el problema ni la solución. Si el tercermundismo había socavado una visión eurocéntrica del planeta, el concepto de globalización parecía capaz de integrar y sustituir sus percepciones. Como señala Kalter, la preocupación de la izquierda francesa por el Tercer Mundo contenía mucho de positivo, pero también había un aspecto sentimental, psicológico, enraizado en sentimientos de culpa e incluso en el odio a sí mismos de los europeos. Como él dice: «Junto con el Tercer Mundo como un lugar utópico, los activistas también enterraron los autoengaños que les habían permitido pasar por alto las desigualdades sociales, la opresión y la guerra en aquellos países no europeos que habían admirado como modelo alternativo de sociedad».

Pero pese al carácter problemático y contradictorio del concepto, el tercermundismo fue indudablemente una idea-fuerza sustancial en la izquierda francesa entre 1944 y 1968. En el momento de la liberación, Francia tenía no uno, sino dos partidos obreros de masas, el socialista (SFIO) y el comunista (PCF). En lo que se refería a la cuestión colonial, la SFIO estaba encenagada desde el principio. Su pensamiento estaba profundamente influido por la tradición republicana y en particular por la idea de *laïcité* [laicidad] que hasta el día de hoy sigue siendo explotada para legitimar la islamofobia. Como señala con justicia Kalter, el imperialismo francés era un proyecto no de la derecha, sino de la izquierda republicana (Jules Ferry, pionero de la educación laica en la Tercera República, fue uno de los padres fundadores del imperio). Fue bajo el gobierno del dirigente de la SFIO Guy Mollet cuando se intensificó la guerra de Argelia, con el uso cada vez más sistemático de la tortura y las ejecuciones sumarias. El PCF, fundado en 1920, tenía una tradición muy distinta. La Internacional Comunista requería a sus afiliados

apoyar «cualquier movimiento de liberación en las colonias, no solo con palabras, sino con hechos». Entre los fundadores del PCF estaban Ho Chí Minh (quien editaba la revista *Le Paria*) y Messali Hadj, pionero del nacionalismo argelino; las semillas de las guerras de Indochina y Argelia se sembraron en París. Desgraciadamente, en los años de posguerra el PCF no se atuvo a sus tradiciones: en 1956 sus diputados votaron a favor de los «poderes especiales» concedidos al gobierno de Mollet para afrontar la guerra en Argelia.

Además de los dos partidos de masas, había numerosas revistas y pequeñas agrupaciones que trataban de encontrar una vía independiente del reformismo socialdemócrata y del estalinismo. Entre ellos había anarquistas, trotskistas, católicos de izquierda y otras corrientes como la constituida en torno a la revista de Sartre *Les Temps Modernes* (y desde 1963 en adelante también maoístas). A finales de la década de 1950 surgió una nueva izquierda radical en Francia, como respuesta a la triple crisis de Suez, Hungría y Argelia. Era un conglomerado heterogéneo, sin una línea o doctrina unificadora claramente definida, agrupado en torno a varias publicaciones; pero atrajo a los que se oponían a la guerra de Argelia y el apoyo a las luchas del Tercer Mundo era un rasgo común. Fue aquel ambiente de nueva izquierda el que produjo la mayoría de los autores y activistas que realizaron contribuciones sustanciales al descubrimiento del Tercer Mundo. Los acontecimientos de 1968 recargaron su ímpetu, y muchos de los estudiantes y *lycéens* recientemente radicalizados encontraron sin duda inspiración en las luchas del Tercer Mundo, especialmente la Revolución Cultural china, la Revolución Cubana y la Guerra de Vietnam (como señala Kalter, los acontecimientos de mayo-junio, que culminaron en una huelga general en la que participaron diez millones de trabajadores, resucitó la esperanza de muchos izquierdistas en «la misión histórica de la clase obrera» que la retórica tercermundista negaba).

Varios factores contribuyeron al tercermundismo francés. Uno era la llamada «política de la memoria». Toda una generación se había visto marcada por la experiencia de la ocupación alemana de 1940 a 1944. Muchos de los que participaron activamente en la oposición a las guerras coloniales en Indochina y Argelia lo habían hecho también en la Resistencia antinazi o tenían vívidos recuerdos familiares. El hermano mayor del editor de izquierdas François Maspero murió en un enfrentamiento armado con los alemanes, su padre murió en Buchenwald y su madre sobrevivió al internamiento en Ravensbrück. Esos recuerdos indujeron a una pequeña minoría de activistas a identificar la ocupación por Francia de sus colonias con la que había realizado el ejército nazi en Francia. Fue quizá tristemente simbólico el hecho de que el 8 de mayo de 1945, el día de la victoria aliada en Europa, las fuerzas de ocupación francesas bombardearan la ciudad argelina de Sétif y sus alrededores causando más de 15.000 víctimas mortales. Un pequeño

periódico izquierdista –*Ohé Partisans*– comparaba Sétif con Oradour-sur-Glane (el pueblo francés donde los nazis asesinaron a más de 600 personas en 1944), comparación que se convirtió en un lugar común durante los años siguientes. En 1950 el poeta martiniqués Aimé Césaire publicó su célebre *Discours sur le colonialisme*, argumentando que el nazismo no era una aberración sino la consecuencia lógica de la civilización occidental. Incluso antes de que estallara la guerra de Argelia, el periodista Claude Burdet (un sobreviviente de los campos de concentración alemanes) inquirió agudamente si había una Gestapo en Argelia. Durante el asedio de Dien Biên Phu en 1954, que puso fin a la guerra francesa en Indochina, los vietnamitas (siguiendo el consejo de un soldado francés que se había pasado de campo) hicieron llegar desde sus altavoces a las fuerzas francesas asediadas la famosa canción de la Resistencia «Le chant des partisans».

La retórica de la resistencia se convirtió así en un importante componente del tercermundismo francés. Permitió a los adversarios de las guerras coloniales desacreditar al Estado comparándolo con el nazismo. Permitió que la nueva izquierda se posicionara en favor de la victoria en Vietnam (el lugar de la «paz» que pedía el PCF); y el argumento se mantuvo a largo plazo. En 1991 una encuesta mostraba que el 85 por 100 de los franceses entre las edades de 17 y 30 años (esto es, sin recuerdos personales del periodo de la guerra) creían que «los argelinos que habían luchado por su independencia podían compararse a los combatientes de la Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial». A nadie sorprenderá que la derecha francesa intentara obligar a los profesores de historia a insistir en los «valores positivos» del colonialismo. El sentimiento de continuidad entre la Resistencia y el apoyo activo a la lucha de liberación argelina era muy real; Francis Jeanson, quien organizó la red de solidaridad más conocida, había sido miembro de la misma. Pero como señala Kalter, la izquierda cayó a menudo en una supersimplificación. Mucho de lo que se hizo en Argelia (o en las propias calles de París, como la masacre de decenas de manifestantes argelinos el 17 de octubre de 1961) era efectivamente comparable a las peores atrocidades nazis. ¿Pero era legítimo pasar de ahí a caracterizar el imperialismo francés como «fascista»? De hecho, la comparación entre fascismo e imperialismo solía ser una cuestión de retórica polémica más que producto de un análisis teórico serio y, como indica Kalter, la izquierda era en general notablemente acrítica con respecto a los métodos utilizados por los movimientos de liberación.

En 1958 la Cuarta República se vino abajo y Charles de Gaulle llegó al poder, imprimiendo su estilo autoritario a las instituciones de su sustituta, la Quinta República; pero no era en absoluto un fascista, y quienes desde la izquierda lo veían como tal confundían básicamente la situación. En cuanto a los colonos de derechas y oficiales del ejército que combatieron en una

guerra asesina para mantener la «Argelia francesa», puede que tuvieran una mentalidad fascista, pero no tenían la menor probabilidad de éxito, por mucha destrucción que pudieran generar. De Gaulle representaba los intereses del capital francés, que había decidido evacuar Argelia. Paradójicamente, la derecha también adoptó la retórica del antifascismo, describiendo a los nacionalistas argelinos como los nuevos nazis. Como observa Kalter, esa injuria ya se empleó en el momento del levantamiento musulmán en Sétif. El mito del «islamofascismo» se remonta, pues, a 1945.

La retórica del fascismo volvió a emerger en 1968. Pero, como muestra Kalter, al compararse con las víctimas judías del Holocausto o las víctimas vietnamitas de los bombardeos estadounidenses, los estudiantes mostraban un elemento de autoengaño que parece haber formado parte integral de la política tercermundista. La «política de la memoria» sigue todavía entre nosotros. Kalter cita una afirmación en 2005 de los Indigènes de la République (una organización antirracista últimamente constituida como partido) en la que se declaran «herederos de aquellos franceses que se resistieron a la barbarie nazi y a todos aquellos que se pusieron de parte de los oprimidos».

Para que las ideas tercermundistas se difundieran, requerían una encarnación material, sobre todo, en la palabra impresa, y Kalter llama la atención especialmente sobre el papel del editor François Maspero, quien poseía una pequeña librería en la margen izquierda del Sena, La Joie de Lire, que en la década de 1960 no era precisamente un rincón pacífico para bibliófilos: en 1961 dio cobijo a varios argelinos frente al ataque asesino de la policía de París, y en 1968 fue gaseada con granadas lacrimógenas por guarecer a estudiantes frente a la misma policía. Maspero también dirigía una editorial que se convirtió en portavoz del Tercer Mundo en Francia. Su publicación en 1961 de *Les damnés de la Terre* de Frantz Fanon, con el célebre prefacio de Sartre, fue un hito histórico. Durante la guerra de Argelia le prohibieron más de trece títulos. Si la nueva izquierda se formó una opinión del Tercer Mundo, fue leyendo autores como Mao, Guevara, Debray, Fanon y muchos otros, a menudo en volúmenes publicados por Maspero o en la revista que este lanzó en 1961, *Partisans*.

Junto con *Les Temps Modernes* de Sartre, *Partisans* fue una de las revistas más influyentes de la década de 1960, contribuyendo a desarrollar la visión del mundo de muchos de los activistas que desempeñaron un papel dirigente en 1968. Cubría muchas áreas del pensamiento radical, desde el psicoanálisis hasta el teatro, pero había nacido en las luchas contra la guerra de Argelia y concedía una atención particular al Tercer Mundo. Publicaba tanto a autores franceses que analizaban la experiencia de los movimientos del Tercer Mundo como a otros hasta entonces desconocidos en Francia, haciendo llegar de ese modo la voz de los países del mundo comúnmente designados con ese término. Sus temas predilectos, además de la guerra de

Argelia, eran la Revolución Cubana (con una visión un tanto romántica) y la lucha vietnamita por la independencia, y concedía una atención particular a los movimientos guerrilleros en América Latina. Combinando, como subraya Kalter, la política y la teoría, la polémica y las emociones, lo pragmático y lo utópico, *Partisans* fue una voz decisiva, pero también inestable. A menudo parecía oscilar entre un optimismo voluntarista y un pesimismo fruto de anteriores desilusiones. En 1969 publicó un número con el título «Los vietnamitas en vísperas de la victoria», pero la guerra se prolongó y el desencanto se instaló rápidamente. Aquella lucha no había creado «dos, tres, muchos Vietnam», como había urgido Guevara; no había extendido la revolución de la periferia a Europa. El imperialismo había aprendido a integrar y neutralizar la resistencia. *Partisans* dejó de aparecer en 1972; poco después Maspero vendió La Joie de Lire y su editorial cambió de manos en 1983.

La izquierda antiimperialista requería no solo publicaciones, sino también organización política. En 1960 las presiones de la guerra de Argelia llevaron a la creación de un nuevo partido de izquierdas, el Partido Socialista Unificado (PSU) que reunió a los que habían abandonado la SFIO porque no podían soportar la política argelina de Mollet, activistas de la hasta entonces más laxamente organizada «nueva izquierda» (incluidos católicos de izquierda) y unos pocos disidentes comunistas. La oposición a la guerra de Argelia les ofreció el principal foco organizativo. El PSU empleaba a menudo una retórica revolucionaria, y antiguos trotskistas como Pierre Naville e Yvan Craipeau desempeñaron un papel significativo en la organización. Al mismo tiempo, sin embargo, funcionaba como parte del sistema político establecido, participando en las elecciones y atrayendo a políticos de carrera, en particular, al antiguo primer ministro Pierre Mendès-France (aunque la organización tuvo el buen sentido de rechazar una petición en el mismo sentido de François Mitterrand). Desempeñó un papel significativo y reconocible en la izquierda durante la década de 1960, en particular en 1968, pero entró en declive en la década siguiente cuando muchos de sus miembros (incluido el futuro primer ministro Michel Rocard) lo abandonaron para unirse al nuevo Partido Socialista de Mitterrand.

El PSU había establecido rápidamente contactos con los movimientos de liberación de todo el mundo, en particular, de África, Palestina y las colonias portuguesas. Esto tuvo como principal consecuencia la fundación en 1967 del CEDETIM (Centre Socialiste d'Études et de Documentation sur le Tiers Monde), que era formalmente independiente del PSU, pero que en la práctica estaba estrechamente vinculado a él. El CEDETIM pretendía unir la teoría y la práctica y evitar el romanticismo tercermundista que originó tanta desilusión durante la década de 1970. Argumentaba en favor de la «cooperación» más que de ayuda, y mantenía que el desarrollo del Tercer Mundo perjudicaría al capitalismo mundial y así haría avanzar la causa del socialismo

en Occidente. Creó pequeños grupos en varios países del Tercer Mundo, incluida la Camboya de Sihanouk, con un éxito limitado, y una publicación llamada *Libération Afrique* (ahora convertida en un foro en línea). El CEDET-IM también se interesó particularmente por los obreros inmigrantes, a los que una de sus principales activistas, Elisabeth Courdurier, describía como «nuestro Tercer Mundo, que ya tenemos *chez nous*». El PSU apoyaba las luchas de los obreros inmigrantes y argumentaba acertadamente en favor de la unidad de los trabajadores y contra sindicatos separados para aquellos, aunque fuera incapaz de resolver las demandas conflictivas de universalismo y particularismo que persisten en Francia y otros lugares hasta el momento actual.

El tercermundismo francés correspondía a un momento histórico concreto entre el final de los imperios coloniales y el comienzo de la globalización, la multiplicación de los viajes y la aparición de medios de comunicación a escala mundial. Los tercermundistas reflexionaron y contribuyeron con sus ideas y actividades a esa transición, dejando un legado que dura hasta hoy. Plantearon varias cuestiones cruciales para la izquierda: ¿se había desplazado el centro de la revolución del Primer al Tercer Mundo, y ofrecerían las luchas en las zonas no metropolitanas una inspiración y un reto capaz de resucitar la lucha de clases obrera en Occidente?, ¿seguía siendo la clase obrera el agente principal de la revolución socialista o sería sustituido por el campesinado del Tercer Mundo?, ¿cómo había cambiado el imperialismo y cuáles eran los nuevos mecanismos por los que seguía siendo explotado el Tercer Mundo? No había respuestas fáciles. Como muestra Kalter, el legado del tercermundismo era contradictorio.

El Tercer Mundo fue, de hecho, un descubrimiento; demolió el mito racista de la «misión civilizadora» de Europa e hizo a la izquierda francesa repensar su perspectiva global. Los sectores de la izquierda francesa que permanecen anclados en la islamofobia no podrían hacer nada mejor que revisar el pensamiento internacionalista de las décadas de 1960 y 1970. Pero el Tercer Mundo fue también una desilusión. Las razones por las que las esperanzas no se cumplieron son complejas, pero el romanticismo de la izquierda fue un factor importante. El tercermundismo tenía raíces tanto psicológicas como políticas; las ilusiones en las que cayó explican en buena medida el subsiguiente desencanto. Para algunos militantes, las luchas en el Tercer Mundo ofrecerían lo que Tony Cliff [dirigente del Socialist Workers Party británico] acostumbraba a denominar un «placer vicario».

Kalter nos cuenta una historia fascinante, pero no toda la historia. Aunque ofrece una evaluación equilibrada de los puntos fuertes y débiles de los tercermundistas franceses, omite los nombres de algunos de los que más se acercaron a alcanzar la claridad requerida. En primer lugar, *Les Temps Modernes*, la revista fundada por Sartre y Merleau-Ponty en 1945, merecería

un tratamiento sistemático y no solo referencias de pasada. Paige Arthur nos ha ofrecido en *Unfinished Projects* (2010) el primer estudio en inglés de los escritos de Sartre sobre la descolonización, y el libro de Kalter supone en cierto modo un complemento, mostrando el contexto en el que escribían Sartre y su círculo. *Les Temps Modernes* se opuso a la guerra en Indochina desde el principio, en un momento en que había todavía en el gobierno ministros del PCF. En 1953 publicó el vigoroso artículo de Daniel Guérin «Pitié pour le Maghreb», que preveía el sangriento conflicto que se iba a producir en Argelia. Dos años después, rechazando la ficción oficial de que ese país formaba parte integral de Francia, la revista lo describió como una «colonia» sometida a «la más obvia explotación», y estuvo cerca de pedir a los soldados que confraternizaran con el enemigo. La revista hizo una constante campaña contra la guerra y, fue secuestrada por las autoridades francesas en Argelia cuatro veces en 1957.

El propio Sartre también desempeñó un papel significativo alentando la oposición a la guerra de Argelia, en particular, mediante su prefacio al informe de Henri Alleg sobre la tortura practicada por los paracaidistas franceses y firmando el Manifiesto de los 121 en 1960, que apoyaba a quienes emprendían una acción directa en favor de la lucha de liberación argelina. Trabajó en colaboración estrecha con otras corrientes, elaborando prefacios para dos libros de Maspero. Otros miembros del equipo de *Les Temps Modernes* estaban igualmente implicados: ya en 1952 Henri Moscat y Marcel Péju escribieron un artículo pionero sobre los trabajadores norteafricanos en Francia; y Francis Jeanson, editor de la revista entre 1951 y 1956, organizó una significativa red de apoyo al FLN.

Kalter también omite algunos de los análisis más perspicaces de la lucha contra el imperialismo. Guérin, antiimperialista intransigente durante seis décadas, recibe algunas menciones de pasada, pero no parece merecer la inclusión en el índice bibliográfico. Guérin había desarrollado lazos con el movimiento por la independencia de Indochina desde la década de 1930, pero en 1946 se vio rechazado tras interpelar personalmente a Ho Chí Minh por el asesinato del troskista Ta Thu Thâu a manos de los comunistas vietnamitas el año anterior. De forma parecida, hizo una campaña incansable por la independencia argelina desde el comienzo de la guerra, pero era muy crítico hacia la lucha fratricida emprendida por el FLN contra su rival, el Mouvement National Algérien, que tenía un apoyo sustancial entre los trabajadores argelinos en la Francia continental.

En 1947 *Les Temps Modernes* publicó un artículo del joven filósofo Claude Lefort sobre la guerra en Indochina, en el que aplicaba una combinación de existencialismo y teoría de la revolución permanente de Trotski para combatir la versión mecanicista del marxismo que veía la historia como una serie de etapas predeterminadas. Realizó un aguda crítica de los comunistas

indochinos por abandonar las oportunidades revolucionarias en el periodo de posguerra, obteniendo una vigorosa réplica del filósofo vietnamita Tran Duc Thao, quien defendía la política del Viet Minh. Lefort contribuyó a constituir el grupo *Socialisme ou Barbarie*, una escisión del trotskismo francés, que, aunque siempre fue minúsculo, realizó algunos de los análisis más innovadores del capitalismo moderno en la década de 1950. Otro miembro del grupo fue Jean-François Lyotard, ahora más conocido como filósofo posmoderno. Lyotard escribió una serie de artículos para la revista del grupo, *Socialisme ou Barbarie*, en los que analizaba la naturaleza del FLN, que a su juicio ofrecía a las masas campesinas un liderazgo procedente de la pequeña burguesía. El carácter de la guerra significaba que la organización se estaba convirtiendo de hecho en una nueva clase burocrática: ya en 1957 argumentó (en un análisis elogiado y recomendado por el historiador y en otro tiempo dirigente del FLN Mohamed Harbi) que «el FLN se está preparando ya ahora para el papel de estrato gestor de la sociedad argelina». Al mismo tiempo, sin embargo, Lyotard pertenecía a la minoría de *Socialisme ou Barbarie* que proponía un apoyo activo al FLN, y participó en la red de apoyo de Henri Curiel, algo de lo que su organización no era consciente en aquel momento. Tal combinación de solidaridad práctica y análisis lúcido era raro en la extrema izquierda francesa. El descubrimiento del Tercer Mundo en un periodo de encarnizadas luchas por la liberación nacional requería a la vez compromiso y lucidez, una pareja resumida en el viejo eslogan «Apoyo incondicional pero no acrítico». Junto con otros cuya actividad ha sido expuesta por Kalter, Guérin, Lefort y Lyotard también merecen su lugar en tal análisis.